

UNIVERSITY OF TORONTO



3 1761 00899715 7

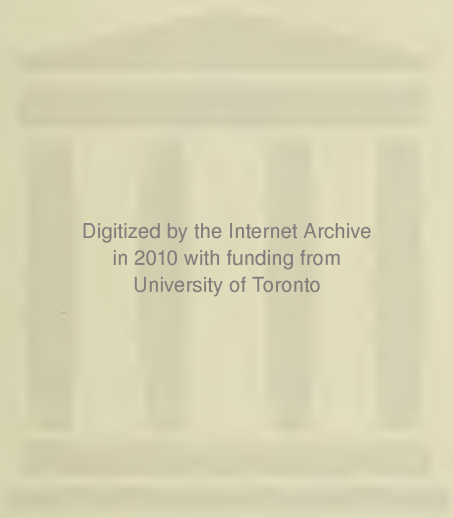
ITALIA-ESPAÑA

G
U
Á
R
D
E
S
E
C
O
M
O



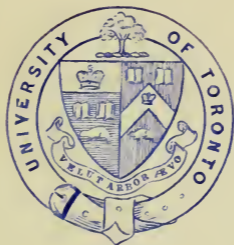
J
O
Y
A
P
R
E
C
I
O
S
A

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

Milton Buchanan



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

EL DONCEL

DE

Don Enrique el Doliente.

EL DONCEL
DE
DON ENRIQUE
EL DOLIENTE:

HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO IV.

POA

D. Mariano José
de Larra.

TOMO I.

MADRID.

IMPRESA DE REPULLÉS. — 1834.

459627
20. 3. 4

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 350

PROBLEM SET 1

Due: Monday, September 10, 2012

1. A particle of mass m moves in a circular path of radius r with constant speed v . Calculate the magnitude of the centripetal acceleration.

2. A particle moves in a circular path of radius r with constant speed v . Calculate the magnitude of the centripetal force.

3. A particle moves in a circular path of radius r with constant speed v . Calculate the magnitude of the centripetal force.

4. A particle moves in a circular path of radius r with constant speed v . Calculate the magnitude of the centripetal force.

5. A particle moves in a circular path of radius r with constant speed v . Calculate the magnitude of the centripetal force.

EL DONCEL

DE

Don Enrique el Doliente.



CAPITULO I.

Mis arreos son las armas,
mi descanso es pelear,
mi cama las duras peñas,
mi dormir siempre velar.

Cancionero general.

ANTES de enseñar el primer cabo de nuestra narracion fidedigna, no nos parece inútil advertir á aquellas personas en demasía bondadosas que nos quieran prestar su atencion, que si han de seguirnos en el laberinto de sucesos que vamos á enlazar unos con otros en obsequio de su solaz, han menester trasladarse con nosotros á épocas distantes y á siglos remo-

tos, para vivir, digámoslo así, en otro orden de sociedad en nada semejante á este que en el siglo XIX marca la adelantada civilización de la culta Europa. Tiempos felices, ó infelices, en que ni la hermosura de las poblaciones, ni la fácil comunicación entre los hombres de apartados países, ni la seguridad individual que en el día casi nos garantizan nuestras ilustradas legislaciones, ni una multitud, en fin, de refinadas y esquisitas necesidades ficticias satisfechas podían apartar de la imaginación del cristiano la idea, que procura inculcarnos nuestro sagrado dogma de que hacemos en esta vida transitoria una breve y molesta peregrinación, que nos conduce á término mas estable y bienaventurado.

Mis arreos son las armas,
mi descanso es pelear

podían repetir con sobrada razón nuestros antepasados de cuatro ó cinco siglos: nuestra nación, como las demas de Europa, no presentaba á la perspicacia del observador sino un caos confuso, un cho-

que no interrumpido de elementos heterogéneos que tendian á equilibrarse, pero que la ausencia prolongada de un poder superior que los amalgamase y ordenase, completando el gran milagro de la civilizacion, se encontraban con estraña violencia en un vasto campo de disensiones civiles, de guerras exteriores, de rencillas, de desafios, y á veces de crímenes, que con nuestras estremadas instituciones mal en la actualidad se conformarian.

Una incomprehensible mezcla de religion y de pasiones, de vicios y virtudes, de saber y de ignorancia, era el carácter distintivo de nuestros siglos medios. Aquel mismo príncipe que perdía demasiado tiempo en devociones minuciosas, y que espendía sus tesoros en piadosas fundaciones, se mostraba con frecuencia inconsonante en su devocion, ó descubría de una manera bien perentoria lo frívolo de su piedad, pues en vez de arreglar por ésta su conducta, se le veía no pocas veces salir de los templos del Altísimo para ir á descansar de las fatigas del gobierno en los

brazos de una seductora concubina, que usurpaba la mitad del lecho regio de su consorte despreciada. El caballero que volvía de reconquistar el santo sepulcro del Salvador, y que llevaba ricamente bordado en el pecho el signo augusto de la redención, aquel mismo cruzado que al entrar en el gremio de la iglesia había depuesto en las fuentes bautismales el vano deseo de venganza, adoptando y jurando, á imitación del hombre Dios, el perdón de las injurias, sin el menor escrúpulo de conciencia declaraba las muestras de su organicación irascible, que á gala tenía; á la menor sombra de pretendida ofensa corria lanza en ristre á partir el sol del palenque, y á abrir una ancha fuente de sangre humana en el pecho de su adversario, invocando á un tiempo por una inesplicable contradicción el nombre santo Dios, y el nombre profano de la dama por quien moría.

En vano la religion se esforzaba en dulcificar las costumbres de los hijos de los godos, exaltados por la prolongada guer-

ra con los sarracenos. Es verdad que ganaba terreno, pero era con lentitud, entretanto se criaba el caballero para hacer la guerra y matar. Verdad es que los primeros enemigos contra quien debia dirigirse eran los moros; pero muchas veces lo eran tambien los cristianos, y habia quien matando dos de aquellos por cada uno de estos últimos, creía lavado el pecado de su espantoso error. Matar infieles era la grande obra meritoria del siglo, á la cual, como al agua bendecida por el sacerdote, daban engañados algunos la rara virtud de lavar toda clase de pecados.

Para los hombres el ejercicio de las fuerzas corporales, el facil manejo de la pesada lanza, el arte de domeñar el espumoso bridon, la resistencia en el encuentro, y el pundonor falsamente entendido y llevado á un extremo peligroso; y para las mugeres el arte de conquistar con las gracias naturales y de artificio al campeon mas esforzado, y ceñirle al brazo la venda del color favorito, recompen-

sa del brutal denuedo del vencedor del torneo, y el recato solo para con el caballero no amado, eran la educacion del siglo. Dios y mi dama, decia el caballero; Dios y mi caballero, decia la dama.

En medio del furor de guerrear que debia animar á todos en aquella época, algunos ministros del Altísimo no dudaban acompañar las huestes, armados á la vez como los guerreros, y aun cuando no desenvainasen en las lides la ponderosa espada de Damasco y de Toledo para herir con ella al enemigo, esta costumbre arrastraba á algunos á autorizar trances de rebelion del soberbio rico-hombre contra la magestad de su rey y señor natural.

Un corto número de espíritus mas pusilánimes, ó acaso mas calculadores que sus contemporáneos, poseía la corta riqueza literaria griega y romana que de las ruinas del Partenion y del Capitolio, habian podido salvar en medio de la devastacion desoladora de la irrupcion de los bárbaros, algunas primitivas comunidades monásticas. El estudio todo que se hacia en

los claustros estaba reducido , y debia estarlo , á la ciencia eclesiástica , la única que podia y debia salvar , como efectivamente salvó á la Europa de su total ruina. Las bellezas gentílicas de los Homeros y Virgilio debian reservarse para otros tiempos , y los monasterios , conservando estos monumentos clásicos de la antigüedad , hacian á la literatura todo el servicio que podian hacerla. Otros espíritus no obstante se dedicaban fuera de aquellas escuelas al estudio , y la ciencia que adquirian era solo el medio criminal de grangearse una consideracion y una fortuna aun mas criminales todavia. Afectando la ciencia de los astros ó una misteriosa comunicacion con el mundo de los espíritus , sabian abusar de la insensata credulidad de los reyes y de los pueblos , y convertir en propio y particular provecho suyo las luces que no trataban de difundir , sino antes de conservar entre sí clandestina y masónicamente , como un pérfido talisman que ejerciendo al cabo su irresistible influencia sobre los espíritus dé-

biles é ignorantes, libraba en las manos de unos pocos empíricos solapados, la palanca poderosa con que movian y removian á su placer cuantos obtáculos á sus dañadas intenciones se pudieran presentar.

A esta época, pues, y al trato belicoso de los nietos de las hordas del Norte, al centro de aquella informe sociedad, hija de padres tan contrarios como los bárbaros de la fria Noruega y las cultas ruinas de la capital del mundo, á esta época, á ese trato y á esta sociedad vamos á trasladar á nuestros lectores.

No se crea tampoco por el cuadro que rápidamente acabamos de bosquejar, que sea preciso entrar con horror á desentrañar las costumbres de tan inesplicable época; lejos de nosotros esta idea; tambien se ofrecen en ella virtudes colosales que no son por cierto de nuestros dias. El amor, el rendimiento á las damas, el pundonor caballeresco, la irritabilidad contra las injurias, el valor contra el enemigo, el celo ardiente de la religion y de la patria, llevado el primero alguna vez

hasta la superstición, y el segundo hasta la odiosidad contra el que nació en suelo apartado; si no son prendas todas las mas adecuadas al cristianismo, no dejan por eso de tener su lado hermoso por donde contemplarlas, y aun su utilidad manifiesta, dado sobre todo el dato del orden de cosas entonces establecido, las hacia tan necesarias como deslumbradoras.

El carácter empero mas verdaderamente distintivo de la época, era la lucha establecida y siempre pendiente entre el príncipe y sus primeros súbditos; una escala descendiente y ascendiente que constituía á los pecheros vasallos de vasallos, y á los reyes señores de señores, era el principal obstáculo que impedia al poder ejercer á la vez su influencia igual y equitativa por toda la estension de sus dominios; el pechero doblemente súbdito tenia dobles obligaciones (mas bien que contraídas impuestas) para con su dueño inmediato, y para con el señor natural de todos. Por otra parte era de notar el

poder no reprimido de los orgullosos magnates, sin cuya cooperacion voluntaria hubiera sido una vana fantasma la autoridad del monarca. Éste en todo trance de guerra se veía poco menos que precisado á mendigar los hombres de armas, que solo podian proporcionarle para las jornadas los ricos-homes que los sostenian á sus espensas, y por consiguiente á su devocion, y que desigualaban á placer la fuerza recíproca de los partidos con la mas leve inclinacion de su parte; el señorío absoluto (sino de derecho, de hecho) de vidas y haciendas en sus inmensos dominios; sus bien defendidos castillos feudales, de donde mal pudiera desalojarlos la sencilla arcabucería y manera de guerrear de la época; su orgullo, nacido de los grandes favores que en la continua reconquista contra moros les debia el rey y la patria; y la remision sobre todo de los agravios al duelo particular; al paso que inutilizaban toda la energía de un rey y sus buenas intenciones, eran las causas, por entonces irremedia-

bles, de la impunidad de los delitos; causas que perpetuaban la injusticia y el abuso de la fuerza de los primeros hombres de la nacion, que no habia especie de ambicion ni pasion frenética de que no se dejasen torpemente arrastrar.

Este era el estado de las costumbres de la Europa, y por consiguiente de nuestra España, en la época á que nos referimos. En el año en que pasaba lo que vamos á contar, hacia ya trece que don Enrique III, dicho el Doliente, y nieto del famoso don Enrique el Bastardo, habia subido á ocupar el trono, vacante por la desastrosa muerte de su padre don Juan I, ocurrida en Alcalá de Henares de caida de caballo. Y apenas habian bastado estos trece años para reparar los daños que su menor edad habia acarreado á Castilla desvalida.

El cisma duraba en la Iglesia desde la eleccion tumultuosa del arzobispo de Bari, llamado Urbano VI, ocurrida el año 1378, despues de la muerte de Gregorio onceno. Habíanse reunido los cardenales

en cónclave; pero sabedores acaso los romanos de que la corte de Francia trataba de influir en la eleccion del cardenal de Génova, ligado por parte de padre con los condes de Génova de la casa de Oliveros, y por parte de madre con los condes de Boloña, parientes de la casa real de Francia, se amotinaron, y precipitándose en el lugar del cónclave, despues de forzar las cerraduras, segun en nuestras leyendas se refiere, clamaron: "Papa romano queremos, ó á lo menos italiano," de cuya infraccion notable y sacrílega resultó la eleccion del arzobispo, que se coronó el dia de Pascua de Resurreccion. Varios cardenales empero refugiándose en el lugar de Anania, y despues en Fundí, proclamaron la invalidez de la eleccion forzada, y amparados de la corte de Francia eligieron al cardenal de Génova, que tomó nombre de Clemente VII, y estableció la silla de su iglesia en Aviñon. Urbano y Clemente habian enviado entrambos al rey de Castilla, á la sazón Enrique II,

sus mensajeros, así como los había enviado en apoyo del último, Carlos V, rey de Francia; la corte de Castilla permaneció por entonces indecisa hasta consultar en materia tan delicada á sus varones mas famosos. Posteriormente, en el año 1381, el sucesor de don Enrique II, don Juan I, hallándose en Medina del Campo, y despues de haber reunido y consultado á sus prelados, ricos-hombres y doctores, se decidió por Roberto de Génova, negando la obediencia al *intruso apostático Bartolomé*, como le llama en la carta que con fecha de Salamanca le escribió á Clemente VII, prestándole homenaje como á único papa verdadero. Mas adelante murió en su palacio de Aviñon el papa Clemente VII, á 26 de Setiembre de 1394, reinando en Castilla don Enrique III; y sus cardenales, deseosos de la union de la Iglesia, se propusieron elegirle un sucesor, jurando todos antes sobre los santos evangelios renunciar el papazgo inmediatamente despues de nombrados, si así fuese necesario, y en el caso de que se ciñese

á hacer otro tanto Urbano, para proceder unidos de nuevo todos los cardenales en Roma á la eleccion válida y conforme de uno solo. Fue elegido, pues, en Aviñon el cardenal don Pedro de Luna, aragonés de nacion, y rico-hombre de los de Luna; negóse al principio á admitir la triple corona, pero una vez sentado en la silla apostólica, se resistió enteramente á las solicitudes de sus cardenales y del rey de Francia, que le envió á Juan duque de Berry y á Felipe duque de Borgoña sus tios, para que renunciase conforme habia jurado. Esto dió lugar á continuos debates, que se hallaban en pie todavia en el tiempo á que nos referimos, habiéndose declarado en favor de Benedicto Francia, Castilla, Navarra y Aragon, y por el papa romano el emperador, la Inglaterra y la Italia.

Con respecto á Portugal, Castilla seguia defendiendo, aunque débilmente, sus derechos: verdad es que desde la infausta jornada de Aljubarrota, perdida por la impericia estratégica de los jóvenes y

acalorados caballeros del ejército de don Juan I, este mismo habia casi abandonado las esperanzas de recobrar aquel reino que indisputablemente le perteneciera por su boda con doña Beatriz, hija y única heredera del muerto rey don Fernando. El odio entre portugueses y castellanos, y el empeño sobre todo de aquellos en no ver nuevamente fundido en la corona de Castilla su suelo independiente, habia dado una popularidad extraordinaria al maestro de Avís; ayudado de ella se propasó á quitar la vida al conde de Oren en el mismo palacio de la regenta, y permitió á sus partidarios la muerte del infeliz obispo de Lisboa, despeñado de la torre: erigióse rey en Coimbra con el dictado de Juan I despues de la resignacion de regenta de la viuda Leonor, y reclusion de esta por nuestro rey en el monasterio de Otordesillas, como le llaman nuestras crónicas contemporáneas.

Ya don Juan I de Castilla, en su testamento otorgado en Celórico de la Vera, poco antes de la jornada de Aljubarrota,

vacilando él mismo sobre la legitimidad de sus derechos, al legárselos á su hijo y sucesor Enrique III, le habia legado tambien las dudas que acerca de tan delicada contienda en su propio corazon albergaba. En la época de nuestra narracion, era tan débil ya la guerra que se sostenia contra Portugal, que mas parecia efectos de una obstinacion irrealizable, que una verdadera lucha que presentase síntomas de un término definitivo. Ni apenas se hubiera dicho que semejante guerra existia entre las dos naciones, sino lo hubiesen atestiguado las continuas treguas y largos armisticios, que continuamente por una parte y otra se ratificaban.

Enrique III, al subir al trono á los catorce años para dar fin á la anarquía, que en el Estado alimentaran sus poderosos tutores, habia ratificado las ligas hechas por su padre con Cárlos VI de Francia y con los reyes de Aragon y de Navarra; y solo con el rey moro de Granada sostenia una guerra muy semejante en

su lentitud y en sus largas treguas á la de Portugal.

Tal era tambien el estado político de Castilla en la época de nuestra historia caballeresca, á que darémos principio desde luego sin detenernos mas tiempo en digresiones preparatorias, de poco interés acaso para el lector, si bien hasta cierto punto necesarias para la particular inteligencia de los hechos que á su vista tratamos de esponer sencilla y brevemente.

Con respecto á la veracidad de nuestro relato, debemos confesar que no hay crónica ni leyenda antigua de donde le hayamos trabajosamente desenterrado; así que, el lector perdiera su tiempo si tratase de irle á buscar comprobantes en ningun libro antiguo ni moderno: respondemos sin embargo de que si no hubiese sucedido, pudo suceder cuanto vamos á contar, y esta reflexion debe bastar tanto mas para el simple novelista, cuanto que historias verdaderas de varones doctos andan por esos mundos impresas y acreditadas, de cuyo contenido no nos

atreveríamos á sacar tantas líneas de verdad, ó por lo menos de verosimilitud, como las que encontrará quien nos lea en nuestras páginas, tan fidedignas como útiles y agradables.



CAPITULO II.

De Mántua salió el marqués
 Danes Urgél el leale,
 allá va á buscar la caza,
 á las orillas del mare.

Con él van sus cazadores
 con aves para volare,
 con él van los sus monteros
 con perros para cazare.

Cancionero de romances.

A fines del siglo XIV estaba la hoy coronada y heroica villa de Madrid, muy lejos de pretender al lugar preeminente que en la actualidad ocupa en la lista de los pueblos de la Península. Toda su importancia estaba reducida á la fama de que gozaban sus espesos montes, los mas abundantes de Castilla en caza mayor y menor: el javalí, la corza, el ciervo, hasta el oso feroz hallaban vivienda y alimento entre sus altos jarales, sus malezas enredadas, y sus silvestres madroñeros, que han desaparecido despues ante la destruc-

tora civilizacion de los siglos posteriores. El implacable leñador ha derrocado por el suelo con el hacha en la mano la erguida copa de los pinos y robles corpulentos para satisfacer á las necesidades de la poblacion, considerablemente acrecentada; y el hombre ha venido á hollar la magnífica alfombra que la naturaleza habia tendido sobre su suelo privilegiado: ha tenido fuerzas para destruir, pero no para reedificar: la naturaleza ha desaparecido sin que el arte se haya presentado á ocupar su lugar. Inmensos arenales, oprobio de los siglos cultos, ofrecen hoy su desnuda superficie al pie del caminante; al servir los árboles de pasto al fuego insaciable del hogar, los manantiales mismos han torcido su corriente cristalina ó la han hundido en las entrañas de la madre tierra, conociendo ya, si se nos permite tan atrevida metáfora, la inutilidad de su influjo vivificador. Madrid, el antiguo castillo moro, la pobre y despreciada villa, ciñó mientras fue olvidada de los hombres la suntuosa guirnalda de verdu-

ra con que la naturaleza quiso engalanarla, y Madrid, la opulenta corte de reyes poderosos, término de la concurrencia de una nacion estendida, y tumba de sus caudales inmensos y de los de un mundo nuevo, levanta su frente orgullosa, coronada de quiméricos laureles, en medio de un yermo espantoso y semejante al avaro que henchidas de oro las faltriqueras, no ve en torno de sí do quiera que vuelve los ojos sino miseria y esterilidad.

Al famoso soto de Segovia, que se extendia hasta el Pardo y mas acá, concurrían los reyes y los grandes de Castilla de todas partes para lograr el solaz de la cetrería y de la montería, placer privilegiado y peculiar de los feudales señores de la época.

El Sol, rojo como la lumbre, despidiendo sus rayos horizontales por entre las altas copas de los árboles, marcaba el fin próximo de uno de los mas hermosos dias del mes de mayo: como á cosa de dos leguas de Madrid, una hermosa compañía

de cazadores ricamente engalanados y vestidos turbaba todavía la tranquilidad del monte y de la selva; varias magníficas tiendas levantadas á orillas del Manzanares, eran indicio de haber durado aquel placer algunos dias: acababa de practicarse el último ojeo, y puestos los monteros en acecho esperaban en las encrucijadas á que asomase por alguna parte el animal para precipitarse sobre él con el venablo aguzado, y rendirle en tierra del primer golpe. Infinidad de reses de todas especies, suspendidas fuera y dentro de las tiendas, daban claras muestras de la destreza de los monteros y de la bienandanza del dia. En una de ellas preparaban varios manjares y daban vueltas á un largo asador dos hombres, que así revolvían con sus brazos arremangados el asador, como atizaban la brasa, que iba dorando ya el engrasado lomo de la víctima. Miraban tan interesante operacion otros dos personajes; el uno representaba tener á lo mas treinta años; su aire no comun, su rostro afable, aunque grave, sus mane-

ras francas y su traje, sobre todo, daban á entender que podia pertenecer, sino al primer rango de la sociedad de aquel tiempo, á una buena familia por lo menos; y de todas suertes se echaba bien de ver á la primera ojeada en todo su exterior cierta libertad que solo dan la satisfaccion, la holgura, y la costumbre de frecuentar grandes personajes, ya que no se atreviera el observador á asegurar que él lo fuese. Enfrente de él se hallaba otro que podria tener veinte y cinco años: su personal era bueno, y sin embargo no sé qué espresion particular de siniestra osadía tenia su rostro; una sonrisa asomada de continuo á sus labios le daba cierto aire de complacencia obligada, que suponía en él el hábito de vivir al lado de personas de categoría superior á la suya: una voz verdaderamente seductora, sobre todo en sus modulaciones, probaba que no descuidaba medio alguno para captarse la voluntad: sus ojos, entre pardos y verdes tenían no sé qué de talento y de misterio, y su pelo, crespo y de un rojo muy subido

prestaba á la cara que debiera adornar cierta aspereza y aun ferocidad rechazadora. Vestia un corto sayo pardo de montero, sujeto en el talle por un cinturon de baqueta verde, prendido con un gran broche de laton; llevaba unos botines altos de paño del mismo color del sayo y atacados hasta la rodilla, un capacete adornado de plumas blancas, y pendia de su cintura un largo cuchillo de monte.

En el momento en que su conversacion empieza á interesar á nuestra historia, decia el primero al segundo:

— ¿Puedo yo saber, Ferrus, cómo habeis dejado un solo momento el lado del poderoso conde de Cangas y Tineo?...

— Pardiez, señor Vadillo, me gusta mas ver al javalí en la brasa que entre la maleza: sobre todo, desde que uno de ellos me rompió el año pasado junto á Burgos un rico sayo de bellorí, que me habia regalado el conde mi amo. Desde que me convencí colgado de un roble de que no habia mediado entre su colmillo y mi persona mas espacio que el que separa mi

ropa de mi cuerpo, juré á todos los santos del Paraiso no volver á ponerme en el camino de ningun animal de esa especie; son tan brutos, que asi respetan ellos á un rimador favorito del pariente del rey; como á un montero adocenado. ¿Y puedo yo hacer la misma pregunta al señor Fernan Perez de Vadillo, primer escudero de su señoría?

— Os habeis hecho harto curioso y pregunton, Ferrus. Respondedme antes á otra pregunta, y despues veré de responderos á la vuestra, si me place. ¿Habeis visto un palafren que acaba de llegar de Madrid cubierto de polvo y devorando tierra, no hace medio cuarto de hora? ¿Habéisle conocido?

— Es Hernando, criado del Doncel.

— ¿Y á qué vino?

— No lo sé, aunque lo sospecho. Me parece que su amo estaba encargado por el conde de una comision particular... El maestro de Calatrava estaba en los últimos...

— Cierto... acaso habrá terminado sus dias...

— Tal vez...

— ¿Y qué podría tener eso de comun con la venida de Hernando?

— Mucho; me temo que don Enrique de Villena anda hace tiempo acechando un maestrazgo.

— ¿Sabeis que es casado?

— ¿Puedo ignorarlo, señor Fernan Perez? Pero puedo asegurar á todo el que tenga interes en saberlo, que don Enrique de Villena y su esposa doña María de Albornoz no son dos amantes...

— ¡Chiton! Ferrus, no estamos solos; dijo alarmado el primer escudero echando una ojeada de desconfianza hácia el parage donde daba vueltas todavia sobre la brasa el ciervo, impelido del brazo del infatigable repostero. *de Ferrus*

— Teneis razon, señor escudero. Nunca me acuerdo de que no es esa gente el mejor consonante para mis trovas.

— ¿Y qué quereis decir con la proposicion que habeis aventurado? dijo acercándose á él Vadillo, y con tono de voz apenas perceptible.

— Solo sabré deciros , contestó Ferrus con igual misterio , que nuestros señores no duermen juntos...

— Brava ocasión para chanzas, Ferrus.

— ¡ Chanzas ! ¿ eh ? Dígalo la señorita Elvira , vuestra misma esposa , que no se separa un punto de la condesa...

-- Coplero , ¿ quereis hablar alguna vez con formalidad ? ¿ y dejará de ser casado porque no haga vida comun con ella ?...

-- Decis bien , pero como allá van leyes... no os enojeis , haré por enfrenar mi lengua . ¿ Sabeis la historia del rey don Pedro ?

-- ¿ Y bien ?

-- Casado estaba con doña Blanca de Borbon... y casó sin embargo con la Padilla...

-- ¿ Y quereis suponer ?... ¿ Don Enrique seria capaz de imitar al rey cruel ?...

-- ¿ No habria un medio de composura sin necesidad de que muriese mi señora doña María ? ¿ No hay casos en que el divorcio...

-- Mucho sabeis.

-- ¿Pensais que el rey Enrique III podrá negar muchas cosas á su tio don Enrique de Villena...

-- No : el prestigio de que goza en la corte es demasiado grande.

-- ¿Y pensais que el señor Clemente VII se espondria á perder la amistad y proteccion de Castilla y Aragon en su lucha con Urbano VI, por tener el gusto de negar una bula de divorcio al conde de Cangas y Tineo...

-- Por san Pedro, Ferrus, que tenéis cabeza de cortesano mas que de rimador.

-- Muchas gracias, señor Fernan. Algunos señores de la corte que me desprecian cuando pasan delante de mí en el estrado de su alteza, y que me dan una palmadita en la mejilla, diciéndome "*á Dios, Ferrus; dinos una gracia*" podrian dar testimonio de mi destreza si supieran ellos...

-- Entiendo : no estoy en ese caso.

-- Yo estimo demasiado al primer escudero de mi amo para confundirle con la caterva de cortesanos, cuyo brillo me

ofende, y cuya insolencia provoca mi venganza.

-- ¿Y en qué estamos de Hernando y de su comision? interrumpió Vadillo dándole la mano y apretándosela, como para dar á entender que aquel apretón de manos debia significar mas que todas las frases vulgares que en semejantes casos se dicen.

-- Ya he dicho que no sé si no que sospecho que el conde quiere ser maestro; que Hernando puede traer noticias de la salud de don Gonzalo de Guzman, y que esta noche no se acostará don Enrique de Villena sin haber aligerado y repartido la carga de su secreto, si tiene alguno; tambien quiero ser franco, tal puede ser él que no me sea lícito confiarle ni á vos mismo. Pero atended. ¿No oís?

— ¿Qué es? repuso el escudero escuchando.

— Es la señal de haber salido la pieza; ¿no oís los ladridos de los sabuesos y la gritería de los monteros?

-- En efecto, dijo Vadillo; salgamos,

si es que no teneis miedo tambien de ver á esta distancia la caza.

— Salgamos.

Pasaba efectivamente como á tiro de ballesta un horrendo javalí, perseguido de una jauría de valientes canes: ya dos de estos habian probado sus agudas defensas, dando al viento su sangre y sus entrañas palpitantes: mas de un montero, á punto de dar el golpe que hubiera terminado la ansiedad en que á todos los tenia la fiera, se habia visto arrebatado fuera del sendero que ésta seguia por su caballo espantado. *Por el valle, por el valle se escapa*, gritaban los ojeadores: y mas de diez cuernos, resonando en medio del silencio de la selva, habian dado aviso á los impacientes cazadores que en el llano se hallaban guardando los pasos y salidas. Mucho menos tiempo del que hemos tardado en describir esta maniobra tardó en desaparecer á los ojos de nuestros pacíficos observadores por entre la espesura la encarnizada caterva, cuyos individuos apenas podian percibir—

se ya á tal distancia y á aquellas horas.

Perdíanse en la lontananza los cazadores, y el ruido tambien de sus voces y sus bocinas, cuando salieron de la selva dos ginetes galopando á mas galopar hácia las tiendas donde se aderezaba el banquete para la noche, que empezaba ya á convidar al descanso con sus frescas auras y sus tinieblas, á los fatigados perseguidores de las inocentes reses del soto de Manzanares.

— ¿No os dije yo, gritó Ferrus estirando el cuello y abriendo los ojos para reconocer á los caballeros, que la venida de Hernando nos traería novedades de importancia? Mirad hácia la derecha por encima de ese ribazo, allí, ¿no veis? entre aquellos dos árboles, el uno mas alto y el otro mas pequeño... mas acá, seguid la indicacion de mi dedo... ahí... ahí...

— Sí, allí vienen dos galopando...

— ¿No reconocéis el plumero encarnado del mas bajo...

— Sí, él es...

— Hernando es el otro.

— ¿Qué apostais á que desde este momento se ha acabado ya la partida de caza?

— Sin embargo, sabeis que veniamos para cuatro dias, y no llevamos sino tres.

— En hora buena: pues no vuelva yo á hacer una estancia, ni á probar vino de Toro en la copa de mi señor, si dormimos esta noche aqui... y voto va que si tal supiera diera principio á una pierna de esa ánima en pena, que está purgando en la brasa las corridas inútiles que habrá hecho dar por el bosque á mas de cuatro cazadores inespertos. Y lanzó un suspiro clavando sus ojos en el asador, vuelto de espaldas al sitio de donde venian los cabalgantes.

— ¿Qué haceis, Ferrus, ahí distraido? Apartad, apartad, gritó Vadillo sacudiéndole por un brazo y desviándole del camino mal su grado.

En esto llegaban los ginetes á las tiendas; y mientras que el uno de ellos se adelantaba á apearse y tener de la brida

el caballo del otro; Ferrus ambicioso de servir el primero al recién llegado ganó por la delantera al escudero, y tomando el estribo con una mano, mientras que con la otra descubría su cabeza roja y ensortijada, acogió con su acostumbrada sonrisa de deferencia una rápida inclinación de cabeza y una ojeada de amistosa protección que le dispensó el caballero.

-- Ya veo Ferrus, le dijo éste al apearse, que pudieras desempeñar este oficio perfectamente si muriesen de repente todos los dignos escuderos de mi casa; y arrojó al descuido una mirada sardónica hácia el negligente Vadillo que con el capacete en la mano é inclinando el cuerpo, esperaba sin duda á que le dejase algo que hacer el solícito poeta...

-- No hay duda señor, contestó Vadillo apreciando en su justo valor el ligero sarcasmo del caballero, que la costumbre de correr tras el consonante presta á los poetas cierta agilidad de que nunca podrá gloriarse un escudero indigno, aunque hijodalgo.

-- Aunque hijodalgo, dijo entre dientes Ferrus, pero de modo que pudo oírlo el que era objeto de la consideracion y respeto de entrambos; cada uno es hijo de sus obras y las mias pueden ser tan honradas como las del primer escudero de Castilla.

— Paz, señores, paz dijo el caballero; paz entre las musas y los hijosdalgo. En estos momentos he menester mas que nunca de la union de mis leales servidores: y quiso repartir un favor á cada uno para equilibrar el momentáneo desnivel de su constante amistad. Cubríos, Vadi- llo; la noche empieza á refrescar y vuestra salud me es harto preciosa para sacrificarla á una etiqueta cortesana. Ferrus, toma ese pliego y cuando estemos en Madrid me dirás tu opinion acerca de ese incidente que me anuncian; tu sabrás si es fausto ó desdichado para nuestros planes.

Cogió Ferrus el pergamino y guardóle en el seno con aire de satisfaccion, echando una mirada de superioridad so-

bre el desairado escudero; superioridad que efectivamente le daba la confianza que en público acababa de hacer de él su distinguido señor. Pero éste, atento á la menor circunstancia que pudiera renovar el mal apagado fuego de la rivalidad de sus súbditos, se apoyó en el brazo de su escudero y llevando á la izquierda al ambicioso juglar, y detras á Hernando con entrambos caballos de las bridas, penetró en una tienda, á cuya entrada quedó éste respetuosamente, esperando las órdenes que no debian tardar mucho en comunicársele.

La tienda en que entraron, inmediata á aquella donde hemos dicho que se aprestaban las viandas, se hallaba sencillamente alájada; una alfombra que representaba la caza del ciervo, y alegórica por consiguiente á las circunstancias, ofrecia blando suelo á nuestros interlocutores; cuatro tapices de extraordinaria dimension decoraban sus paredes ó lienzos con las historias del sacrificio de Abraham, de la casta Susana sorprendi-

da en el baño por los viejos; del arca de Noé; y de la muerte de Holofernes á manos de la valiente y hermosa Judit. Una mesa artificiosamente trabajada de modo que pudiera armarse y desarmarse cómodamente para esta clase de expediciones, y varias banquetas de tijera fáciles de plegar, completaban el ajuar de aquella vivienda campestre y provisional; una cámara interior, y reducida, estaba ocupada por un lecho con su cubierta de seda labrada de damasco. Algunos arcos y ballestas suspendidas aqui y alli, y varios venablos apoyados en los rincones, daban á entender á la primera ojeada el objeto de la expedición que en el campo detenía por aquellos días á su dueño. Una armadura completa que en el lugar preeminente se veía suspendida, manifestaba que la seguridad personal no era olvidada de los caballeros belicosos del siglo XIV, ni aun entonces mismo que se entregaban á los placeres de una época pacífica y agena de temores de guerra.

— Ferrus ; partirémos inmediate-

mente, dijo el caballero á su confidente.

— ¿Sin cenar, señor?

— ¡Ferrus !...

— Señor, interrumpió el juglar volviendo en sí de la distraccion y falta acaso de respeto á que habia dado ocasion la mucha familiaridad que su amo le consentía; si tus negocios han menester de mi ayuno, y si mi hambre puede en algo contribuir á su buen éxito, marchemos...

— Naciste para comer, Ferrus: hago mal en creer que tengo un hombre en tí...

— Pero gran señor, tu propio anduvieras acertado en restaurar tus fuerzas: el camino hasta Madrid es malo y largo, la noche oscura, y Dios sabe si malhechores ó enemigos tuyos esperarán á que pasemos para enviarnos en pos del maestro... si es que ha muerto, añadió acercándosele al oído, como presumo. ¡Qué mal puede haber en que nos pillen reforzados!

— En buen hora, bachiller; deja de hablar. Fernan Perez, dispondreis que al rayar mañana el dia se recoja la batida, y marchareis á reuniros conmigo lo mas

pronto que pudiereis. Ferrus, haz que nos den un breve refrigerio. Seguiré tu consejo.

No oye el reo su indulto con mas placer que el que experimentó Ferrus al escuchar la revocacion de la cruel sentencia, que á dos largas horas de hambre le condenaba. En pocos minutos se vió cubierta la mesa de un limpio mantel labrado, y un opíparo trozo de esquisito morcon curado al fuego, se presentó ante los ávidos ojos de nuestros tres interlocutores. El hidalgo hizo plato á su señor que no quiso acelerar para su servicio el fin de la caza, ni se curó de llamar á los dependientes, á quienes tales oficios de su casa estaban cometidos: la situacion de su ánimo, devorado al parecer de secretas ideas, y el deseo de permanecer en la compañía libre y desembarazada de aquellos en quienes depositaba su confianza, redujo á dos el número de sus servidores en tan crítica situacion. Luego que el hidalgo le hubo hecho plato y Ferrus servidole la copa. -- Sentaos, dijo, y cenad Fernan Perez; que bien podeis po-

ner la mano en el plato en mi propia mesa. Sentóse respetuosamente al extremo de la mesa Vadillo, y el favorito permaneció en pie á la derecha de su señor, recibiendo de su propia mano los mejores bocados que éste por encima del hombro le alargaba, como pudiera con un perro querido que hubiera tenido su estatura. Reíase Ferrus empero muy bien de esta manera de recibir los trozos de la vianda, á tal de recibirlos; sabia él ademas que lo que hubiera podido parecer desprecio á los ojos de un observador imparcial, era una distinción cariñosísima que le colocaba sobre todos los súbditos del caballero. Sin mortificarle estas ideas dábase priesa á engullir morcon, sin más interrupcion que la que exigieron las dos ó tres libaciones que con rico vino de Toro, entonces muy apreciado, hacia de vez en cuando el taciturno y distraido personaje; cuyo nombre y circunstancias singulares no tardaremos en poner en claro para nuestros lectores.

Acabóse la corta refaccion sin hablar

palabra de una parte ni otra, sirviéronse las especias, y púsose aquel en pie.

— Partamos.

— Paréceme, gran señor, que harías bien en armarte mejor de lo que estás, por que ¡vive Dios que no quisiera que se quedara España sin tan gran trobador! y...

— ¡Chiton! Pónme en efecto esa armadura. Quitóse un capotillo propio de caza; púsose una lóriga ricamente recamada de oro sobre terciopelo verde; vistió una fuerte cota de menuda malla; ciñó una espada, y calzó las botas con la espuela de oro, insignia de caballeros de la mas alta gerarquía. Prevínose tambien contra la intemperie envolviéndose en un tabardo de belarte, y despues que Ferrus se hubo armado aunque mas á la ligera, montaron en sus caballos y se despidieron de Fernan Perez, encargándole sobre todo que en manera alguna dejase de estar á la mañana siguiente en la cámara de su grandeza á la hora comun de levantarse; prometiolo Vadillo, besándole

el extremo de la lóriga, y al son de las cornetas de los cazadores que daban ya la señal de recogida á los monteros desparcidos, picaron de espuela nuestros viajeros seguidos de Hernando.

Ya era á la sazón cerrada y oscura la noche; no dicen nuestras leyendas que les acaeciese cosa particular que digna de contar sea. Ferrus trató varias veces de aventurar alguna frase truhanesca, de aquellas que solían provocar el humor festivo de su señor; pero el silencio absoluto de éste le probó otras tantas que no era ocasión de bufonadas, y que la cabeza del caballero, sumamente ocupada con las revueltas ideas á que había dado lugar el pliego que tan intempestivamente había venido á arrancarle del centro de sus placeres, estaba más para resolver silenciosamente alguna enredada cuestión de propio interés, que para prestar atención á sus gracias pasajeras. Resignóse, pues, con su suerte, y era tanto el silencio y la igualdad de las pisadas de sus trotones, que en medio de las tinieblas nadie hubiera ima-

ginado que podia provenir de tres distintas personas aquel uniforme y monotonó compás de pies.

Dos horas habrian transcurrido desde su salida de las tiendas , cuando dando en las puertas de Madrid llegaron á entrar por el cubo de la Almudena , y dirigiéndose al alcázar que á la sazón reedificaba el rey don Enrique III en esta humilde villa ; llegó el principal de los viageros á sus labios el cuerno , que á este fin no dejaba nunca de llevar un caballero , é hizo la señal de uso en aquellos tiempos ; la cual oida y respondida en la forma acostumbrada , no tardaron mucho en resonar las pesadas cadenas , que inclinando el puente levadizo dieron facil entrada en el alcázar á nuestros personajes : dirigiéronse inmediatamente á las habitaciones interiores sin interrumpir el silencio de su viage , sino con el ruido de sus fuertes pisadas , cuyo eco resonaba por las galerías donde los dejarémos , difiriendo para el capítulo siguiente la prosecución del cuento de nuestra historia.

CAPITULO III.

Ellos en aquesto estando
su marido que llegó :

— ¿ Que haceis la blanca niña ,
hija de padre traidor ?

— Señor , peino mis cabellos :
péinolos con gran dolor ,
que me dejais á mi sola
y á los montes os vais vos.

Anónimo.

HALLÁBASE concluida la parte principal del alcázar de Madrid , y habitábala ya el rey con gran parte de su comitiva siempre que el placer de la caza le obligaba á venir á esta villa , cosa que le aconteció algunas veces en su corto reinado.

Entre las habitaciones inmediatas á la de su alteza se contaban algunas de las principales dignidades de su corte , pero distinguíase entre todas la de don Enrique de Aragon , llamado comunmente de Villena : este jóven señor , uno de los mas poderosos y esplendidos de la época , era

tio del rey don Enrique III y descendiente por línea recta de don Jaime de Aragon. Su padre don Pedro, casado con doña Juana, hija bastarda de don Enrique II, y reina despues de Portugal, habia muerto en la batalla de Aljubarrota. Correspondíale de derecho á don Enrique el marquesado de Villena, que su abuelo don Alfonso, primer marques de ese título, á quien le dió don Enrique II, habia cedido á su hijo don Pedro, reservándose solo el usufruto por toda su vida. Pero habiendo el rey don Enrique III en su menor edad invitado al marques don Alfonso á que viniese á egercer su título de condestable de Castilla que le diera don Juan I.^o, y habiéndose él negado con frívolos pretestos á tan justa exigencia, se aprovechó esta ocasion de volver á la corona aquellos ricos dominios, que como fronteros de Aragon no se creía prudente que estuviesen en poder de un príncipe de aquel reino. Dióse en compensacion á don Enrique el señorío de Cangas y Tinco con título de conde, y su muger doña

María de Albornoz le habia traído ademas en dote las villas de Alcocer, Salmeron, Valdeolivas y otras; con todo lo cual podia justamente reputársele uno de los mas ricos señores de Castilla. No habia pensado él nunca en acrecentar sus estados por los medios comunes en aquel tiempo de conquistas hechas á los moros. Mas cortesano que guerrero, y mas ambicioso que cortesano, habia desdeñado las armas, para las cuales no era su carácter muy apropiado, y su aficion marcada á las letras le habia impedido adquirir aquella flexibilidad y pulso que requiere la vida de corte. Las lenguas, la poesia, la historia, las ciencias naturales habian ocupado desde muy pequeño toda su atencion. Habíase entregado tambien al estudio de las matemáticas, de la astronomía, y de la poca fisica y química que entonces se sabia. Una erudicion tan poco comun en aquel siglo, en que apenas empezaban á brillar las luces en este suelo, debia elevarle sobre el vulgo de los demas caballeros sus contemporáneos: pero fuese que

la multitud ignorante propendiese á achacar á causas sobrenaturales cuanto no estaba á sus alcances ; fuese que efectivamente él tratase de prevalerse y abusar de sus raros conocimientos para deslumbrar á los demas, el hecho es que corrian acerca de su persona rumores estraños, que ora podian en verdad servirle de mucho para sus fines, ora podian tambien perjudicarle en el concepto de las mas de las gentes, para quienes entonces como ahora es siempre una triste recomendacion la de ser estraordinario. No dejaba de ser notado en él á mas de su ambicion, cierto afecto decidido al bello sexo ; y lo que era peor, notábase tambien que nunca se paró en los medios cuando se trataba de conseguir cualquiera de esos dos fines, que tenian igualmente dividida su alma ardiente, y que ocuparon exclusivamente todo el transcurso de su vida.

Hallábase ricamente alhajada la parte que en el alcázar habitaba este señor; costosos tapices, ostentosas alfombras de Asia, almohadones de la misma proce-

dencia, cuanto el lujo de la época podía permitir se hallaba allí reunido con el mayor gusto y primor; ardian lentamente en los cuatro ángulos del salon principal, pebeteros de oro que exhalaban aromas deliciosos del oriente, uso que habian introducido los árabes entre nosotros. A una parte del hogar se veía una muger jóven y asaz bien parecida, vestida con descuido á la moda del tiempo, y sentada en una pesada poltrona, notable por su madera y por el mucho trabajo de adornos y relieves con que se habia divertido el artista en sobrecargarla: descansaban sus pies en un lindo taburete, y se hallaba ocupada en una delicada labor de su sexo. Ayudábala enfrente de ella á su trabajo y á pasar las horas de la primera noche, otra muger todavia mas sencilla en su trage, y poco mas ó menos de su misma edad. Todo lo que la primera le llevaba de ventaja á la segunda en dignidad y riqueza, llevaba la segunda á la primera en gracia y en hermosura. Tez blanca y mas suave á la vista que la mis-

ma seda; estatura ni alta ni pequeña; pie proporcionado á sus dimensiones, garganta disculpa del atrevimiento; y fisonomia llena de alma y de espresion. Su cabello brillaba como el ébano; sus ojos sin ser negros tenian toda la espresion y fiereza de tales, sus demas facciones mas que por una extraordinaria pulidez se distinguian por su regularidad y sus proporciones marcadas, y eran las que un dibujante llamaria en el dia académicas, ó de estudio. Sus labios algo gruesos daban á su boca cierta espresion amorosa y de voluptuosidad, á que nunca pueden pretender los labios delgados y sutiles; y sus sonrisas frecuentes llenas de encanto y de dulzura, manifestaban que no ignoraba cuánto valor tenian las dos filas de blancos y menudos dientes que en cada una de ellas francamente descubria. Cierta suave palidez, indicio de que su alma habia sentido ya los primeros tiros del pesar y de la tristeza, al paso que hacia resaltar sus vagas sonrisas, interesaba y rendia á todo el que tenia la desgracia de

verla una vez para su eterno tormento.

En el otro extremo del salon bordaban un tapiz varias dueñas y doncellas en silencio, muestra del respeto que á su señora tenian. Hablaba esta con su dama favorita, pero en un tono de voz tal, que hubiera sido muy difícil á las demas personas, que al otro lado de la habitacion se hallaban, enlazar y coordinar las pocas palabras sueltas que llegaban á sus oidos enteras de rato en rato, cuando la vehemencia en el decir ó alguna rápida exclamacion, hacian subir de punto las entonaciones del diálogo entre las dos establecido.

— Elvira, decia doña María de Albornoz á su camarera, Elvira, ¡cuánta envidia te tengo!

— ¿Envidia, señora? ¿A mí? contestó Elvira con curiosidad.

— Sí: ¿qué puedes desear? Tienes un marido que te ama, y de quien te casaste enamorada; tu posicion en el mundo te mantiene á cubierto de los tiros de la ambicion y de las intrigas de corte...

— ¿Y es doña María de Albornoz, la rica heredera, y la esposa del ilustre don Enrique de Villena, quien tiene envidia á la muger de un hidalgo particular?...

— ¿De qué me sirve ser la esposa de ese ilustre don Enrique, si lo soy solo en el nombre: mira lo que en este momento está pasando; tres dias hace ya que partió á caza de montería; en esos tres dias Fernan Perez de Vadillo ha venido dos veces á ver á su muger, y el conde de Cangas y Tineo, prefiere á la vista de la suya la de los javalíes y ciervos del soto. Elvira, si se hicieran las cosas de dos veces, doña María de Albornoz no volvería á dar su mano á un hombre, cuyos sentimientos no le fuesen bien conocidos. ¡Maldita razon de estado! A un hombre de quien no supiese con seguridad que habia de ser el mismo con ella á los tres años que á los tres dias.

— ¿Dónde está, señora, ese caballero? preguntó con distraccion Elvira, lanzando un suspiro. ¿Dónde está?

— ¿Dónde está? repitió asombrada la de Albornoz. ¿Tan difícil crees encontrar un esposo que me ame mas que don Enrique?

— Si me lo permitís, diré que no seria difícil; pero desde un esposo que os ame mas que don Enrique, hasta el hombre que buscabais hace poco, hay la misma distancia que hay desde la idea imaginaria que del matrimonio os habeis formado, hasta la realidad de lo que es este vínculo en sí verdaderamente.

— No te entiendo, Elvira.

— ¿Y me entenderíais si os dijera que hace tres años que me casé enamorada con Fernan Perez de Vadillo, y que él no lo estaba menos segun todas las pruebas que de ello me tenia dadas, y si os añadiese que ni yo encuentro ya en mi escelente esposo al amante por mas que le busco, ni él acaso encontrará en mí á la Elvira de nuestros amores.

— ¿Qué dices?

— Acaso no podreis concebirlo. Es la verdad sin embargo; estad segura empe-

ro de que en Castilla dificilmente pudié-
rais encontrar matrimonio mejor avenido;
él me estima, y yo no hallo en el mun-
do otro que merezca mas mi preferencia.
¡Ah! señora, no está el mal en él ni en
mí: el mal ha de estar, ó en quien nos
hizo de esta manera, ó en quien exige
de la flaca humanidad mas de lo que
ella puede dar de sí... Perdonadme, seño-
ra; no debiera acaso hablar en estos tér-
minos, pero solo á vos confiaría estos sen-
timientos, que quisiera mantener encer-
rados eternamente en mi corazon, La vi-
da comun, en la cual cada nuevo sol ilu-
mina en el consorte un nuevo defecto que
la venda de la passion no nos habia per-
mitido ver la víspera en el amante, se
opondrá siempre á la duracion del amor
entre los esposos. En cambio una estima-
cion mas sólida y un cariño de otra espe-
cie se establecen entre los desposados, y si
ambos tienen alternativamente la deferen-
cia necesaria para vivir felices, podrá no
pesarles de haberse enlazado para siempre.

— ¡Qué consuelo derraman tus pala-

bras en mi corazon, Elvira! Si tú no te consideras completamente dichosa, creo tener menos motivos para quejarme; sin embargo, de buena gana te pediria un consejo que creo necesitar. Si tu esposo te insultase diariamente con su frialdad y su indiferencia nada menos que galantes, si tus virtudes no te bastasen á esclavizarle y contenerle en la carrera del deber...

— Redoblaría, señora, esas virtudes mismas: no sé si el cielo me tiene reservada esa amarga prueba; pero si tal caso llegase, fuerzas le pediria solo para resistirla y para vencer en generosidad al mal caballero, que con tan negra ingratitud premiase mi cariño y mi conducta irrepreensible.

— Basta, Elvira, basta: seguiré tu consejo; está en armonía con mis propios sentimientos. Sí, la paciencia y la resignacion serán mis primeras virtudes. ¡Ah don Enrique, don Enrique! ¡y qué mal pagáis mi afecto! ¡y qué poco sabeis apreciar la esposa que teneis!

— ¡ Tened señora! ¿ no ois la señal del conde? ¿ no habeis oido una corneta?

— Imposible : llevan solo tres dias y fueron para cuatro.

— No importa ; no he podido equivocarme : no , no me he equivocado ¿ ois las pesadas cadenas del puente?

— ¡ Cielos ! No le esperaba ; Ah ! estoy demasiado sencilla : Dios sabe si no será perdido el trabajo que emplee en adornarme.

— ¿ Qué decis?

— Sí , llama á mis dueñas.

Acercáronse dos dueñas de las que en la estremidad de la sala bordaban , á la indicacion que Elvira les hizo levantándose , y prosiguió la condesa.

— Arreglad mis cabellos , pasadme un vestido con el cual pueda recibir dignamente á mi esposo : probablemente nos dará lugar : nunca que viene de fuera deja de dirigirse primero á la cámara del rey para informarle de su llegada. Jamas me parecerá bastante todo el cuidado que puedo tener en engalanarme y aparecer

á sus ojos armada de las únicas ventajas que nuestro sexo nos concede. Este mismo cuidado le probará el aprecio que hago de su amor: acaso vuelva en sí algún día avergonzado de su conducta, y acaso no se frustren estas esperanzas que ahora te parecen infundadas.

Llegaron dos doncellas que en el menor espacio de tiempo posible recogieron sus hermosos cabellos sobre su frente y los prendieron con una rica diadema de esmeraldas: sustituyendo asimismo al sencillo vestido que la cubria otro lujosamente recamado de plata.

Llegad, Guiomar, dijo á una de sus sirvientes doña María de Albornoz, llegad hasta el alabardero de la cámara del rey y ved de inquirir si es efectivamente don Enrique de Villena el caballero que acaba de entrar en el alcázar, como tengo sobrados motivos para sospecharlo.

Inclinó Guiomar la cabeza y salió á obedecer la orden que se le acababa de dar.

— ¿Puedes comprender, Elvira, la causa que me vuelve á mi esposo un día

antes de lo que esperaba? ¿acaso habrá amenazado su vida algun riesgo inesperado?

— No lo temas señora. En el dia y en este punto de Castilla ningun miedo puede inspirarnos ni el moro granadino, ni el portugués: y por parte de los demas grandes, don Enrique está bien en la actualidad con todos. Acaso el rey le habrá enviado á buscar... algun asunto de Estado podrá reclamar su presencia.

— Dices bien: me ocurre que la llegada del caballero que á todo correr entró esta mañana en el alcázar pudiera tener algo de comun con esta sorpresa...

— ¿Qué motivos... tienes, señora, para... presumir...

— Motivos... ningunos... pero mi razon me engaña rara vez; y aun si he de creer á sus presentimientos nada bueno me anuncia este suceso.

— ¿Pero sabes, señora, quién fuese el caballero?

— Hanme dicho solo que venia con un su escudero de Calatrava.

— ¿De Calatrava? ¿y no sabes mas?...

— Dicen que es un caballero que viene todo de negro...

-- ¿De negro?

-- Quien me ha dado estos detalles ha dicho que no sabia mas del particular; pero pareceme, Elvira, que te ha suspendido esta escasa noticia que apenas basta para fijar mis ideas: ¿conoces algun caballero de esas señas...

-- No señora... son tan pocas las que me dais...

-- Estás sin embargo inmutada...

-- Guiomar está aqui ya, interrumpió Elvira, como aprovechando esta ocasion que la libraba de tener que dar una esplicacion acerca de este reparo de la condesa... ella nos dará cuenta de...

-- Guiomar, dijo levantándose doña María de Albornoz al ver entrar á su mensagera de vuelta de su comision, Guiomar, ¿es mi esposo quien ha llegado?

-- Sí señora, es don Enrique de Villena...

-- Elvira, nuestros esposos.

-- No señora, viene solo con su juglar y con el escudero del caballero del negro penacho, que llegó esta mañana al alcázar.

-- Mi corazón me decía que tenía algo de comun un suceso con el otro... ¿Y por qué tarda en llegar á los brazos de su esposa, Guiomar?

-- Señora: no puedo satisfacer á tu pregunta: ni yo he visto á tu señor, ni le han visto en la cámara del rey todavía...

-- ¿Nó?

-- Parece que se ha dirigido en cuanto ha llegado á preguntar por la habitación del caballero recién venido de Calatrava.

-- ¡Qué confusión en mis ideas! Despejad vosotras: siento pasos de hombres; ellos son: Elvira, permanece tú sola á mi lado.

Oíanse efectivamente las pisadas aceleradas de varias personas, y se podía inferir que trataban andando cosas de mas que mediana importancia, porque se paraban de trecho en trecho, volvían á an-

dar y volvian á pararse hasta que se les oyó en el dintel mismo del gran salon. Las dueñas y doncellas salieron á la indicacion de su ama , y solo la impaciente doña María y su distraida camarera, quedaron dentro con los ojos clavados en la puerta que debia abrirse muy pronto para dar entrada al esperado esposo.

-- Podeis retiraros , dijo al entrar don Enrique de Villena á dos personas de tres que le acompañaban , y saludándose unos á otros cortesmente , el conde con su juglar se presentó dentro del salon á la vista de su consorte anhelante.

-- Esposo mio , exclamó doña María previniendo las frias caricias de su severo esposo : ¿ tú en mis brazos tan presto?...

-- ¿ Os pesa doña María? Contestó con risa sardónica el desagradecido caballero.

-- Pesarme á mi de tu venida , yo que no deseo otra dicha sino tu presencia , y que solo para tí existo...

-- ¿ Y qué solo para tí me engalano, pudierais añadir , hoy que os encuentro

tan prendida sabiendo que estoy en el monte?

-- Y si solo tu venida...

-- Me es indiferente, señora...

-- Indiferente... Ah... venis á insultar como de costumbre á mi dolor y á mi...

-- Acabad...

-- Sí, acabaré... á mi necesidad...

-- Basta; no estamos solos, señora.

-- ¡Elvira...! dijo la de Albornoz echando sobre su camarera una mirada de dolor.

— Te entiendo señora... te esperaré en tu cámara...

Salió Elvira del salon por una puerta que daba á otra pieza inmediata, con rostro decaído, ora procediese su abatimiento de la prolongacion imprevista de la ausencia de su esposo, ó lo que es mas creible de la esperanza chasqueada que de ver entrar al caballero de Calatrava habia alimentado inútilmente.

-- Ferrus, vos tambien podeis iros, dijo don Enrique á su juglar: esperadme

en mi cámara , pero haced retirar á todo el mundo : que se acuesten mis donceles *de la...* y mis pages : vos solo podeis quedaros... tenemos que tratar materias en que no habemos menester testigos.

-- Serás obedecido , dijo el juglar , y salióse dejando á la de Albornoz retorciendo sus manos en medio de su desesperacion , y con los ojos clavados en el conde con cierto asombro , nada de estrañar en quien estaba como ella muy poco acostumbrada á tener con su esposo escenas solitarias , como la que al parecer de intento le preparaba.

-- Ya estamos solos , exclamó don Enrique levantándose. Estrañareis este paso sin duda , la de Albornoz... al llegar aqui calló como si no estuviera muy resuelto todavia á decir lo que traía pensado , y empezó á pasearse á lo largo con pasos tendidos y acelerados...

-- Perdonadme si no os he respondido mas pronto , contestó su esposa despues de una ligera pausa ; creí que íbais á seguir hablando. ¿ Deberé alegrarme de

esta inesperada entrevista? ¿Por fin vuestro corazón don Enrique se ha rendido á mi amor? ¿habeis pensado ya decididamente volver la paz al pecho de vuestra esposa... y cortar de raíz las rencillas que han amargado hasta ahora nuestra desdichada union?

-- ¿Desdichada? maldecida, debierais decir; murmuró entre dientes el conde, paseándose siempre sin volver los ojos una sola vez á mirar á su afligida mitad.

-- Si tal es vuestro intento, continuó sin oírle la de Albornoz, ¿qué tardais en venir á los brazos de la muger que mas os ama y que no ha amado nunca sino á vos...? Desechad esa dura indiferencia... si algun rubor de vuestra pasada frialdad os impide darme ese contento, yo os lo perdono todo.

-- Perdon... gritó fuera de si el conde al oír esta palabra que lo sacó de su letargo... Perdon... vos á mi... ¿Y sabeis antes si os perdono yo á vos?

-- ¡Santo cielo! ¿qué palabras! ¿pues en qué pude yo ser culpable jamas? ¿en

amaros demasiado ; en sufiros?... ¡ ah! perdonad , pero soy vuestra esposa y tengo derecho á vuestro amor , ó por lo menos á vuestra consideracion.

-- No se trata ya de amor.

¿ -- ¿ Se ha tratado con vos alguna vez?

-- Lo ignoro : solo sé que ha llegado el caso de un rompimiento completo.

-- ¿ Un rompimiento? ¡ Desgraciada María!... ¿ Y qué causa podreis alegar para tan indigna conducta?...

— ¡ María! gritó don Enrique...

— Sí , sacad el puñal todo : no os contenteis con apretarle en vuestra mano ; aqui teneis el corazon criminal que os ha querido bien ; acabad de una vez con el único estorbo de vuestros intentos... De otra manera , don Enrique , jamas conseguireis esa separacion ; yo quiero antes saber el motivo que os conduce á...

— Ya lo podeis haber conocido : el estudio que ocupa las horas de mi vida me impide que me entregue como debiera á la contemplacion de una belleza terrenal... los hondos arcanos de las ciencias,

el objeto importante de mis tareas misteriosas...

— ¿Vos pretendéis embaucar como al vulgo de las gentes á vuestra misma esposa?... ¡Delirios!

— Bien, señora, pues si no os satisface esa respuesta, os diré secamente: *mi voluntad*.

— Para ese divorcio que pretendéis, necesitáis de la mia...

— Y esa es precisamente la que vengo á pedirós...

— ¿Yo dar mi consentimiento?...

— Vos... sí.

— Jamas.

— ¡María! ¿conoces mi furor? Tú me le darás...

— ¡Ah! vos ocultáis mal vuestra perfidia: vos amais á otra; no, no puede tener otro origen ese extraño interes que manifestáis...

— ¿A otra muger? interrumpió rojo de cólera don Enrique... Cuando don Enrique de Villena pueda volver al estado de la estupidez y de la ignorancia de un

ente que nace al mundo, entonces amaré á una muger...

— Mentis don Enrique...

— ¿Mentis, María, habeis dicho? ¿mentis?

-- Nada temo ya; mentis como fementido caballero: yo os he visto mas de una vez, yo os he visto profanar con miradas de iniquidad la faz mas pura acaso y celestial que existe sobre la tierra: yo he leído en vuestros ojos el pecado: no me lo ocultareis...

-- ¡Silencio!

— Los ojos de una muger que quiere ven mas de lo que pensais los hombres insensatos é ignorantes en medio de vuestra sabiduría...

-- ¡Silencio repito! dijo en voz ronca don Enrique: oid: quiero conceder vuestras gratuitas suposiciones: ¿pretendeis, imaginais vencer mi repugnancia á fuerza de amor? si tanto sabeis, no podeis ignorar que vuestras olicitud seria inútil...

Lo sé; dad gracias, don Enrique, á que no de ahora lo sé, y á que he llo-

rado muchas lágrimas que han desahogado mi corazón; que de no, con mis propias manos yo os hiciera pagar...

-- Teneos, María, y acabemos... si lo sabeis, y si ya de mucho tiempo habeis consentido en ello, de nada servirá vuestra tenacidad: dadme vuestro consentimiento y retiraos á un monasterio. Los estados de Salmeron, Alcozer y Valdeolivias que me tragisteis al matrimonio pagarán esplendidamente vuestra dote.

-- Nunca: lo sé, y sé que todos mis esfuerzos serán inútiles; cederé, sí, cederé á la fuerza de los sucesos; empero nunca pondré yo misma la primera piedra para el edificio de mi deshonra. Haced, don Enrique, lo que gustéis; pero puesto que quereis guerra, guerra os juro de muerte...

-- María, es en vano: desprecio tus baladronadas: mira este pergamino: tu firma hace falta al pie...

-- Deja dme... soltad...

-- No os ireis sin firmarle.

-- ¿Cuál es su contenido?

-- Una demanda de divorcio que pedis vos misma.

-- ¿Yo? Soltad.

-- No; exclamó don Enrique deteniéndola con una mano mientras la enseñaba el pergamino estendido sobre la mesa con la otra, en que relucia su agudo puñal.

-- ¡Nunca! ¡socorro! Elvira! ¡Elvira! gritó la desesperada condesa, huyendo hácia la cámara.

-- Callad ó sois muerta, interrumpió con voz reconcentrada el conde fuera de sí arrojándose delante de ella para impedirle la salida: callad, ó temblad este puñal.

Pero ya era tarde: la condesa habia llegado al colmo de su indignacion, que estallaba en aquella coyuntura con tanta mas fuerza cuanto mayor tiempo habia estado comprimida en el fondo de su corazon. En vano procuraba tajarla la boca su iracundo esposo imponiéndole repetidas veces la mano sobre los labios: no bien la separaba, sonidos inarticulados se

escapaban del pecho de la condesa, y resonaban por los ámbitos del salon: en valde trataba el conde de sujetarla á sus plantas; la condesa, de rodillas conforme habia caido al querer huir, hacia inconcebibles esfuerzos por desasirse de aquellos lazos crueles que la detenian.

-- ¿No firmareis? repitió cuando la tuvo mas sujeta don Enrique: ¿no firmareis?...

En este momento se oyó una puerta que, girando sobre goznes ruidosos, iba á dar entrada en el salon á Elvira, que asustada acudia á las voces de su señora...

-- Sí, gritó levantándose la de Albornoz animada con el ruido de la puerta, que hacia perder asimismo su posicion opresora al conde; sí, firmaré, firmaré; y añadiendo *pero de esta manera*; y precipitándose sobre el pergamino lo arrojó al fuego inmediato sin que pudiera evitarlo don Enrique estupefacto, á quien habia quitado la accion la inesperada vista de Elvira.

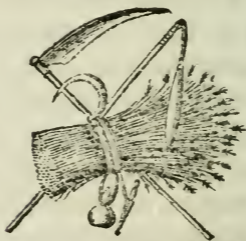
-- ¿Qué teneis, señora, que dais tan-

tos gritos? preguntó azorada Elvira echando una mirada exploradora de desconfianza hácia el conde, que con los brazos cruzados, pero sin pensar en esconder el puñal, parecia su propia estatua enclavada en medio de su casa.

Arrojóse la condesa en brazos de Elvira sin tener aliento sino para exhalar tristísimos ayes y profundos suspiros, y regar con abundantes y ardientes lágrimas el pecho de su camarera, donde ocultó su rostro avergonzado.

Volvió el conde al mismo tiempo las espaldas, sonriéndose con cierta espresion sardónica de desprecio y de indignacion, y sin proferir una sola palabra que pudiese dar á Elvira la clave de lo que entre sus señores habia pasado; anduvo varios pasos; escondió su puñal en la vaina, y al llegar á la pared apretó con su dedo un resorte oculto en la tapicería, el cual cedió y manifestó una puerta de la altura y ancho de una persona, secretamente practicada en aquella parte. Por ella desapareció como un espectro que se

hunde en una pared , ó que se borra y desvanece al mirarle detenidamente ; que no otra cosa hubiera parecido el conde al espectador que le hubiera mirado estando ignorante de la salida misteriosa , la cual no dejó despues de su desaparicion la menor señal de fractura , raya ó llave por donde pudiese conocerse que no era obra de magia ó de encantamiento.



CAPITULO IV.

Este es aquel Albenzáyde
que entre todos tiene fama.

Floresta de var. Rom.

LLA cámara de don Enrique de Villena, adonde vamos á trasladar á nuestro lector, era una verdadera rareza en el siglo xv. Una ancha y pesada mesa, que en valde intentariamos comparar con ninguna de las que entre nosotros se usan, era el mueble que mas llamaba la atencion al entrar por primera vez en el estudio del sabio. Varios voluminosos libros, de los cuales algunos abiertos presentaban á la vista del curioso gruesos caracteres góticos estampados, ó mejor diremos dibujados sobre pulidas hojas de pergamino; un reló de arena; un enorme tintero, cuyos algodones hubieran podido prestar zumo para varios tomos en folio; dos ó tres lunas redondas, de aquellas con que solía surtir la reina del Adriático entonces á las

personas ricas; algun espejo metálico girando sobre un eje á la manera de los modernos tocadores de las damas; varios instrumentos groseros de matemáticas, que el vulgo creía talismanes mágicos, y no pocos alambiques y redomas aplicables á usos químicos, si asi podemos llamar á las confecciones misteriosas de los que en aquella época encanecian buscando la piedra filosofal ó la esencia del oro; crisoles y aparatos sencillos, si bien costosos, de física, eran los objetos que cubrian la mesa que hemos procurado describir: veíanse á otra parte de la habitacion armas ofensivas y defensivas, que segun la estima que en aquellos tiempos beligeros tenian, no dejaban nunca de verse en las cámaras de los caballeros: una lámpara de cuatro mecheros, suspendida del artístico arteson, y otra manual y mas pequeña colocada entre la confusion de objetos que llenaban la mesa, iluminaban el laboratorio del conde de Cangas y Tinco.

Un enorme sillón de baqueta, dón-

de hubieran podido sentarse cómodamente mas de dos personas, completaba el ajuar del misterioso personaje de nuestros primeros capítulos.

En la noche á que nos referimos, y á una hora medianamente avanzada consideradas las costumbres del siglo, se hallaba en aquella pieza un hombre solo, en quien el lector reconocerá al momento á Ferrus con solo notar su sonrisa maligna y el aire de importancia y franqueza con que paseaba á lo largo y á lo ancho en una habitacion, de que ciertamente no era él el dueño. Despues de un momento de pausa, -- Rui Pero, dijo en voz baja Ferrus, Rui Pero.

A esta interpelacion se manifestó otro hombre en la cámara.

-- ¿Habeis llamado, señor Ferrus?

-- Sí: ¿se ha recojido todo el mundo?

-- Solo queda en pie el ballestero de la parte exterior de la puerta.

-- Bien.

-- Y yo, que como camarero de nuestro amo estoy aguardando su venida pa-

ra prestarle los servicios de mi cargo.

-- Es inútil: yo le serviré.

-- Mirad que soy su camarero.

-- Le serviré, os he dicho; sé sus intenciones.

-- En ese caso me retiraré.

-- Es lo mejor que podeis hacer.

-- Buenas noches, señor Ferrus.

-- Esperad... decidme antes, ¿no habria algun page cerca, por si fuese necesario despues servirse de una tercera persona?...

-- Jaime ha quedado conmigo: está en la antecámara.

-- Llamadle.

-- Está bien.

-- Id con Dios. Ya se fue... no sé por qué razon, dijo para sí luego que estuvo solo el juglar mirando á todas partes, no sé por qué razon he de tener miedo, cuando estoy solo en esta cámara. Verdad es que nunca he podido comprender cómo hay hombres valientes; y eso que en mas de un encuentro me he hallado yo mismo con el enemigo; pero puedo jurar que me da mas miedo esta

soledad que la compañía de diez mo-
ros y veinte portugueses en un día de
batalla. Estas voces que corren de que mi
amo es nigromante y este aparato... ¡Dios
me valga! no tocaria á una redoma de
esas por mil cornados... ¿Quién sabe cuán-
tas legiones de demonios podrán caer en
cada una... No será malo hacer la señal
de la cruz y santiguarme... ¿Qué es esto?...
¡Ah! no es nada; es mi sobrecapote, lo
estaba pisando: hubiera dicho que tira-
ban de mí... Disimulemos el miedo; ya
está aquí el page: es preciso buscar un
pretexto para estar acompañado.

A esta sazón entraba ya un pagecito
que podría tener catorce ó quince años
todo lo mas.

— El camarero dice...

— Sí, el camarero dice bien: inter-
rumpió Ferrus sin enterarse, y sin saber
todavía qué pretexto suponer para justifi-
car aquella intempestiva llamada. ¿Dor-
mías, Jaime?

— Pésiami alma si he podido en mi
vida pegar los ojos en esta maldita cáma-

ra. El miedo me tiene mas despierto que una liebre.

— ¿El miedo?...

— Pienso que puedo hablar francamente con el señor Ferrus, y que no irá á decir á su señoría...

— Habla sin temor. Vamos, el muchacho es de los míos, dijo para sí el ingenioso juglar.

— Si va á decir verdad, puedo jurar por el salto que dió el Cid sobre la puerta de Burgos estando un dia á caballo, segun nos cuentan...

— Adelante.

— Puedo jurar que no veo sino espíritus del otro mundo... y á cada paso se me antoja que me arrebataban por los aires...

— ¡Eh! interrumpió Ferrus echando una mirada á todas partes. ¡Ba! niñerías, Jaime, niñerías; yo te creí hombre de mas valor. ¡Qué valiente es uno, añadió para sí, cuando está con un cobarde!

— ¿Niñerías? ¿os parece, señor Fer-

rus, que cuando las gentes han dado en hablar de la magia blanca ó negra, que ni aun eso quiero saber, de nuestro amo, ^{¿no se lo tendrán bien sabido?} no se lo tendrán bien sabido? Si hubierais de dormir, como yo, algunas noches tabique por medio con nuestro señor conde, ya me dariais noticias de las niñerías; y sino decidme, ¿con quién habla mi amo cuando no habla con nadie?...

— Claro está, con nadie.

— Quiero decir, cuando está solo.

— ¿Y con quién puede hablar?

— ¿Con quién ha de ser? con el diablo que me lleve: ello es que habla, y que á él nadie le responde, y que se pasa las noches de claro en claro trabajando y afanando sobre esos cacharros que llama crisoles y rodeado de llamas, y que anda un olor tal que, Dios me perdone, si se me pasa por la imaginacion hacer conocimiento con el pomo de esencias de donde lo saca... Venid aqui, añadió el barbilampiño cogiendo de la mano inesperadamente á Ferrus, que se estremeció

al sentirse tocado en tan crítica circunstancia; venid aquí, decidme qué significan esos garabatos que escribe sobre el papel, y sino son signos diabólicos... ¡Mal año para mí! si quiero permanecer mas tiempo al servicio del señor conde... no, sino estéme yo aquí y llévese el diablo mi alma una noche, sin tener arte ni parte en los productos que sin duda le dará á nuestro amo por precio de la suya. Os digo que no se pasarán tres dias sin que me torne al servicio de mi hermosa prima Elvira. A lo menos allí no hay mas hechizos que los de sus ojos.

— ¡Tate! señor page, ¿con que se os entiende tambien á vos de esotros hechizos?

— Os aseguro que no estoy para aplaudir vuestras gracias. Mirad bien esos caractéres.

— Bien, page, pero no hay necesidad de acercarse tanto: verdad es que son raros; imagino sin embargo, añadió el coplero afectando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir, imagino que

esos pueden ser versos, porque has de saber que el conde hace versos... y como ni tú ni yo sabemos leer ni escribir, acaso maliciemos...

— ¡Voto va! ¡no sabeis escribir! ¿Pues no haceis vos trovas tambien?

— Cierto que hago trovas, y las canto, que es mas; empero no las escribo.

-- ¿Eh? ¿no digo yo que esos serán encantos?... Mirad, Ferrus, os quiero porque nos soleis hacer reir en el hogar con vuestras sandeces, quiero decir, con vuestras sales... yo os aconsejaría que imitérais mi ejemplo, y os yiniérais...

— Eso no, señor page; paso, paso, que antes me dejaré llevar de todos los espíritus que tengan el menor interes en especular con mis huesos, que abandonar á mi amo. Verdad es que no las tengo todas conmigo; pero todos los caballeros de la tabla redonda, incluso el rey Artus, que se volvió cuervo, ni los doce de Francia no me convencerán de que don Enrique de Villena es tonto, y si él sabe

mas que yo, quiero yo perderme cuando él se pierda...

— A la buena de Dios, señor Ferrus; ¿mas no oís pasos?

— ¡Santo cielo! exclamó Ferrus. ¡Ah! sí, es don Enrique, sí, será don Enrique; vete retirando... poco á poco... ¡Jaime! mas despacio; pudiera ser que no fuese él...

Miraba atento Ferrus á la parte de donde provenia el rumor á tiempo que el page, de suyo poco inclinado á esperar aventuras de ninguna especie, y menos de aquella á que él se figuraba pertenecer la que se presentaba, se habia puesto ya en salvamento en la antecámara, donde le parecia que no estaba tan al alcance de los perniciosos efectos de las malélicas redomas que tanto temor le infundian. Santiguábase alli á su placer, y dábbase prisa á besar una santa reliquia que en el pecho para tales ocasiones llevaba con mas fervor que besaría un enamorado la blanca mano de su Filis dejada al descuido entre las suyas.

Miraba atento Ferrus, y no esperaba nada menos que ver alguna desmesurada fantasma ó ridículo endriago que viniese á pedirle cuentas de su mal pasada vida. Abrióse por fin una puerta tan secreta como la que en nuestro capítulo anterior hablando del salon dejamos descrita, y se presentó á los ojos del espantado confidente la persona del mismo don Enrique, á la cual daba cierto aire nada tranquilizador la escena que acababa recientemente de pasar entre él y su desdichada esposa, la de Albornoz.

— ¡Maldita tenacidad! entró diciendo con voz iracunda el enojado conde sin reparar en su medroso confidente, ni menos acordarse de la orden que de esperarle en su cámara le tenia anteriormente conferida. Mal conoce á don Enrique el desdichado que pretende atravesarse en el camino de sus planes, añadió acercándose á la mesa; resiste, infeliz, resiste mañana todavia, y conocerás bien pronto quién es don Enrique de Villena.

— Señor, perdonadme si os he ofen-

dido, exclamó hincándose de hinojos el espantado Ferrus, é interpretando contra sí el sentido de las últimas palabras del conde, únicas que habia oido distintamente. Perdonadme...

— ¡Ah! ¿estás ahí? dijo don Enrique volviendo en sí: ¿qué haces en esa postura? ¿rezas? insensato.

— Sí, gran señor, insensato, pero te juro que mi intencion es buena.

— Alza, ¿has perdido el juicio? Bien que nunca le tuviste. Alza, miserable, ¿no sabrás distinguir jamas cuándo es ocasion de farsas, y cuándo no?

— Dios me perdone, dijo levantándose Ferrus; Dios me perdone mis muchos pecados. Dame tus órdenes, y te probará tu esclavo si desconoce la oportunidad de servirte.

— ¿Estás solo?

— Solo, con mi miedo, iba á decir el intempestivo juglar, pero el gesto mal encarado de su amo le recordó lo que acababa de decirle en aquel tono que tiene tanto prestigio sobre las almas débiles. So-

lo, señor, pronunció titubeando. Jaime es el único que vela en la antecámara.

— Dale las señas de la habitacion del caballero que ha llegado esta mañana de Calatrava. Que llegue á ella, que dé tres golpes, y que pronuncie mi nombre en voz baja; nada mas. Es señal convenida.

Salió Ferrus á obedecer la orden de su señor, y no tardó mucho en volver á entrar con la noticia de que quedaba des-
empeñada su comision con el mismo zelo de que tantas pruebas tenia dadas.

— En buen hora, Ferrus. Llégate mas cerca y habla bajo. Conozco tu zelo, y tú conoces mi poder. Hasta la presente creo haberte recompensado mas allá de tus esperanzas, y aun mas allá de lo que tus méritos exigian.

— Estoy harto pagado con el honor de servirte, dijo el astuto juglar.

-- Bien, dejemos lisonjas que tú no crees ni yo tampoco: toma esas monedas: cada cornado que aceptas debe pesar mas que plomo en tu bolsillo si piensas faltarme algun dia: del plomo sabria

hacer oro si lo hubiese menester ; pero tambien del oro sabré hacer fuego si tu conducta...

-- Ofendes á Ferrus , señor.

-- Quiero creerlo asi : escucha , dame el pergamino que te he confiado. Bien. El maestre de Calatrava ha muerto : esta es la nueva que aqui me dan.

-- Dios le haya perdonado , y tenga su alma...

-- Bien ; esas no son cuentas nuestras. Atiende primero ; luego le encomendarás ; en el estado en que está , puede esperar mucho tiempo : lo mismo es hoy que mañana. Nadie sabe en la corte todavia este importante suceso. El doncel favorito de Enrique III ha llegado á darme este aviso , y no ha descansado desde Calatrava hasta Madrid. Es preciso ser gran maestre de Calatrava antes que nadie piense en pretenderlo.

-- Tendrás , señor , por enemigo á don Luis Guzman , sobrino del muerto.

-- Despreciable enemigo : otro tengo mas cerca , Ferrus , y mas temible.

-- ¿Mas temible y mas cerca?

-- Sí, mas cerca y mas temible. Soy casado.

-- Ciertó que es mal enemigo la muger propia...

-- El instituto de la orden exige voto de castidad.

-- También es mal enemigo ese voto.

-- Tregua á las chanzas, Ferrus. No es el enemigo el voto, ni en eso pudiera yo pararme. ¿Pero cómo combinar ese voto con mi estado?

-- No serás el primero que se haya divorciado; yo te citaré ejemplos...

-- Ninguno ignoro, y el paso ya le he dado, pero inútilmente; he levantado la caza y he perdido el rastro. La de Albornoz ha dado en el mas raro desatino que se pudiera imaginar, ama á su marido y es constante.

-- Con todo, es muger.

-- Desgraciadamente, como hay pocas.

-- ¿Es posible?

-- Y sin embargo es preciso buscar un medio.

Quedóse un momento pensativo el conde como hombre que busca en su imaginacion agotada algun arbitrio, ó que espera en la inaccion que la casualidad le presente alguna idea luminosa que él se siente desesperado ya de encontrar.

Ferrus discurria en tanto mas de prisa, y aun un buen fisonomista, al ver sus ojos inciertamente fijos en el conde y sus labios moverse por sí solos maquinalmente, hubiera conocido cuán importantes reflexiones ocupaban su cabeza, que era en realidad mejor y mas firme de lo que á él le convenia aparentar. Bajo el velo de una lealtad ciega y de una estupidez atolondrada, ocultaba vastos planes, que sin duda hubiera llegado á realizar si la educacion ignorante que habia recibido en la clase ínfima de la sociedad no le hubiera rodeado de preocupaciones y supersticiones vulgares, que continuamente se atravesaban como obstáculos insuperables en el camino de su ambicion. En una palabra, no era el malvado bastante impío para las exigen-

cias de su ambicion. Ya hacia tiempo que varias conversaciones que habia tenido con el conde le habian iluminado acerca de sus miras de alcanzar un maestrazgo; porque es de advertir que Villena, acostumbrado á no ver en Ferrus sino un juglar grosero é incapaz de planes para sí, lo tenia á su lado y en su favor con preferencia á cualquier otro: contaba con que era bueno para ejecutar, y á la par incapaz de penetrar los motivos de sus acciones, las cuales no siempre los tenian tan buenos que pudiese él gustar de que por el conducto de algun incauto ó tai-¹⁹⁷mado confidente llegase nunca el público á saberlos. Hacíase el conde ademas la doble ilusion tan comun en los hombres, y especialmente en los de talento, de creer que era sumamente dificultoso escudriñar las causas de sus acciones y encontrar el hilo de sus intrigas. Asi que, en muchas ocasiones en que no esperaba nada de la inventiva de su confidente, contábale sin embargo sus cuitas y hablaba alto delante de él, depositan-

do en el taimado Ferrus sus mas importantes secretos, con la misma tranquilidad con que deja un moro sus pecados en el agujero practicado para el descargo de su conciencia. Si queria Ferrus influir en las determinaciones de su señor, soltaba las ideas que á su entender habia de aprovechar; pero soltábalas como ideas ocurridas al acaso sin plan ni conocimiento, y riéndose el primero de su supuesto desatino: tenia de este modo la habilidad de hacer que creyese don Enrique que eran suyas propias las ideas que mas de una vez le hacia él solo adoptar. Las mas veces se contentaba con escuchar, afectando una completa inmovilidad é indiferencia en sus facciones, actitud que le favorecia mucho para no perder una sola palabra; y en estas ocasiones se hubiera creido que don Enrique y su juglar eran un solo ente compuesto de dos personas; la una sublime é inteligente que debia discurrir, hablar y proponer, y la otra material y bruta encargada de escuchar.

En la circunstancia actual revolvía Ferrus aceleradamente en su imaginacion las ventajas que de lograr Villena el maestrazgo le podrían resultar, y cierto que no eran pocas. Don Enrique de Villena era rico por sí, es verdad, pero la pérdida de su marquesado de Villena le habia privado de un sin número de castillos y vasallos, y su condado de Cangas y Tineo estaba casi en su totalidad reducido á tener bajo su jurisdiccion dos ó tres de los mejores montes de oso de toda España. Las posesiones que su muger le habia traído en dote eran pingües, mas nunca habia querido contar con ellas como cosa suya, porque habiéndose llevado siempre mal con la de Albornoz, conocia que tarde ó temprano habia de llegar entre ellos el punto de una eterna separacion, y el caso por consiguiente de restituir lo que solo en calidad de dote habia recibido. Los maestros de las tres órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, eran entonces tres potentados á quienes solo la corona faltaba para po-

derse llamar reyes. Una infinidad de riquezas, castillos y vasallos no reconocian otro dueño, y su inclinacion á cualquier partido hacia un contrapeso casi imposible de vencer por el mismo rey con todo su poder.

Todo esto sabia Ferrus, y bien se le alcanzaba que cuanto creciese en gloria su señor crecería él en poder, y aun ¿quién sabe si habria concebido entre sus miras ambiciosas la de ser armado algun dia caballero, y verse alcaide de alguna fortaleza ó clauero de la orden, ó aun algo mas si el viento le soplabá en popa como hasta la presente le habia felizmente acontecido? Resolvió, pues, en su corazon poner de su parte cuantos medios estuviesen á su alcance para derribar el obstáculo que la de Albornoz presentaba á su futura grandeza, sin hacer escrúpulo alguno hasta de perderla si fuese preciso recurrir á medios violentos, que al parecer no debia tener adoptados todavia su agitado esposo. Quiso sin embargo explorar el campo, y soltar alguna espresion por donde

podiera conocer la firmeza del terreno en que iba á aventurar su pie mal seguro.

— Es preciso buscar un medio, repitió don Enrique despues de otra pausa de inútil reflexion.

— Si mi muger, gran señor, se empeñara en estar casada conmigo á la fuerza, ó me fingiria impotente...

— ¿Estás loco? ¿impotente?

— ¿Crees, señor, que ella resistiria á esa prueba?... ó... hallaria algun medio para que se quitase ese obstáculo por el mismo término que se nos ha quitado el obstáculo del maestro... *421-117*

— ¿Qué quieres decir?... dijo espantado don Enrique.

— ¡Eh! dijo Ferrus, afectando una risa estúpida. Digo que si yo, hablo de mí no mas, si yo supiera hacer del plomo oro como ha un rato me han dicho, tambien sabria hacer de los vivos muertos: y clavó sus ojos en los del conde para explorar el efecto que habia producido su espresion, bien como el muchacho despues de haber tirado la piedra anda bus-

cando con los ojos en el espacio el punto que debe marcarle el alcance de su tiro.

— Lejos de mí semejante idea; si la separacion es imposible, no seré maestro: pero recurrir á una violencia, nunca: todavía no he manchado con sangre mi diestra; si la intriga no basta no llamaré al puñal ni al veneno en mi socorro.

— ¿La intriga?... repitió vagamente el juglar, convencido de que habia aventurado demasiado: ¿sabes, señor, que si me das licencia yo he de encontrar de aqui á poco una intriga que te plazga? Tengo una idea, ya sabes que soy un necio, ó poco menos, pero acaso el espíritu que suele protegerte se valga de este medio grosero é indigno de tu grandeza para poner en tus manos el deseado maestrazgo.

— ¿Tú, Ferrus?

— Yo, señor: repito que tengo una idea...

— ¿La impotencia de que me has hablado? Cierto que la impotencia es un pretesto excelente: en el último caso... dijo para sí don Enrique, ¿quién se atreve-

ria á probarme lo contrario? ¿Es esa impotencia de que has hablado? ¿ese medio que me pondria en ridículo y...

— Mejor aun.

— ¿Mejor? Habla, Ferrus, habla: te lo mando: me debes tu existencia, tus ideas...

— ¿Y si me engañan mis esperanzas... si...

— Habla de todos modos.

-- Si quieres que declare mi proyecto, necesito callar un momento y meditarlo.

-- ¡Mentecato! ¡necio de mí en creer que de esa cabeza pueda salir una sola idea luminosa!

-- ¡De esta cabeza! repitió por lo bajo Ferrus: ¡orgullosos conde! ¿quién sabe si de ella saldrá un dia tu ruina? Y añadió en voz alta: si me concedes el permiso de callar, ilustre conde, y el de retirarme en el acto, el maestrazgo es tuyo.

-- ¿Mio? ¡imbécil! Y si estoy siendo juguete de una ilusion y de una quimérica esperanza: juglar, si me haces per-

der momentos preciosos, ¿qué castigo te sujetas á sufrir?

-- La caída de tu gracia, el sentimiento de no haberte podido servir; ¿te parece tan ligero? contestó Ferrus con serenidad.

Este cumplimiento lisonjero del hipócrita desarmó enteramente al irritado conde. Bien, dijo; te doy permiso: una sola condicion quiero imponerte: supuesto que nada me ocurre á mí propio que pueda ser de provecho en tan crítica circunstancia, quiero probar tu entendimiento: ¿sabes empero lo que es la vida? ¿Sabes lo que es mi honor? Respeta la primera en la víctima, y el segundo en tu amo; ¿te acomoda esta condicion?

Una inclinacion de cabeza manifestó el asentimiento del juglar.

-- En buen hora: á Dios, dijo el conde levantándose, Ferrus: *vida y honor*; si infringes los tratados, tu sangre me responderá de tu malicia ó de tu ignorancia, y pagarás cara tu loca presuncion: serás la primer víctima que podrá acusarme de

haber borrado un ser de la lista de los vivos.

Otra inclinacion de cabeza, su elocuente silencio y la resolucion con que Ferrus salió de la cámara, tranquilizaron algun tanto al inquieto Villena, si bien poco ó nada esperaba de la inventiva del juglar.

Volvióse á su sillón despues de la marcha del confidente, ora calculando qué esperanzas podia fundar en su jactancia y seguridad, ora queriendo adivinar los proyectos del loco, ora disponiéndose en fin á otra entrevista que debia tener aquella noche misma con un personaje nuevo, que en el siguiente capítulo daremos á conocer á nuestros lectores; entrevista que él creía antes que todo, y antes que el descanso de sus miembros fatigados, necesaria al buen éxito de sus ambiciosas intrigas.



CAPITULO V.

De un ardiente amor vencido,
dice : — De cuatro elementos ;
el fuego tengo en mi pecho ,
el aire está en mis suspiros ,
toda el agua está en mis ojos ,
autores de mi castigo.

Romance del rey Rodrigo.

HÁCIA otra parte del alcázar de Madrid, y en un aposento que á su llegada se habia secretamente aderezado por las gentes de Villena, descansaba reclinado en un modesto lecho un caballero á quien no permitia cerrar los ojos al sueño un amargo pesar, de que eran claros indicios los hondos y frecuentes suspiros que del pecho lanzaba.

Algo apartado de él, aderezaba una ballesta con aquel silencio de deferencia propio de un inferior, y á la luz de una mortecina lámpara que sobre una mesa ardia, aquel mismo Hernando que tan intempestivamente habia distraido de la caza

al conde de Cangas y Tineo, segun en el primer capítulo de nuestra verídica historia dejamos referido.

A los pies de entrambos dormia un soberbio can, de la familia de los alanos, y su inquietud y sus sordos é interrumpidos ronquidos, único rumor que en medio del profundo silencio variaba la monotonía de los suspiros de su amo, daban lugar á sospechar que soñaba acaso hallarse en persecucion de algun azorado javalí en medio del monte enmarañado.

—Hernando, dijo por fin el angustiado caballero, mañana habremos de madrugar para partir con el alba; recójete y descansa.

— ¡Y tú, señor? ¿no tañerás de acojida? respondió Hernando.

Debemos advertir para la mas facil inteligencia de nuestros diálogos sucesivos que Hernando, hijo de un montero de don Juan I, y montero él mismo, solo vivia en la caza y en el monte, y asi pensaba él en hablar otro lenguaje que el

de la montería, como por los cerros de Úbeda. No conocia mas amistad que la que con los venados del monte hacia tantos años tenia establecida, ni mas amor que el de su fiel Brabonel; tal era el nombre del poderoso alano que á sus pies roncaba, al cual distinguía de todos los demas perros que á la sazón en la corte de don Enrique tenían nota de valientes no solo por su constancia en seguir y acosar dias y noches enteras á la res, sino tambien por el conocimiento estremado con que buscaba la osera y escatimaba el rastro y levantaba al oso donde quiera que estuviese escondido. Pagábale en verdad el leal Brabonel con usura su marcada afición, y conocíase esto mas que en nada en no querer recibir el alimento sino de la propia mano del laborioso montero. Solo se le conocia á Hernando un flaco que contrapesaba casi siempre con ventaja el cariño que á su perro tenia; á saber, la fidelidad á su amo, único hombre á quien manifestaba respeto y deferencia, y para quien moderaba y suavi-

zaba la condicion agreste que en los bosques se habia formado con no poco perjuicio de sus adelantos é intereses, pues solia responder á un cumplimiento con palabras tan duras y ofensivas como la ballesta que en la diestra llevaba las mas horas del dia, en muestra de su pasion montaráz. Con esta pequeña digresion, que en vista de su importancia nos perdonarán fácilmente nuestros lectores, estarán estos mas dispuestos á interpretar la técnica gerigonza con que entreveraba los mas de sus discursos y conversaciones.

La pregunta que acababa Hernando de dar por respuesta al taciturno caballero no tardó en obtener una contestacion aclaratoria de la situacion del espíritu de aquel á quien se dirigia.

—Nunca, Hernando, nunca, repuso el atribulado señor, nunca encontrará el reposo entrada en mis párpados desvelados. Mañana al lucir el dia partiremos de nuevo para Calatrava, si esta noche, como lo espero, queda concluida la co-

mision que á Madrid nos ha traído. Si tú supieras cuánto me pesa la atmósfera en la intermediacion de...

Al llegar aquí detuvo la lengua el caballero como si hubiera temido haber dicho ya demasiado con respecto al secreto que tanto en su corazon pesaba.

— ¡Y hemos de seguir atados á la trahilla del conde? Por el soto de Manzanares te aseguro que no comprendo cómo un caballero que ha seguido siempre el sonido de la bocina del buen rey Enrique puede vivir contento andando al monte del nigromante de...

— Silencio, Hernando; haces mal en ofender al conde de Cangas con esas voces que el vulgo ha adoptado, tal vez con sobrada ligereza. Verdad es que soy doncel de su alteza; empero aceptando el encargo del conde, aprovechaba el único medio que á la sazón tenía para desembarazarme de la confusion de la corte, que aborrezco.

— Solo desde que levantaste la caza...

porque antes la amabas como yo amo el monte.

— Como quieras: no por eso dejará de ser verdad que en el día la aborrezco. La muerte es la que me espera en la corte: una estrella fija que la acompaña siempre, y que luce en medio de ella como Venus entre los demas planetas, deslumbra mis débiles ojos... La afición que desgraciadamente me ha tomado el rey no hubiera permitido que yo me separase con ningun pretesto de esa corte, donde he de encontrar mi perdición, á no haberle alegado su mismo tío el de Villena, á quien nada puede negar, la falta que de mí tenia. Supe que el conde necesitaba un emisario en Calatrava, fingí adaptar mi carácter al suyo, y aceptó mis servicios. Y he pretendido que esta venida se mantuviese oculta á todo el mundo, y asi lo he exigido de don Enrique, porque si el rey supiera mi estancia en su propio palacio, no me seria tan facil volver al lugar apartado, donde la distancia de la

causa de mis penas me pone á cubierto de los peligros que su inmediatecion me prepara.

— Confieso, señor, que no entiendo tu manera de cazar. ¡Voto va! cuando yo sé que hay venado en el monte, en vez de salirme de él, cada vez me interno mas en la maleza, y ó perezco en la demanda, ó salgo con la res.

— Bien, Hernando; pero el venado de los montes donde cazas es tuyo y de todo el que tiene perros para levantarle.

— ¿Tiene, pues, dueño el venado que has visto? Te asiste entonces sobrada razon. Nunca he metido mis sabuesos en monte ageno ni vedado. A quien Dios se le dió, San Pedro se le bendiga. Pero en justa compensacion, ¡ay del que hiciera resonar una bocina en monte de mi señor! Mi fiel Brabonel, que duerme ahora descansadamente, y la punta de mi venablo le enseñarian la salida y le sabrian obligar á tañer de sencilla. (1)

(1) Toque de los cazadores, cuando no encontraban venado y querian salir del monte.

—Hernando, calla, calla por Dios y por Brabonel.

No sabia el tosco montero, poco cortesano, cuán adentro habia entrado en el corazon de su señor su última alegoría, mas despedazadora que el aguzado acero de su mismo venablo.

— Callaré; pero antes he de decir que el montero que pasa por monte vedado, si el diablo le tienta para escatimar el rastro, ha de apretar los hijares al caballo é irse á monte suyo. ¡Voto va! que hay venados en el mundo y no se encierra en un monte solo toda la caza de Castilla. Yo quiero darte el ejemplo. ¿Te parece que no habrá sufrido Hernando cuando ha oido esta tarde en medio del monte las bocinas de sus amigos, y cuando en vez de aderezar la ballesta ha tenido que contentarse con sacar del bolsillo un inútil pergamino, y volverse como perro cobarde con las orejas agachadas y sin siquiera ladrar, por obedecer á su amo?

-- Seguiré tu consejo, Hernando, re-

puso el caballero lanzando un suspiro, le seguiré, y con la ayuda de Dios y de mi buen caballo estaremos al alba fuera de Madrid. Rocójete, pues, Hernando y descansa.

No habia acabado aun de hablar el resuelto caballero, cuando levantándose Brabonel sobre sus cuatro patas abrió una boca disforme, lamióse los labios, agitó la cola, y sacudiendo las orejas acercóse á pasos lentos y mesurados á la puerta, como dando muestras de oír algun rumor que reclamaba su atencion y vigilancia. No tardó mucho en romper á ladrar despues de haber imitado un momento por lo bajo el sordo y lejano redoble de un tambor.

— Brabonel, dijo Hernando acercándose y dándole una palmada en el lomo, vamos, ¿qué inquietud es esa? No estamos en el encinar. ¡Vamos, silencio!

Lamió las manos de Hernando el animal, mas tranquilo ya con el tono seguro y reposado de su amo, y de alli á poco tres golpecitos iguales y misteriosos sona-

ron en la puerta , que Hernando se acercó á abrir , preguntando antes quién á semejante deshora venia á turbar el reposo de los caballeros que habitaban aquella parte del alcázar.

Don Enrique de Villena , respondió en tono algo bajo una voz mal segura que delataba la corta edad del que la emitia.

— Abre, Hernando; es la señal, dijo en oyéndola el caballero, y se levantó del lecho donde yacía vestido; abre y retírate. ¡Lléveme el diablo si no quiero reconocer esta voz, y si comprendo por qué es este el emisario de don Enrique!

Abrió Hernando la puerta, y Jaime, el pagecillo á quien enviaba el conde de Cangas y Tineo, entró en el aposento, manifestando bien á las claras cuánto gusto tenia en poner término al miedo que se habia acrecentado en él al recorrer las escaleras obscuras y largos corredores poco alumbrados del espacioso alcázar de Madrid.

Retiróse Hernando obediente á las indicaciones de su señor, y con él el terri-

ble alano , á cuya vista se habia detenido algun tanto el azorado page en el dintel de la puerta. No bien hubieron desaparecido los dos importunos testigos, cuando alzando la cabeza el caballero y alzándola el page , entrambos á dos quedaron inmóviles dudando aun de la identidad de la persona que cada uno de ellos en frente de sí veía. Revolvía el primero en su cabeza mil ideas encontradas : dudaba si seria aquel el emisario de don Enrique, y reflexionaba si podria haber dado la señal convenida , sin saberla , por una casualidad posible , si bien no probable. En este último caso pesábale de que aquel mas que otro supiese su repentina llegada.

El page fue el primero que volvió del estupor en que su agradable sorpresa le habia puesto , y arrojándose casi en brazos de su interlocutor , ¿ vos en Madrid? ¿ sois vos , señor Macías? exclamó.

— ¡Silencio! page indiscreto , silencio , dijo el caballero , separándole con estraña frialdad , que cortó la manifesta-

cion de su alborozo : hay mas gente que nosotros en el castillo y las paredes oyen, y oyen mas que las mugeres.

— ¡Ah! perdonad, señor... Señor Ma... no os sé llamar de otra manera ; como me daba tanto gozo pronunciar vuestro nombre , no creí que podria ser malo... pero ya veo que habeis mudado de amigos , y no sois el que antes erais. Bien dice mi hermosa prima Elvira , que no hay afecto que dure , ni hombre constante... me voy, me voy.

-- Detente, page : has hablado demasiado para no hablar mas. ¿ Dice eso tu prima Elvira ? ¿ cuándo ? ¿ á quién lo dice ? habla : repuso el caballero , á quien llamaremos por su nombre de aqui en adelante , supuesto que ya nos le ha revelado el imprudente page : habla , repitió asiéndole fuertemente de un brazo , no pudiendo disimular la vibracion de la cuerda principal de su corazon , herida fuertemente por el muchacho.

No sabia el page si su antiguo amigo , como le habia llamado , habia perdi-

do el juicio; mirábale de alto abajo, y sonriéndose por fin le contestó:

-- Os preciais de invencibles los caballeros, y ved aqui que una sola palabra de un pobre page ha alterado toda la serenidad de un doncel tan cumplido como el trovador M... no tengais miedo; no lo volveré á pronunciar. Pero veo en el calor con que habeis oido mis palabras, añadió maliciosamente, que tomais todavia algun interes por vuestras antiguas conexiones.

-- ¿Te complaces en atormentarme, page? ¿De parte de quién vienes? ¿qué te trae aqui? Si es quien tengo motivos para sospechar, dilo presto; nunca enviado alguno habrá logrado una recompensa mas brillante.

-- Os equivocais. Guardad la recompensa para mejor ocasion.

-- ¡Cielos! exclamó Macías. Bien que... añadió para sí, ¿no ignora mi venida? ¿Y no es mi voluntad que la ignore? ¿Te envia el infierno para abrir mis heridas mal cicatrizadas?

-- Bien podeis decir que me envia el infierno , porque vengo de parte de su mayor amigo.

-- ¿ Estás loco ?

-- Del nigromante. ¿ No me entendeis ?

-- ¿ Es posible que el conde no pueda destruir esa voz injuriosa que corre de él y crece de dia en dia ?...

— Buenas trazas lleva de querer destruirla , y ha alhajado su gabinete por el estilo del de el fisico de su alteza el judío Aben-Zarsal , y se andan á la magia de mancomun...

— ¡ Silencio otra vez ! dejemos la magia , y el judío y el nigromante. Respóndeme , page. ¿ Y por qué te envia á tí don Enrique de Villena ? No me habia dicho que serias tú su emisario.

-- Os lo diré si me soltais este brazo , que me va doliendo mas de lo que es menester : no os acordais que tengo quince años. Si el brazo fuera de mi prima , no os distrajerais de esta manera.

-- Basta ; habla , pues , la verdad ; con esa condicion te suelto.

-- Apuesto que me habeis hecho un cardenal.

-- ¿Quieres apurar mi paciencia , page? Habla, ó te hago otro en el otro brazo.

-- Piedad de mí , señor caballero. Pero no dudeis que me envia don Enrique. " Busca la habitacion donde pára el caballero que ha llegado esta mañana de Calatrava , " me dijo de su parte Ferrus, " llega á la puerta , da tres golpes, y pronuncia el nombre del señor de Villena."

-- Bien , lo sé ; era la señal convenida para anunciarme que le esperase. ¿ Pero eres por ventura de su familia ?

-- Sí soy : habeis de saber que don Enrique estando un dia con Fernan Perez de Vadillo...

-- ¿ Fernan Perez ?

-- Sí , el marido de Elvira , á quien conoceis como á mí...

-- Prosigue , page , y no me irrites mas con tus digresiones.

— Me vió en el cuarto de mi prima y hube de agradecerle : díjome que si queria servirle en clase de page , y acepté á pe-

sar de mi prima, que queria tenerme á su lado, porque como solo conmigo podia hablar de... ¿quereis que lo diga?

-- Acaba, page del infierno.

-- De vuestra señoría, añadió el page malicioso quitándose una especie de berrete que en la cabeza traía, y haciendo una profunda cortesía.

-- ¿De mí? ¡ah! tiembla, Jaime, si te diviertes á mis espensas.

-- Os quiero demasiado para eso; como os digo, entré á servirle, pero os juro que desde mañana me vuelvo al lado de mi prima, porque he cobrado miedo á sus hechizos. Dicen que sabe alzar figura y... ¡Jesus!... yo me entiendo.

-- Page, óyeme: nadie en el mundo pudiera haberme hecho mas feliz con menos palabras; tú has renovado ideas que yo debiera haber abandonado hace mucho tiempo; pero nadie puede mas que su destino. Si en tu vida has sospechado alguna cosa del mal que padezco, calla como la tumba: si nada has sospechado, nada preguntes, nada inquieras. Sobre

todo, vuelvas ó no al lado de Elvira, júrame no abrir tu boca para decir que me has visto en Madrid: toma, añadió quitándose un anillo que en el dedo pequeño traía, toma, y este te recordará la obligacion en que quedas conmigo, y que el doncel de Enrique III no olvida jamas á las personas que una vez quiso bien. Ahora parte y calla. Nada has oido, nada has visto.

-- Señor doncel, ignoro el valor de estos diamantes, pero aunque fuera este anillo de hierro, bastaba para lo que yo le quiero. Decidme solo que no quedais enojado conmigo.

-- ¿Enojado, Jaime? ¿enojado, dichoso Jaime? A Dios; si algun dia necesitas del socorro de un caballero, acuérdate del doncel de Enrique III: á Dios; á esta hora no me convendria que te encontrase nadie en mi aposento: parte, Jaime, y si vuelves á don Enrique, di que tu comision ha quedado completamente desempeñada.

Acomodó el page en el dedo en que

mejor ajustó el anillo del doncel, y despidiéndose afectuosamente no tardaron en oirse sus pasos por los corredores; de allí á poco sus ecos fueron gradualmente perdiendo sonido hasta desvanecerse y perderse del todo en la distancia.

La escena y el diálogo inesperado que acababa de sostener el desdichado doncel no eran los mas á propósito para tranquilizar su agitado espíritu. En cuanto dejó de oir los últimos ecos de los pasos del mancebo, que habia abierto casi inocentemente sus antiguas llagas, y habia echado leña seca en el fuego que ardia hacia poco al parecer amortiguado en su pecho, cerró su puerta y comenzó á pasear su pena por la pieza con pasos tan vagos como sus ideas. Largo espacio de tiempo duró en aquel estado de lucha consigo mismo, ora paseando aceleradamente, ora parándose de repente como si el movimiento de su cuerpo se opusiese al de sus pensamientos. "Dulce señora mia, esclamaba de cuando en cuando, duélete de tu caballero, y no quieras á rigores aca-

barle.” — “¡Jamás, decía otras veces, jamás le diré mi pensamiento; el fuego que me devora habrá entregado al viento la última pavesa de mis cenizas antes de que sepas, ó señora mía, que tus ojos le han prendido! ¿No había, cielos, otras bellezas, añadía después, de quien pudierais haberme hecho prendarme, que fue preciso que me entregaseis á discrecion de la única tal vez de quien un juramento sagrado y una union mil veces maldecida para siempre me separan? ¡Yo romperé esa ara, yo la destrozaré! ¡yo hollaré con mis propios pies ese altar funesto que nos divide!” concluía al cabo de un paseo mas agitado.

Pero de allí á poco volvía la reflexión á ocupar el lugar de la pasión, y se le oía entre dientes: “No, el infeliz Macías te probará el exceso de su amor en el mismo exceso de su silencio: él será eternamente desdichado, pero jamás tendrá valor para perturbar tu felicidad.”

En estos y otros soliloquios á estos semejantes le encontró el momento de la

visita que esperaba. El conde de Cangas y Tineo, envuelto en un sobrecapote de fino bellorí, y con una linterna sorda en la mano para alumbrar sus pasos, se presentó llamando á su puerta. Abrióle, y despues de un corto y silencioso saludo dieron principio al importante coloquio que nos vemos precisados á dejar para otro capítulo.



CAPITULO VI.

Calledes, conde, calledes,
conde, no digais vos tale.

.....

El conde desde esto oyera
presto tal respuesta hace:
— Ruégote yo, caballero,
que me quieras escuchare.

El conde Dirlos.

CUANDO don Enrique de Villena entró en el aposento de Macías, este le arrimó un asiento, el cual ocupó sin hacerse de rogar, como hombre que se reconoce superior en gerarquía al que guarda con él una consideracion. Macías se sentó en otro, colocándose de suerte que quedaba la mesa con la lámpara que en ella ardia en medio de los dos; y lo hizo con el aire de un hombre que si bien se cree en el caso de tributar atenciones á aquel con quien está en sociedad, no se imagina de ninguna manera en posicion de sostener de pie con él, sentado, una lar-

ga conferencia. Colocados de esta manera, daba la luz de lleno en el rostro de entrambos, y como creemos no haber dado hasta ahora idea alguna de las fisonomías y exterior de estos dos principales personajes de nuestra narracion, aprovecharemos esta coyuntura favorable para describir lo que en ellos hubiera visto ó al menos creido ver cualquier observador que los hubiera acechado, por pocos progresos que hubiese hecho en el arte Lavateriano, posteriormente reglamentado por el sabio abate, pero cuya existencia tiene tanta antigüedad como el dicho vulgar, en todos los paises y épocas conocido, de que los ojos son las ventanas del corazon, y la cara el traslado del alma.

Don Enrique de Villena era de corta estatura; sus ojos hundidos y pequeños tenían una espresion particular de superioridad y predominio que avasallaba desde la primera vez á los mas de los que con él hablaban: su voz era hueca y sonora, calidades que no contribuían poco á au-

mentar en el vulgo la impresion mágica que en los ánimos débiles ejercía. Su nariz afilada y su boca muy pequeña le daban todo el aire de un hombre sagaz, penetrante, vivo, falso y aun temible. Sin embargo, como ha podido inferir el lector de su diálogo con Ferrus, no estaba tan corrompido su corazon que no respetase todavia en la sociedad en que vivia una porcion de consideraciones que su criado por el contrario atropellaba sin el mas mínimo escrúpulo de conciencia. De Ferrus dijimos que no era el malvado bastante impío para sus fines, y de don Enrique podemos por el contrario asegurar que no era el impío bastante malvado para los suyos. Naturalmente afeeminado y dedicado al estudio, faltábanle el vigor y la energía de carácter que corona las empresas aventuradas. Dificil nos seria decir si era ó no religioso: nos contentaremos con esponer á la vista del lector varios rasgos que pueden caracterizarle cumplidamente bajo este dudoso punto de vista, y él mas que nadie podrá juz-

gar si era la religion para él un instrumento ó una preocupacion.

El interlocutor que enfrente tenia era un mancebo que en caso de duda hubiera podido atestiguar con su propia persona la larga dominacion de los árabes en Castilla. Su color era moreno, sus cabellos negros como el azabache; sus ojos del mismo color, pero grandes, brillantes y guarnecidos de largas pestañas: una sola vez bastaba verlos para decidir que quien de aquella manera los manejaba era un hombre generoso, franco, valiente y en alto grado sensible. Un observador mas inteligente hubiera leído tambien en su lánguido amartelamiento que el amor era la primera pasion del jóven. Su frente ancha, elevada y espaciosa, y su nariz bien delineada, denunciaban su talento, su natural arrogancia y la elevacion de sus pensamientos. Ornábale el rostro en derredor una rizada barba que daba cierta severidad marcial á su fisonomía: su voz era varonil, si bien armoniosa y agradable; su estatura gallarda.

— Macías, comenzó á decir don Enrique de Villena despues de un breve espacio en que pareció reunir todas sus fuerzas para determinarse á proponer sus ideas, vengo á daros la muestra que de gratitud os debo por la exactitud con que habeis cumplido la delicada comision que en vuestras manos confié. Decidme si es posible que tenga alguien en la corte noticia de la muerte del maestre.

— Señor, respondió Macías, Hernando y yo no hemos cesado de correr desde Calatrava á Madrid, y á nuestra salida del monasterio eramos los únicos que en la villa sabiamos el infausto acontecimiento: en dos dias lo menos no se tendrá en Madrid mas noticia que la que nosotros queramos esparcir.

— Ninguna. Dadme vuestra palabra.

— De caballero os la doy.

— ¿Permitidme ahora que os pregunte si habeis sospechado cuál puede ser mi objeto?

— Lo ignoro, respondió Macías asombrado de la pregunta.

— Sabedlo, pues: creo no haberme equivocado cuando he pensado en vos para la ejecucion de mis planes: el paso que conociendo ya mi carácter dísteis viniendo á ofrecerme vuestros servicios en Calatrava, me hace pensar que habeis formado planes para vos mismo análogos acaso á los míos.

— Os juro que no tenia mas plan que el de servirlos.

— ¡Doncel! dijo sonriéndose don Enrique, en vuestra edad es natural el rubor de confesar ciertas intenciones...

— No os entiendo...

— No importa: si nuestros intereses estan unidos, y si os sentís con audacia para poner los medios que he menester, guardad silencio; tanto mejor. Oidme, que acaso mi confesion facilitará la vuestra. Intento ser maestre de Calatrava, añadió bajando la voz.

— ¿Vos, señor?

— ¿No lo habiais sospechado nunca?

Pues bien, si don Enrique de Aragon es algun dia maestre de Calatrava, el doncel

Macías se llamará comendador. ¿Quereis ocupar otro puesto que os convenga mejor?

— Ni tanto, príncipe generoso, respondió Macías inclinando respetuosamente la cabeza y mirando con asombro al maestro futuro.

-- Dejad esa inoportuna modestia: imagino que entrambos nos conocemos, dijo Villena apretando la mano del manco admirado. ¿Estais sorprendido?

-- Permitid que me confiese asombrado. Los vínculos sagrados del himeneo os unen á una muger, y no podeis ignorar que este es un obstáculo insuperable.

-- Obstáculo sí; insuperable ¿por qué? exclamó don Enrique apoyado en la seguridad del plan que acababa de inspirarle su juglar poco antes de venir á buscar al doncel, y que él habia abrazado con tanta mas confianza cuanto que su pérfido consejero habia empleado para hacérsele adoptar los acostumbrados recursos que arriba dejamos indicados. Verdad es que el plan era diabólico, y tanto habia admirado á don Enrique que aquella habia

sido la primera vez que habia llegado á dudar si efectivamente el espíritu enemigo del hombre tendria poder para sugerir ideas á sus fieles servidores.

— ¿Por qué? repitió Macías: esperad: solo un medio entreveo: ¿consiente vuestra esposa en un divorcio ruidoso y...

— Jamas consentirá. En valde la he querido reducir.

— ¿En ese caso...

— Oidme. Cuento con vos.

— Disponed de mis pocas fuerzas si el honor y...

— Oid y dejad á un lado esas fórmulas vacías de sentido, inútiles ya entre nosotros, para usarlas con el vulgo que se paga de ellas.

Encendiéronse las mejillas de Macías, y bien hubiera querido interrumpir á Villena para darle á conocer cuán lejos estaba de considerar el honor fórmula vana; pero el conde, que interpretó á su favor el rubor del mancebo, prosiguió sin darle lugar á hablar.

— Doncel, mañana al caer del dia

procuraré que doña María de Albornoz, mi respetable esposa, no interrumpa su costumbre diaria de pasear por el soto, camino del Pardo; acompañañala por lo regular en este paseo diurno y solitario su camarera Elvira: cuando se haya separado largo trecho de sus demas criados, un caballero convenientemente armado, y ayudado de los brazos que creyere necesarios, arrebatará á la condesa de la compañía de Elvira. ¿Qué teneis?

— Nada; proseguid, repuso Macías pudiendo contener apenas su indignacion.

-- Observaránse las precauciones necesarias para que ella y el mundo entero ignoren eternamente su robador y su destino. Guardados en tanto por mis gentes los pasos de los que pudieran venir de Calatrava á dar la noticia de la muerte del maestro, sabré ganar tiempo para que de ninguna manera coincida un acontecimiento con otro. Permitidme acabar: me resta designaros el osado y valiente caballero que robando á la condesa ha de dar el paso mas difícil en tan importante em-

presa. Si una plaza de comendador de la orden no es suficiente recompensa para su ambicion , él será el verdadero maestro, y despues de don Enrique de Villena nadie brillará mas en la corte en poder y en riqueza que el doncel de don Enrique el Doliente.

-- ¿ El doncel de don Enrique el Doliente? interrumpió el impetuoso mancebo levantándose y echando mano al puño de su espada. ¿ El doncel de don Enrique el Doliente habeis dicho, conde? ¿ Santo cielo! bien merece ese desdichado doncel el injurioso concepto que de él habeis indignamente formado, si tantos años de honor no han bastado á impedir que los hipócritas le cuenten en su número despreciable. Bien lo merece, juro á Dios, pues que su espada permanece aun atada en la vaina por miserables respetos sin castigar al osado que mancilla su buen nombre y espera de él cobardes acciones.

-- ¡ Doncel! exclamó asombrado levantándose tambien á este punto el conde de Cangas y Tineo. No le permitió pro-

nunciar mas palabra en un gran rato la cólera que de él se apoderó al ver defraudadas tan inopinadamente sus anteriores esperanzas. Deteníale sobre todo la vergüenza de haber descubierto sus planes al mancebo sin mas fruto que su amarga reconvencion , y culpábase en su interior de no haber explorado mas tiempo el terreno arenoso sobre que habia sentado el pie arriesgadamente.

-- ¡ Doncel! repitió ya en pie, ¡ vive Dios que no comprendo vuestro loco arrebato, ni esperé nunca en vos tal pago de mi indiscreta confianza!

-- ¡ Y 'quién os indujo á presumir, respondió el doncel, que un caballero y que Macías habia de poner cobardemente la mano sobre una muger indefensa? ¡ Qué vísteis en mí, señor, que os diese lugar á creer que tuviese tan olvidados los principios y los deberes de la orden de caballería que para acorrer á los débiles y á los desvalidos recibí del rey y profeso? ¡ No me habeis visto vos mismo pelear con los moros y los portugueses? ¡ En

qué dia de batalla 'me vísteis huir? ¡oh rabia! ¡oh vergüenza! ¡oh buen rey Enrique III! Hé aqui el concepto que de tus mismos grandes merecen tus donceles.

No veía don Enrique de Villena los objetos que le rodeaban; tal era la ira y el corage que crecian por momentos en su corazon. Algun tiempo dudó si echando mano á la espada vengaria con sangre los ultrajes á su persona que por primera vez oía, y si sepultaria para siempre en la tumba del impetuoso mancebo el secreto que imprudentemente habia descubierto, ó si hundiria en la suya propia su vergüenza y su afrentoso desaire. Mirábale atento á sus acciones todas, para obrar en consecuencia, el ofendido jóven, y bien se veía en su semblante la resolucion que tomada tenia de responder con la espada ó con la lengua á los desmanes del orgulloso magnate. Reflexionó empero don Enrique que un lance ruidoso de esta especie á aquellas horas, y en el alcázar mismo de su alteza, no podria tener en ningun caso bue-

nas consecuencias para sus planes, y determinó encomendar á la prudencia los yerros que por falta de ella habia recientemente cometido. Revistióse, pues, con asombrosa rapidez la máscara hipócrita que en tantas ocasiones le habia sido de conocida utilidad, y envainando del todo con un solo golpe la espada, cuya hoja habia brillado ya en parte un corto instante á los ojos de su interlocutor:

— Macías, le dijo con voz serena y aun afectuosa, vuestros pocos años han estado á punto de perdernos á entrambos. Confieso que he errado el golpe, y os devuelvo todo el honor que os habia quitado. No penseis sin embargo, añadió el astuto cortesano recojiendo velas, que era mi objeto llevar completamente á cabo el plan que os proponia; tal vez queria conocer á fondo vuestro carácter, y estoy completamente satisfecho de vuestra laudable conducta. Con respecto al objeto de mi visita, ignoro si despues de haber pensado mejor los medios que tengo á mi disposicion para llegar á ser maestre

elegiré ese ú otro. De todas suertes no me sois útil; es concluido, pues, vuestro servicio en mi casa: escusais volver á Calatrava: mañana os devolveré á su alteza; pero como os supongo bastante talento para conocer el mundo y los hombres, á pesar de vuestros pocos años, espero que nos separaremos amigos, como dos caminantes que han pasado una mala noche en una misma posada, y que al dia siguiente, debiendo seguir cada uno un sendero opuesto, se despiden cortesmente. Si sois el caballero que decís, vuestro honor os dicta si debeis guardar el de otro caballero y los pactos en que estábamos hasta la presente convenidos; si creéis sin embargo de vuestro deber dar á la luz pública nuestro diálogo, sois dueño de hacerlo; pero... acordaos, añadió afirmándose en los talones con ademán de hombre resuelto y dando en la mesa una palmada que resonó en gran parte del alcázar, acordaos de que don Enrique de Aragon y Villena, conde de Cangas y Tineo, señor de las villas de

Alcocer, Salmeron, Valdeolivas y otras, nieto del rey don Jaime, y tio del rey don Enrique, no ha menester ser maestro de Calatrava para hacer probar los tiros de su poderosa venganza á un doncel pobre y obscuro del rey Doliente, á quien una imprudencia ha puesto momentáneamente sobre él.

-- Deteneos, dijo Macías mas sosegado asiéndole de la ropa al ver que se preparaba á salir del teatro de su confusion. Deteneos; puesto que habeis creido necesaria una esplicacion antes de concluir nuestra entrevista, permítame vuestra grandeza que con el respeto que debo á su clase le esponga mis sentimientos sobre frases nuevamente ofensivas que acabais de proferir. Sé quanto debo al rango que ocupa don Enrique de Villena en Castilla; sé que mi imprudente arrojó ha podido empañar sus resplandores; sé que debiera haberme limitado á responder *no* sencillamente; pero si vuestra grandeza es caballero conocerá cuánto cuesta sufrir cristianamente un ultraje á

quien tiene sangre noble en las venas. Si exigís de ello una satisfaccion , en esto os la doy : si la quereis de otra especie , mi lanza y mi espada estan siempre prontas á abonar mis imprudencias. La amistad que pedís , ni la busco ni la otorgo : vuestra proteccion no la necesito. Como caballero observaré los pactos y guardaré los secretos que como caballero prometí guardar. Nadie sabrá por mí la muerte del maestro. Con respecto á vuestros planes , no me exigísteis palabra de ocultarlos...

-- ¿Cómo? interrumpió don Enrique de Villena inmutado.

-- Permitidme , señor , que hable. No estoy obligado á guardarlos ; os prometo sin embargo en consideracion al nombre ilustre que llevais , y cuyo brillo no quisiera ver empañado , que no haré mas uso de lo que acerca de vuestras intenciones me habeis dicho que el indispensable para salvar á la inocencia que quereis oprimir. Dadme licencia de que os asegure que fuera tan criminal en consentirlo con vergonzoso silencio como en

cooperar al logro de la maldad. Mientras pueda salvar á la de Albornoz sin hablar callaré; mas si puede mi silencio contribuir á su ruina hablaré. A esto me obliga el ser caballero.

-- Hablad en buen hora, hablad, dijo don Enrique en el colmo del furor; pero ; temblad!...

-- Permitid , señor , que os acompañe hasta que os deje en vuestra estancia, añadió Macías con respeto y mesura.

— No , estaos aqui , yo lo exijo ; á Dios , quedad.

-- Ved , señor , que no es esa la salida ; por alli saldreis mejor.

-- Ciego voy de cólera , dijo para sí al salir don Enrique de Villena , que en medio de su arrebató habia equivocado la puerta interior con la exterior.

Abrióle Macías la que daba al corredor , y asiendo de la lámpara que sobre la mesa ardia , alumbrólo hasta que comenzó á bajar los escalones , y cuando ya se alejó lo bastante para que él pudiese retirarse “ A Dios , señor , y el cielo os pros-

pere," dijo en voz alta el comedido doncel. Un ligero murmullo que confusamente llegó á sus oídos dió indicios de que habia sido oído su saludo, y respondido entre dientes, acaso con alguna maldicion, por el irritado conde, que se alejaba premeditando los medios de venganza que á su arbitrio tenia, y sobre todo la manera que deberia observar para impedir los efectos de la terrible amenaza que al despedirse de él le habia hecho el magnánimo doncel.

Volvióse éste á entrar en su aposento, revolviendo en su cabeza la notable mudanza que habia efectuado en su situacion la escena en que acababa de hacer un papel tan principal: determinóse en el fondo de su corazon á no dejar perecer la inocente y débil oveja á manos del tigre en cuya guarida se hallaba desgraciadamente presa. Despues de haber cerrado su puerta con cuidado, llegóse á la que daba á la cámara de Hernando, y llamólo en voz baja.

¿Quién *pregunta*? dijo entre sueños el

feliz montero: ¿*tañen de andar al monte?*

— Si algo oiste , Hernando , esta noche , dijo el doncel , haz como si nada hubieras oido . Mañana no partiremos al alba ; duerme , pues , y descansa , y deja descansar á los caballos .

— Se hará tu voluntad , respondió la voz gruesa del montero , y no tardó en oirse de nuevo el ronquido sordo de su tranquilo sueño .

Bien quisiera imitarle el desdichado doncel , pero no le dejaba el recuerdo de su ingrata señora , ni el deseo de buscar trazas que á los proyectos que preparaba para el dia siguiente pudiesen ser de pronta utilidad .

Don Enrique en tanto despechado se dirigió á su cámara , donde encontró á su Ferrus . Allí trataron los dos , no ya de llevar á cabo su proyecto tal cual primeramente le habian concebido , sino con aquellas alteraciones que exigia la nueva posicion en que los habia puesto la repulsa de Macías , y de la venganza y precauciones que deberian usar contra el don-

cel antes de que pudiera perjudicar á sus p rfidas intenciones. Despues que hubieron conversado largo espacio , trató don Enrique de averiguar qué hora podria ser. Mas fue imposible saberlo jamas por su reloj de arena , pues con la agitacion de las escenas de la noche habíase descuidado el volver el reloj al concluirse la arena; como buen astrónomo sin embargo pas    la cámara inmediata que tenia vistas al soto , y reconoció que debia haber durado mucho su coloquio con Ferrus , decidiéndose en vista de la hora avanzada, que él se figuraba por las estrellas ser la de las cuatro ,   entregarse al descanso de que tanto tiempo hacia ya que gozaban los demas pacíficos habitantes del alcázar de Madrid. Iba ya   cerrar la ventana para realizar su determinacion, cuando le detuvo de improviso un estra o rumor que oyó , el cual le pareció no poder provenir   aquellas horas de causa alguna natural; empero permítanos el lector que demos algun reposo   nuestro fatigado aliento.

CAPITULO VII.

Ya se parte el pagecito,
 ya se parte, ya se va,
 llorando de los sus ojos
 que queria reventar.
 Topara con la princesa
 bien oireis lo que dirá.

Rom. del conde Claros.

CUANDO don Enrique de Villena volviendo silenciosamente la espalda á su esposa á la aparicion de Elvira, que habia acudido con tanta oportunidad á atajar los efectos de su furor, la dejó toda llorosa en brazos de su camarera, ignorante de cuanto habia pasado, ésta empleó cuantos medios estaban á su alcance para hacerla volver en sí del estado de estupor y de profunda enagenacion en que la habia puesto la desdichada escena que con su injusto esposo acababa de tener. Sentóla en un sillón, donde no daba muestras de vida la infeliz condesa, enjugó las lágrimas que habian inundado en un principio su

rostro, pero cuyo curso habia detenido ya el exceso del dolor; le aflojó el vestido con que tan inútilmente se habia engalanado pocos momentos antes en obsequio del caballero descortés, y refrescó la atmósfera que la rodeaba con un abanico.

Al cabo de algun tiempo produjo la solicitud de Elvira todo el efecto que deseaba: comenzó la condesa á dar indicios de querer desahogar su pecho oprimido, y de alli á poco rompió de nuevo á llorar amargas y copiosas lágrimas, exhalando profundos gemidos acompañados de voces inarticuladas, las cuales producía á trechos y á pedazos en los huecos del llanto con un acento convulsivo y un tono de voz ora agudo, ora reconcentrado, que ninguna pluma de escritor ó de músico puede atreverse á representar en el papel.

Poco á poco fue perdiendo fuerzas su acceso de cólera, como pierde impetuosidad el torrente si una vez roto el dique que le enfurecía halla anchas y fáciles salidas á sus ondas por la tendida campa-

ña; mitigóse su dolor, pero por largo espacio conservó indicios del enojo anterior, como se echaba de ver en el movimiento de elevacion y depresion de su agitado seno, semejante al mar, cuyas ondas, mucho tiempo despues de pasada la borrasca, conservan aunque decreciente la inquietud que el huracan les imprimió.

Luego que estuvo en estado de hablar con mas serenidad, refirió á Elvira cuanto con el conde le acababa de pasar, y fueron inútiles todos los consuelos que su fiel camarera trató de prodigarle. Revolvía en su cabeza mil ideas encontradas: ora queria salir inmediatamente de aquella parte del alcázar que le estaba destinada y refugiarse á sus villas, ora intentaba acogerse al amparo del mismo rey, esperando de su justicia que reprimiria los desórdenes de su esposo, y le impondria algun temor para lo sucesivo, pues pensar en que ella consintiese en la separacion que el conde manifestaba desear era sueño, puesto que se

habia casado enamorada de Villena: verdad es que el trato y la mala vida que la daba hubieran sido bastantes á hacer odioso al mas perfecto de los hombres; pero todos sabemos que la frialdad y el despego suelen ser incentivos vivísimos del amor, y lo eran tanto mas en la condesa cuanto que habiendo vivido siempre don Enrique apartado de ella despues de su infausta boda, no habia dado jamas entrada al hastío que hubiera seguido á una larga y tranquila posesion. Aguijoneaba ademas á la infeliz condesa la saeta de los zelos: en varias ocasiones habia sorprendido al conde de Cangas en conquista ó persecucion de algunas bellezas, y aun una de las que habia considerado siempre como primer objeto de sus obsequios era aquella misma Elvira en quien tenia puesta toda su confianza; mas como tenia pruebas de que ésta se habia negado constantemente á dar oidos á toda proposicion amorosa del de Villena, y en la seguridad en que estaba de que cualquiera que á

su lado viviese habia de escitar los deseos de su esposo, queria mas bien tener por camarera aquella de cuya lealtad y odio á la persona del conde no podia dudar en manera alguna.

En esta ocasion se equivocaba la condesa en sus temores, porque no un amor adúltero, sino la ambicion era quien á tan descortés procedimiento á don Enrique obligaba. Empero esta era la verdad: por una parte el amor, que á pesar de los desdenes de Villena en su corazon duraba, y por otra la creencia en que estaba de que solo proponia aquel rompimiento para entregarse mas á su salvo á alguna nueva intriga amorosa, eran suficientes motivos para que nunca hubiese ella prestado su consentimiento al propuesto divorcio.

Logró por fin persuadirla Elvira á que se recojiese y tratase de poner un paréntesis á su pesar en el sueño, dejando para el dia siguiente el resolver lo que deberia hacerse. Hízolo asi la condesa, y Elvira se retiró á la cámara

inmediata, en donde se proponia esperar al lado del fuego á que su señora se hubiese entregado completamente al descanso para seguir su acertado ejemplo. Sentóse cerca de la lumbre despues de haber dado las oportunas disposiciones para que durante la noche no faltasen sus dueñas del lado de la condesa, y púsose á leer un manuscrito voluminoso, que entre otros muchos y muy raros tenia don Enrique de Villena, por ser libro que á la sazón corria con mucha fama, y ser lectura propia de mugeres. Era éste el Amadis de Gaula. Hacia pocos años que su autor, Vasco Lobeira, habia dado al mundo este distinguido parto de su ingenio fecundo, y don Enrique de Villena, por el rango que ocupaba en Castilla y por su decidida aficion á las letras y relaciones que con los demas sabios de su tiempo tenia, habia podido facilmente hacer sacar de él una de las primeras copias que en estos reinos corrieron. El carácter de Elvira simpatizaba no poco con las ideas de amor, constancia eterna y demas virtu-

des caballerescas que en aquel libro leía: hubiera dado la mitad de su existencia por hallarse en el caso de la bella Oriana, y aun no le faltaba á su imaginacion ardiente un retrato de Amadis cuya fé la hubiera lisonjeado mas que nada en el mundo: era éste un mancebo generoso de la corte de Enrique III, á quien habia conocido desgraciadamente despues que á Fernan Perez de Vadillo. Habíase casado en verdad ciegamente apasionada del hidalgo; pero desde su boda hasta el punto en que la encuentra nuestra historia se habia ensanchado considerablemente el círculo de sus ideas; Fernan Perez por el contrario era siempre el mismo que en otro tiempo habia cautivado sin mucho trabajo el inocente corazon de la niña Elvira; pero ésta no era ya la amante que se habia prendado de Fernan Perez: su carácter se habia desarrollado de una manera prodigiosa, y un foco de sensibilidad y de fogosas pasiones creado nuevamente en su corazon habia producido en su existencia un vacío de que ella misma no se sabia

dar cuenta. Se habia formado en su cabeza un bello ideal, no hijo del mundo real en que habitaba, sino de su exaltacion; y se complacia en personificar este bello ideal en tal ó cual jóven cortesano que sobre el vulgo de los caballeros de la corte de Enrique III se distinguian. Uno entre todos habia avasallado ya su albedrío bajo esta personificacion, y Elvira, juguete de la naturaleza, que puede mas que sus criaturas, no sabia ella misma que iba tomando sobre su corazon demasiado imperio un amor ilícito y peligroso. Por desgracia su virtud misma era su mayor enemigo: la confianza en que estaba de que nunca podrian faltarle fuerzas para resistir la hacia entregarse sin miedo con criminal complacencia á mil ideas vagas, que cada dia iban ganando mas terreno en su imaginacion. Encontrábase en fin en aquel estado en que se halla una muger cuando solo necesita una ocasion para conocer ella misma y dar á conocer acaso á su propio amante la ventaja que sobre ella ha adquirido. Como un incen-

dio que ha crecido oculto é ignorado en la arimazon de una casa vieja, que no ha menester mas sino que descubriéndose una pequeña parte de la techumbre que lo cubre tenga entrada la mas mínima porcion de aire, entonces estalla de repente como un vasto infierno improvisado, se lanzan las llamas en las nubes, crujen las maderas, y viene al suelo el edificio desplomado, sepultando en sus ruinas al incauto y desprevenido propietario.

No era, pues, la lectura de Amadis la que á la triste Elvira mejor pudiera convenirle; pero era tanto mas disculpable, quanto que en el siglo XIV no habia muchos libros en que escojer, y pudiera darse cualquiera por contento con divertir las horas ociosas por medio del primero que en las inanos caía.

Una tristeza vaga y sin causa positivamente determinada era el síntoma predominante de la hermosa camarera de la de Albornoz, y la soledad era el gran recurso de su imaginacion, deseosa de empaparse sin reserva ni testigos en

la contemplacion de las seductoras ilusiones que se forjaba: esta disposicion de ánimo no era ciertamente la mas favorable para la virtud de Elvira en las escenas sobre todo en que aquella misma noche fecunda de acontecimientos debia colocarla.

Poco tiempo podria hacer que con el primer libro de caballería en España conocido se entretenia la sensible Elvira, cuando sintió abrir la puerta del salon, y una persona, que seguramente no esperaba, se presentó á su lado dándole las buenas noches con rostro alegre y maliciosa sonrisa.

--¿Qué buscas, Jaime, en estas habitaciones, y á estas horas? Ya deben ser cerca de las diez: vuelve á la cámara del conde, si es que no te envia, como su precursor, á anunciarnos nuevos pesares y desventuras.

--Hermosa prima mia, contestó Jaime, depon el enojo; de aqui en adelante puedes volverme á llamar tu querido primo.

--¿Qué novedad traes?

-- Ninguna ; pero he tenido miedo de las cosas que se hablan de don Enrique , y esta noche misma le he suplicado que me permitiese volver al lado de mi amada prima : ¡ me acordaba tanto de tí !

Una lágrima de sensibilidad se asomó á los ojos de Elvira oyendo la ingenua manifestacion del cariño del medroso pagecillo.

-- ¿Y don Enrique te lo ha concedido ?

-- Por mas señas que no he escogido la mejor ocasion ; estaba tan distraido y tan ocupado en sus... mira... se me figura que estaba en uno de aquellos ratos en que dicen que tienen los hechiceros el enemigo... ¡ Jesus !

-- ¡Jaime ! ¿ Quién te ha enseñado á hablar asi de tu señor ?

-- Bien : no volveré á hablar ; ahora ya no me importa. Ya estoy con mi Elvira , que me confiará sus penas , añadió el page tomando una de las manos de la hermosa camarera.

-- ¿Qué anillo es ese? exclamó ésta dejando el voluminoso pergamino que hasta entonces habia leído, para examinar de cerca el hermoso brillante que relumbraba en un dedo del page. ¡Jaime!

-- ¡Ah! este no se ve, gritó puerilmente Jaime retirando y escondiendo su mano. ¡Este no se ve! Es un regalito; á mí tambien me regalan, señora prima, no es á vos sola á quien...

-- Vamos, ven acá, Jaime, y dime quién te ha dado ese anillo, ó si por ventura tienes que acusarte de algun...

-- ¡Chiton! señora prima, interrumpió el page con indignacion.

-- ¡Ah! ya le tengo, gritó Elvira aprovechando para asirle la mano aquel momento en que la pundonorosa irritabilidad del page le habia estorbado la precaucion; ya le tengo.

-- No, no me lastimes y te le daré, dijo el page viendo que se disponia la interesante Elvira, tan niña como él, á valerse de la superioridad que le daban sus fuerzas para ver á su salvo el ani-

llo : quitósele en efecto , pero echando á correr , en cuanto Elvira le hubo cogido , no me importa , añadió ; ¿ qué vereis , señora curiosa ? Nada : un anillo ; mas no por eso sabreis quién me lo ha dado.

Equivocábase el inesperto page : la perspicaz Elvira , que al principio habia sido inducida solo por mera curiosidad al reconocimiento de la alhaja , cuya posesion no creía natural en el pagecillo , habia fijado notablemente en ella su atencion , y examinaba al parecer alguna señal ó particularidad por donde esperaba venir en conocimiento de su procedencia.

-- No hay duda , exclamó sonrojándose como grana , no hay duda : una letra pierdo ; pero seria mucha casualidad... esmeralda... e ; lapislázuli... l ; brillante, b ; rubí, r ; amatista, a. Y luego... una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. No hay duda.

El page , que habia alborotado la sala con sus risas y sus burlas al ver la perplejidad de su prima , no se asombró poco al oir la extraordinaria y no espe-

rada esplicacion que daba á la sortija; y tanto mas confundido quedó cuanto que creyó no haber sido en esta ocasion sino el juguete del doncel, que se habia valido de él para manifestar á Elvira aquel su amor, de que el malicioso page tenia ya no pocas sospechas.

Nada mas comun en aquel tiempo que estas combinaciones de piedras y ese lenguaje amoroso de geroglíficos en montes, colores, empresas y lazadas. Un platero de Burgos habia engarzado artísticamente á ruego de Macías en un mismo anillo aquellas seis piedras, cuya traduccion habia acertado tan singularmente Elvira por un presentimiento sin duda de su corazon. Habia perdido la significacion de una piedra, cosa nada extraña, no hallándose ella muy adelantada en el arte del lapidario; pero en cambio habia entendido la equivocacion del platero, que habia significado la *v* con la *b*, inicial de brillante; ni el qui proquo del platero ni el acierto de Elvira tenian nada de particular en un tiempo en que

no sabian ortografía ni los plateros ni los amantes. El número sin embargo de las piedras, y la colocacion de las conocidas, no dejaba la menor oscuridad acerca de la intencion del que habia mandado hacer la sortija.

Quedábale todavia á Elvira un respo de duda, que á toda costa queria satisfacer: en primer lugar no era ella la única Elvira que en Castilla se encerraba; y en segundo la alusion, que la habia puesto en camino de sospechar, no le daba sin embargo noticia cierta de quién fuese el que usaba con ella semejante galantería. Deseaba por una parte saberlo; temia por otra oir un nombre indiferente.

— ¿Quieres cambiar este anillo, Jaime, por otro mejor que yo te dé?

— ¿Y qué diria, dijo el astuto page, el caballero que me le ha regalado?

— ¿Con que ha sido caballero?... interrumpió Elvira.

— Y de los mejores y mas valientes de la corte de su alteza.

— ¡Santo cielo! decía Elvira impaciente: Jaime, yo te ruego que me des señas de él al menos, ya que no quieras decir su nombre.

— ¿Señas?

— Espera; dime primero, exclamó reflexionando un momento, ¿cuándo te la ha dado, y dónde?

Comprendió el page al momento la doble intencion de esta pregunta, y se sonrió malignamente viendo á Elvira cogida en su propio lazo, porque al punto recordó que no podia saber la llegada del doncel.

— Hoy, y en el alcázar.

— ¿Hoy y en el alcázar? repitió Elvira queriendo leer la verdad en los ojos del page. ¡Entonces no puede ser! dijo entre dientes, satisfecha ya al parecer toda su curiosidad, dejando caer los brazos, inclinando la cabeza y saliendo, en fin, de la ansiedad y tirantez en que estaba, como arco que se afloja. Siguió mirando, pero mas vagamente, el anillo, haciendo con el labio inferior, que se ade-

lantó al superior, un gesto particular entre distraida y resignada.

— ¡Ah! ¡ah! que no lo acierta, exclamó en su triunfo el page victorioso; escuchadme, señora adivina, es un caballero jóven.

— Bien; déjame, repuso ella sin prestar apenas atención á la voz chillona y triunfante del mozalvete.

— No, que lo has de acertar. Cuando se trata de coger sortijas, ensarta con su lanza tantas como corazones con su hermosa presencia. Si monta á caballo, es el mas fogoso el suyo, y lo domeña como un cordero; si se trata de correr cañas, nadie le aventaja; y en un torneo solo don Pero Niño...

— Jaime, ese no puede ser mas que uno, exclamó levantándose Elvira.

-- Cierto que no es mas que uno, repuso el taimado page, que se divertía con su prima como el gato con el raton.

-- ¿Ha venido? ¡Ah! Ahora recuerdo que esta mañana un caballero...

-- ¿Quién? contestó con cachaza el page fingiendo no entender.

-- Mira, Jaime, vete de aquí y no vuelvas, gritó furiosa Elvira; marcha, huye si temes mi...

-- Bien, primita, lo diré: ese es...

-- ¿Quién? preguntó la atormentada belleza, ¿quién? acaba ó...

-- El doncel de...

-- Basta: ¿Estás cierto?...

Acordóse de pronto el imprudente page del especial encargo que de guardar secreto le habia hecho el doncel, y no sabiendo las últimas mudanzas que en la situación de su amigo se habian verificado, las cuales volvían infructuoso este cuidado, trató de reparar el olvido de que la escena bulliciosa que con su prima traía era causa y efecto.

-- No me habeis dejado acabar, señora camarera. El rey don Enrique III no tiene un solo doncel. Sabed que no os puedo decir mas. Ni una palabra mas.

Al oír el tono resuelto del rapaz bien

vió Elvira que no sacaría de él mas partido que una honrosa capitulación: lo mas que pudo recabar de él fue que le dejase el anillo, hasta que ella adivinase como pudiese su procedencia; dejósele el pagecillo y se acabó la contienda entre los primos, determinando que por aquella noche Jaime dormiría vestido en una cámara inmediata á la alcoba donde casi vestida tambien trataba de reposar la infeliz Elvira, no atreviéndose á desnudarse del todo por miedo de que hubiese menester la de Albornoz sus consuelos en el discurso de la noche.

Bajóse para esto á su habitacion, que debajo de la de la condesa caía, despues de haberse cerciorado de que ésta yacía profundamente dormida, y de haber dejado advertido á las dueñas que la avisasen á la menor novedad que sintiese su señora, ó que en aquella parte del alcázar ocurriera.

Echóse despues en su lecho, habiéndose despedido del page, y en vano procuró imitar á éste en la prontitud con

que concilió el sueño reparador de las fuerzas perdidas.

Revolvía una y mil veces en su cabeza las ideas del día, y procuraba atarlas y coordinarlas entre sí: empero agolpábanse todas á su imaginacion ferviente; la condesa, la violencia de Villena, sus solicitudes, la ausencia de su esposo, el Amadis, la indiscreta conversacion del page, las dudas que acerca del dueño del anillo habia dejado sin resolver despues de su inquieto diálogo, todo esto reunido y amasado junto de nuevo en su mente en medio del silencio y de la oscuridad de la noche, le representaba un cuadro fantástico, lleno de objetos incoherentes, muy semejante en la confusion á esos lienzos que entre nuestros abuelos tanto se apreciaban con el nombre de *mesas revueltas*. Pero á proporcion que el largo insomnio y el cansancio del día fueron rindiendo sus fuerzas y entornando los párpados fatigados de Elvira, todas esas imágenes confusas tomaron en su cerebro contornos informes, y pobla-

ron su sueño de escenas parecidas á las que habian pasado por ella en el dia, y de otras que, como combinaciones nuevas del choque de aquellas, suelen producirse por sí solas en la imaginacion cansada de un calenturiento que duerme, ó de una persona habitualmente agitada por sensaciones extraordinarias, y que pasa por una larga y fatigosa pesadilla.



CAPÍTULO VIII.

Helo, helo por do viene
el infante vengador,
caballero á la gineta,
en caballo corredor.

.....
iba á buscar á don Cuadros
.....
el venablo le arrojó.

.....
Rom. del inf. vengador.

MUY abanzada estaba la noche, y muy en silencio todos los habitantes de Madrid y de su fuerte alcázar. No todos sin embargo disfrutaban del sueño y del descanso, como hubiera podido cualquiera figurarse. Podemos asegurar que don Enrique de Villena y Ferrus conversaban muy animadamente en el laboratorio del hermético, como arriba dejamos dicho. El enamorado doncel habia tratado inútilmente de conciliar el sueño, y se habia entregado, desesperado ya de conse-

guirlo, á la mas profunda meditacion, buscando en su cabeza un arbitrio por medio del cual pudiese descubrir á la de Albornoz el peligro inminente que la amenazaba. Bien conocia que el aviso urgia, pues si antes de haber descubierto Villena su plan lo tenía aplazado para el dia siguiente, era probable que tratase de atropellar la ejecucion de sus ideas desde el momento en que había hecho partícipe de él al enemigo. El doncel estaba determinado á dar su amparo á la de Albornoz, en primer lugar por pertenecer á *la orden de caballería*, que *principalmente se daba*, como se lee en *Amadis de Grecia*, *para defender las dueñas y doncellas que tuerto reciben*; orden por la cual *el que la profesa debe ayudar á las dueñas y doncellas fijas dalgo*, como en el instituto de la de la Banda fundada por Alonso XI se contiene; orden, en fin, por la cual se advertia á los que la recibian, como en el Doctrinal de caballeros consta al lib. 1. tít. 3., que *al caballero ó dueña que viesen cui-*

tados de pobreza ó por tuerto que hobiesen recibido, de que non pudiesen haber derecho, que pugnasen con todo su poder de ayudarlos. Agregábase á esta principal razon otra, si bien menos generosa y obligatoria, mas fuerte acaso que todos los institutos y ordenes del mundo; á saber, cierta simpatía que con una persona ligada á la suerte de la de Albornoz alimentaba Macías en todas sus acciones.

Pero si estaba decidido á favorecer á las débiles víctimas del poder del ambicioso conde, no por eso dejaba de conocer cuán dificultoso era, si no imposible, introducir á aquellas horas un saludable aviso en la habitacion de la condesa ó de su camarera.

Despues de largo rato de discurrir, en que desechó unas ideas, adoptó otras, volvió á desechar éstas, y á adoptar y desechar otras ciento, fijóse por fin decididamente en una que debió de parecerle la mejor y la menos arriesgada de ejecutar si la fortuna le ayudaba. No quiso despertar á Hernando, que sordamen-

te roncaba, para no ser conocido en la expedicion que premeditaba, si llegaba á sorprenderle fuera del alcázar la madrugada que á largos pasos andando se venia; endosóse un basto sayo de montero de su criado, su gorro de lo mismo, su tosco tabardo de pardo buriel, ciñó la espada, y tomando debajo del brazo un objeto que, como trovador siempre llevaba consigo, salióse pasito de su estancia, y sin ser sentido llegó hasta la puerta exterior del alcázar, evitando por corredores y patios conocidos de él las centinelas interiores que hubieran podido interrumpir su proyecto; pero llegado allí estuvo tentado varias veces de volver á su aposento y desistir de su empresa, cuando se oyó dar el *¿quién va?* del ballestero encargado de la guarda de aquel punto.

-- Un çaballero que desea salir.

-- Atras, ¡voto á Santiago! le respondió una voz, ronca del vino ó del frio de la noche: buena hora de salir á tomar el fresco, cuando está un cristiano deseando el relevo para calentarse.

No habia meditado el doncel este inconveniente: no quedaba sin embargo mas remedio que desistir y abandonar á la condesa á su destino, ó descubrir su clase de doncel de su alteza, y como tal lograr que se le abriesen las puertas. Calculando que de todas suertes habria de saberse al dia siguiente su entrada en el alcázar, puesto que ya no podia por entonces pensar en volverse á Calatrava, decidióse al segundo partido prontamente; hizo llamar al gefe del pequeño destacamento, y no tardó en oir su voz, que denotaba el mal humor de un hombre á quien se ha sacado intempestivamente del sueño para cumplir con un deber.

-- Por la Virgen de Atocha, vive Dios, exclamó observando y dejando ver su oblonga figura, que he de escarmentar al borracho que á estas horas...

-- Mirad lo que hablais, interrumpió Macías al oir hablar sobre sí, como quien está debajo de una campana, á aquel amalgama de górdura, de bestialidad y de sueño.

-- ¿Quién sois, voto va, el que hablais tan gordo? ¡Aaa! prosiguió bostezando.

-- Por Santiago, ya os debia haber conocido en lo que teneis de comun con los javalíes del Pardo. ¿ Sois vos Bernardo?

-- ¿ Quién es, repito, por las muelas de Santa Polonia, quién es el que me conoce tan á fondo?

-- Dejadme salir: soy un doncel de su alteza y voy á asuntos del servicio del rey...

-- ¿ Doncel? metedme el dedo en la boca: mas traza teneis que de doncel de don villano, repuso el ingenioso Bernardo á caza del equivoquillo... el vestido...

-- ¡ Voto va, Bernardo, que os haga arrepentir de vuestra insolencia si insistis en faltar al respeto á... pero... oid, añadió acercándose á su oido, ¿ conoceis á Macías? miradle aqui.

-- ¡ Ballesteros! echadme á ese aventurero en un cubo de agua fresca: dice que es un hombre que está en Calatrava. Voto va el santo patron del sueño, que ó ha trasegado de la botella á su estómago mucho del tinto, ó es hechicero.

No pudo sufrir ya mas tiempo el doncel el impertinente responder del ballestero, y asiéndole con mano vigorosa del

cuello, llevóle sin dejarle gañir, ni aun para pedir socorro á los suyos, hácia un farol que cerca de ellos ardia; y enseñándoles entonces su rostro descubierto,

-- ¿ Conocéisme, don Vellaco, portero de los infiernos y hablador que Dios no perdone? ¿ conocéisme? ¿ ó habeis menester todavia que os abra yo los ojos con el puño?

Abria el ballestero unos ojos como tazas, y no acababa de comprender cómo podia salir del alcázar un hombre que no habia entrado en él, pues lo creía en Calatrava: hubo sin embargo de convencerse, y tendiendo entonces la pierna hácia atras y descubriendo su cabeza, pidió mil excusas al doncel y fue preciso que éste pusiera treguas tambien á sus disculpas y cortesías como á sus impertinencias, sin lo cual nunca se hubiera visto donde por fin se vió; es decir, en medio del campo y recibiendo sobre sí una menuda lluvia que á la sazón comenzaba á caer, lo cual, añadido á la persecucion del cerbero del alcázar, no era del mejor agüero para nuestro osado doncel, que dejaremos rodeando los altos muros de

la fortaleza para dar cumplimiento á sus caballerescos proyectos.

Mientras que los acontecimientos paralelos de la conversacion de don Enrique con Ferrus y la salida del doncel se verificaban en el alcázar á una misma hora , dormia inquietamente y luchando con las fantasmas que su imaginacion le representaba la hermosa Elvira , que en su lecho medio desnuda dejamos. Habíase quedado con solo un vestido blanco ; cubríale éste desde la garganta hasta los pies , que , desnudos , parecian dos carámbanos de apretada nieve: su cabello , tendido cuan largo era , velaba sus hombros , su seno , su talle , y por algunas partes su cuerpo entero ; una mano pendia del lecho , y la opaca claridad de la luna que que penetraba por entre las nubes no muy densas y sus ventanas , entreabiertas por el calor de la estacion , la hacia aparecer un verdadero ser fantástico , como lo hubiera soñado un amante deseoso de una ocasion.

Su seno y su respiracion interrumpida denunciaban la inquietud de su descanso y el trabajo de su imaginacion aun en el sueño.

Fuese casualidad, fuese porque era el que mas habia dormido, el page fue el primero que á un extraño rumor que en aquellas inmediaciones se oyó hubo de interrumpir el reposo en que yacía. Un laud suave y diestramente pulsado adquiria nueva dulzura del silencio de la noche; oyólo primero el page entre sueños, pero la realidad tomó en su fantasía la apariencia de una representacion ficticia y se creyó transportado á algun sábadó de hechiceras, que era la especie de gentes que él mas temia. Habia templado algun rato el músico, para llamar la atencion, pero sin ser oido de nadie; y cuando el page echó de ver la aventura, y cuando don Enrique habia notado la música que le habia obligado á no cerrar su ventana, como arriba dejamos dicho, habia cantado ya con melodiosa voz, si bien varonil, las dos siguientes coplas, cuyos ecos se llevó el viento antes de que fuesen para nadie del provecho á que sin duda aspiraban:

En el almenado alcázar
duerme Zaida sin cuidado.

Guarda , mora , que tus grillos
te forja un conde cristiano.

Alza y parte , desdichada ,
primero que veas relumbrar su espada.

Vela , tú , si Zaida duerme,
ó dulce señora mia.

¡ Guar del conde que la acecha !
que un caballero te avisa.

Alza y parte , desdichada ,
primero que veas relumbrar su espada.

Al repetir estos dos últimos versos del estribillo fue cuando el page , elevando la voz , llamó á la hermosa Elvira.

-- ¡ Oís , discreta prima ?

— ¡ Cielos ! exclamó Elvira sentándose sobre el lecho. ¡ A estas horas...

-- No he podido entender la letra...

-- Oigamos , que prosigue.

Volvia efectivamente á empezar de nuevo el músico despechado de no advertir ninguna señal de inteligencia en las bellas á quienes advertia su propio riesgo. Repitió , pues , la última copla , que hizo un efecto bien diferente en el page , en su alterada prima , que aun no habia vuelto enteramente en sí de su asombro , y en don Enrique y Ferrus , que prestando la

mayor atención desde su cámara escuchaban.

-- Ferrus, dijo don Enrique á la mitad de la copla, desde aqui no podemos ver quién es el músico que tan delicadamente se viene á regalarnos los oídos á deshoras de la noche: el ángulo saliente del alcázar nos impide reconocerle, y aun su voz llega aqui tan desfigurada que es imposible entenderle.

-- ¿Qué quieres, pues, señor? contestó Ferrus.

-- Importa á mis fines confirmar ó desvanecer mis sospechas; ¡voto á Santiago que si fuese... escucha Ferrus: baja al sotto lo mas deprisa que pudieres...

-- ¿Yo, señor? interrumpió Ferrus con algun sobresalto.

-- En el acto, Ferrus: ni una palabra mas, y quiero darte instrucciones acerca de lo que en todos casos deberás hacer.

No habia medio de replicar á una orden tan positiva: oyó Ferrus las instrucciones que le daban, y se propuso no traspasar los límites del puente levadizo

sin llevar consigo á cierta distancia alguno que otro balletero del destacamento de la puerta para que le guardase las espaldas contra el músico, que podia no gustar de que saliesen á escucharle al claro de la luna.

-- ¡Cielos! exclamó la agitada camarera saltando del lecho al oír las primeras palabras de la letra. Conozco la voz. ¿Es cierto, pues, que ha vuelto de Calatrava? ¿Sueño todavía? ¿Mas qué sentido encierran esas palabras? ¡*El conde, un caballero te avisa!* ¡Entiendo, entiendo!

El músico, que oyó aquel rumor en la habitacion donde sabia que habitaba Elvira, clavó los ojos en la ventana, abierta ya de par en par, distinguió un leve contorno blanco, que parecia salirse del mismo fondo de las tinieblas, como nos dicen que salió el mundo del caos; olvidó la prudencia que debiera haber sido su norte, y no pudo resistir á la tentacion de poner en su carta una posdata para sí.

Volviendo á preludiar en su instrumento, añadió á las dos ya cantadas la siguiente estrofa:

¡ Pluguiera á Dios que pudiese
 librarse así el caballero ,
 que tienes , señora mia ,
 entre tus cadenas preso!...

Al llegar aquí no pudo Elvira contener mas tiempo el sobresalto y la agitación que la ofuscaban: *basta*, oyó decir el caballero, *basta*, *trovador imprudente*, á una voz que resonó en su oído como la campana de la poblacion inmediata al caminante perdido, y oyó en pos cerrar con un ¡ay! doloroso la ventana.

Mas no tardó mucho en volverse á abrir. Cesó de pronto el laud; el músico, cuyo bulto habia visto hasta entonces Elvira al pie de su ventana, habia mudado entre tanto de sitio, ó habia obedecido á la voz celestial: un ruido como de voces ofensivas y alteradas se oyó un breve instante: sucedió un confuso ruido de armas, el cual cesó de allí á poco: sacó Elvira la cabeza por entre los hierros de la reja, como saca el cuello del agua el infeliz, asido de una tabla, que se siente ahogar en medio del mar: un pro-

longado gemido se siguió al silencio, y retumbó el ruido hueco y resonante de un cuerpo armado que cae en tierra cuan largo es.

Helóse la palabra en la garganta de la infeliz Elvira, que era toda oídos, pues nada alcanzaba á ver. Un momento despues se oyó el ruido de un hombre que monta á caballo y parte aceleradamente.

¡Infeliz! exclamó Elvira despues de un momento de pausa glacial; pero un nuevo rumor la obligó á prestar atencion.

-- ¿Dónde está? dijo una voz de hombre que sobrevino de allí á poco.

-- ¡Qué sé yo! voto á tal, ¿no le oísteis por aquí? respondió otra.

-- Debió caer.

-- Y tambien debió levantarse.

-- O debieron levantarle; segun yo oí, no quedó muy bien parado.

-- Volvamos, y el diablo le lleve.

-- Llévelo en buen hora. ¡Ah!

-- ¿Qué es eso? ¿Os caeis?

-- Voto á tal que con el lodo está el piso que parece mármol. Héme caído.

-- ¿Con el lodo? ¿eh? á ver, vuelveos:

poneos á la luz de la luna. Por el alma del cobarde, que es el diablo quien le ha llevado ó el hechicero, porque aqui ha dejado... toda... su... vida...

-- ¿Qué decís?

-- ¿No veis cómo os habeis puesto?

-- ¿De qué?

-- ¡De sangre, voto á tal! ¡Y que esto pase por alguna desvanecida!


El diálogo era en todas sus partes destrozador para la infeliz Elvira, que por los antecedentes que tenia no podia prescindir de ver claro en este desdichado asunto; cada palabra retumbaba en su alma como el golpe del martillo que hace entrar á trozos la cuña en la madera; asi entraba la horrible realidad en el alma de Elvira. Pero al oír la palabra *sangre*, un estremecimiento involuntario la sobrecogió; la atmósfera pesó como plomo sobre su cabeza al resonar en el aire el amargo reproche con que la frase concluyó; un ¡ay! penetrante se escapó de su pecho desgarrado, dió consigo en tierra privada de sentido la triste camarera, sonando su cabeza sobre el pavi-

mento como piedra sobre piedra, y nada volvió á oír.

Llegó el *ay* dolorido á los oídos de los dos que hablaban, y era efectivamente tan penetrante é inesplicable, que no solo en aquel siglo de ignorancia, sino aun en este, mas de un valiente hubiera temblado al escucharle á aquellas horas, en aquel sitio, sin ver de donde saliese, y sobre el pedazo de tierra que acababa de ser teatro de una muerte, segun todas las apariencias.

-- ¿Has oído? dijo uno al otro. ¡Cuerpo de Cristo! aqui ha quedado su alma para pedir venganza á todo el que pase: ese grito no es de persona; huyamos

-- Huyamos, repuso el compañero: sonaron un momento sus pasos precipitados al rededor del muro. De alli á un momento nada se oía ni dentro ni fuera, ni en las inmediaciones del funesto alcázar.



EL DONCEL
DE
DON ENRIQUE
EL DOLIENTE:

HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO XV.

POR

D. Mariano José
de Larra.

TOMO II.

MADRID.

IMPRENTA DE REPI LLÉS. — 1834.



EL DONCEL

DE

Don Enrique el Doliente.



CAPITULO IX.

Ese caballero, amigo,
dime tú qué señas trae.

Cancion. de Rom.

LA hora del alba seria cuando el famoso caballero don Enrique de Villena, cansado de esperar inútilmente á su juglar, á quien habia comprometido, como sabe el lector, en el misterioso y nocturno acontecimiento de la víspera, vacilando entre mil ideas confusas, habia entregado al descanso sus miembros fatigados. Ni el miedoso juglar habia vuelto, ni él, desde el punto en que le enviara á explorar

quién fuese el músico, habia tornado á oír mas que el confuso ruido de las armas de los desconocidos combatientes. No habiendo querido dar sospechas á nadie en el alcázar de que pudiera tener la menor parte en los sucesos que él se figuraba haber ocurrido, no se habia determinado ni á salir en persona á reconocer el estado de las cosas, ni á despertar á ninguno de sus pacíficos sirvientes. Habíale entre tanto sorprendido el sueño en medio de la encontrada lucha de sus opuestos pensamientos, y vestido como estaba se habia reclinado en su rico lecho, determinado á esperar al dia y con él la aclaracion de los acontecimientos de la noche. El sol sin embargo, que á mas andar se venia, amaneciendo por las doradas puertas del oriente, daba la señal á caballeros y escuderos de tornar á las obligaciones diarias, porque en la época de nuestra narracion no se habia introducido aun la moda regalona de perder las gentes principales las horas mas hermosas del dia en el mullido y caliente lecho.

La cámara principal del señor de Cargas y Tineo, inmediata á su gabinete alquimístico (cuya entrada no era á todos permitida), presentaba un aspecto imponente, tanto por el lujo y afectación con que se hallaba alhajada, como por las diversas personas que en ella se veían reunidas esperando á que se dignase recibir su acostumbrado homenaje el ilustre pariente de Enrique III. Gentiles-hombres, caballeros y escuderos de su casa, oficiales de su servicio, donceles y pages conversaban en diversos grupos, pendientes del menor ruido que pudiera anunciarles la deseada presencia de su señor. Notábase solo la falta de dos personas, y no se oían mas que preguntas misteriosas sobre su estraña ausencia.

-- ¿Qué era del primer escudero?
¿Qué del juglar?

-- ¿Qué puede causar la tardanza de Fernan Perez?

-- Por el señor Santiago que es cosa difícil de comprender. Cuando volvíamos anoche de la batida, él se adelantó con

un solo montero y se separó de nosotros. Desde entonces no le volvimos á ver.

-- Sí, reponía otro: apostára la mejor pieza de mi arnés á que fue á ver bajo las ventanas de su amada esposa si andaban moros en la costa.

-- Bravo modo de decirnos que el escudero es zeloso.

-- ¡Dios me perdone! como un moro.

-- ¡Oh! entonces, decia un tercero, ya se esplica su ausencia. Habrá tardado en conciliar el sueño... al lado de su dama...

-- ¡Chiton! la puerta de la cámara se ha abierto.

-- Es el camarero.

-- El camarero, el camarero, repitieron varias voces por lo bajo. Fijáronse las miradas de todos en Rui Pero, quien con la mayor inquietud preguntó:

-- ¿No ha venido aun Ferrus? su señoría pregunta por su juglar.

-- Estará haciendo alguna trova, ó pensando algun donaire, dijo el mas atrevido de los caballeres.

-- Cierta que comienza su tardanza á inquietarme, dijo Rui Pero. Y acercándose á los principales personajes de aquella pequeña corte, -- Su señoría no se ha desnudado esta noche; Fernan Perez no parece; Ferrus tarda, les dijo misteriosamente: temo grandes novedades. Voy á prevenir á su señoría, añadió en voz alta, y se entró.

Duraron otro rato las misteriosas conversaciones de la cámara; pero no tardó mucho en venir á interrumpirlas la presencia del primer escudero.

-- Dios nos dé su bendicion, dijo entrando, al comenzar este dia, y se santiguó devotamente.

-- Dios nos la dé, repitieron los circunstantes, é imitaron, como en las cortes se usa, la accion del valido. Bien venido sea el escudero de su señoría, exclamaron despues.

-- Bien venido, sí, y bien despierto: la trasnochada me ha hecho ser indolente. Vuestras mercedes me darán licencia que entre á tomar las órdenes de nuestro amo.

Ya hace rato que debiera estar á su lado.

No le dió lugar sin embargo á entrar la salida del conde en persona, á quien acompañaba su fiel camarero. Hízose como los demas á un lado respetuosamente Fernan Perez, y el conde, que le habia visto antes que á otro alguno, disimulándolo sin embargo, como para castigarle de su tardanza, dirigió comedidamente la palabra á sus principales cortesanos. Después de las ceremonias y fórmulas de uso, -- Caballeros, dijo el conde, asuntos de alguna importancia me obligan á separarme de vuestras mercedes. Podreis esperarme en la antecámara de su alteza, adonde no tardaré en seguiros. Fernan Perez, quedaos.

Inclinaron la cabeza los circunstantes, y hablando entre sí por lo bajo, dejaron la cámara desocupada, no muy contentos con el frio recibimiento del distraido conde de Cangas y Tineo.

-- Y bien, Fernan Perez, dijo éste luego que quedaron solos, supongo que ha-

beis encontrado en completa salud á la hermosa Elvira.

-- Esa pregunta , señor...

-- ¡ Oh ! no : haceis bien : no se puede vacilar entre el servicio de una hermosa y el de un conde. Voy viendo que os debo de armar pronto caballero , porque ya sin serlo cumplis perfectamente con la orden de caballería. ¿ A qué hora habeis entrado en Madrid ? — Rui Pero, dispondreis que se busque dentro y fuera del alcázar á Ferrus. Su ausencia me inquieta. — Ya estamos solos , Vadillo. ¿ A qué hora habeis entrado ?

-- Podrian ser las cuatro , si dicen las horas las estrellas.

-- ¿ Las cuatro ? A esa hora... ¿ no habeis visto á la entrada á Ferrus ?

-- Ojalá, señor, que hubiera visto á Ferrus : algo peor es lo que he visto.

-- ¿ Peor ? explicaos presto.

-- Y peor lo que he oido.

-- ¿ Habeis oido ?

-- Volvia, señor , de la batida , como me dejastes mandado, á la cabeza de los ca-

balleros y monteros de tu casa ; al llegar al alcázar, habíame adelantado algun tanto para hacer la señal de que nos echaran el rastrillo, cuando creí oír hácia cierto punto del alcázar , pero de la otra parte de foso, un laud asaz bien templado.

-- Seguid, Vadillo.

-- Parecióme mal que á tales horas se diesen serenatas hácia la parte precisamente del alcázar que habita...

-- Seguid.

-- Apreté los hijares al caballo: cuando llegué , la música habia cesado, pero un hombre que rodeaba el muro exterior, y que á la sazón se hallaba debajo de las ventanas de mi señora la condesa...

-- ¡ Vadillo !

-- De Elvira , señor... perdonad si mi lengua... ¡ maldita sospecha ! ahora caigo en que... aquel hombre, pues , no me pareció bien , y le acometí.

-- Por Santiago que acertaste. ¡ Es mi hombre ! ¿ era el músico ?

-- Sin duda , puesto que por alli otro alguno no se veía.

-- ¿Se defendió?

-- Trató de defenderse, y trató de hablar, pero mi venablo no le dió el espacio que él quisiera. Le disparé, y cayó.

-- ¿Cayó? adelante, Vadillo. Tu recompensa igualará tu servicio.

-- Apeéme del caballo para reconocerle, pero fue imposible: habia llovido, y él cayó en el fango: mi venablo le habia pasado por la frente, y su cara estaba llena de lodo y de sangre: la oscuridad ademas y mi turbacion no me permitieron conocerle. Figuréme sin embargo que no debia de estar muerto aun, pues latía su corazon y se quejaba. Deseoso de saber quién fuese el músico que á aquellas horas osaba comprometer el honor de las dueñas del alcázar, atravesélo en mi caballo: sin embargo antes de entrar lo encomendé al cuidado del montero que se habia adelantado conmigo: respondiíme de su seguridad. Fui á dar órdenes para hospedar á la gente de la batida, y ahora solo espero las tuyas, gran señor, para reconocer al insolente trovador.

-- ¡ Ah ! ¿ No sabéis aun quién sea ?

-- Solo sé que no está herido de muerte ; pero el montero al anunciármelo añadió que el maestro á quien habia recurrido, al hacerle la cura, habia encargado que no se le viese ni hablase. Creí, pues, del caso esperar á la mañana. Parecióme sin embargo jóven y gallardo mancebo.

-- Él es, no hay duda. Te tengo en mi poder, mal caballero. Vadillo, es preciso tenerle á buen recaudo.

-- ¿ Conócesle tú entonces, gran señor ?

-- Sí : le conozco ; tú le conocerás tambien. Necesito sin embargo á Ferrus. Á esa misma hora de las cuatro le envié á reconocer al músico ; de entonces acá ha desaparecido. El villano cobarde ha tenido miedo sin duda ; acaso luego se aparecerá y creará desarmar mi enojo con alguna juglería. Entre tanto Rui Pero está en el encargo de encontrármelo muerto ó vivo. Sus orejas servirán de pasto á mis lebreles si ha cometido villanía, por Santiago. Ahora, Vadillo, es preciso no perder tiempo : su-

puesto que está en nuestro poder quien pudiera únicamente desbaratar mis planes, dentro de una hora he de quedar servido. Hernan Perez, ¿teneis valor y resolucion?

-- Dispon, señor, de mi vida.

-- Venid conmigo; prontitud y secreto.

Dicho esto, salieron don Enrique y su primer escudero, y atravesando apresuradamente las galerías del alcázar, se dirigieron á las caballerizas del conde: dieron allí varias órdenes, al parecer de la mayor importancia: separáronse en seguida. El primer escudero buscó y habló misteriosamente á algunos escuderos de la casa de su señoría. El movimiento y el sigilo con que ciertos preparativos se hacian pronosticaban algun proyecto de la mayor importancia. Reuniéronse de nuevo el conde y su primer escudero, y en otra secreta conferencia aquel pareció dar á éste instrucciones de grave peso, despues de las cuales se dirigieron entrambos seguidos de los escuderos y armados que para su plan habian escogido, y desaparecieron en-

trándose por la cámara de don Enrique. Nada se trasluce en las crónicas del objeto de aquellas ignoradas conferencias. El lector sin embargo, si presta un poco de paciencia, podrá tal vez adivinarle por sus prontos resultados.



CAPITULO X.

Mate el conde á la condesa,
que nadie no lo sabria,
y eche fama que ella es muerta
de un cierto mal que teuia.

Rom. del conde Alarcos.

CUANDO Fernan Perez de Vadillo hubo dejado su presa al cuidado del montero, se apresuró á desvanecer las sospechas que en su alma comenzaban á nacer acerca de la dueña á quien podria haber sido la serenata dedicada. Era evidente que el trovador se hallaba debajo de las rejas de doña María de Albornoz: ¿rondaba empero á la condesa, ó á alguna de sus dueñas y doncellas? ¿era acaso Elvira el objeto de tan intempestiva música? La conducta irreprehensible de la condesa y de su esposa las ponian en cierto modo á cubierto de cualquier juicio temerario. Los maridos, sin embargo, que nos lean, no

estrañarán que el zeloso escudero fabricase en el aire mil castillos fantásticos hasta la completa aclaracion por lo menos de sus terribles dudas.

El taimado pagecillo entre tanto al oír saltar de su lecho á su hermosa prima, se habia levantado, y habia conseguido hacer que ella volviese en sí de su aturdimiento, golpeando á su cerrada puerta, y preguntándola si necesitaba algun auxilio, y cuál era la causa de aquel ¡ay! doloroso y del extraordinario ruido qua acababa de oír.

Repúsose Elvira lo mejor que pudo, y tranquilizando al page, mandóle que se retirase á su lecho, y aun le trató de visionario y de curioso impertinente. A lo de curioso nada tenia el pobre Jaime que responder, pero en cuanto á lo de visionario, él sabia muy bien que no habia soñado lo que realmente habia oido, y si obedeció por entonces, no fue sin reservarse el derecho de averiguar todo el caso en amaneciendo. Elvira, satisfecha con el silencio del page, tornó á escuchar, pero

no oyendo ruido alguno que pudiese ponerla en camino de dar con la verdad de lo sucedido, volvióse al lecho tambien; de suerte que á la venida inesperada del zeloso escudero pudo disimular convenientemente la reciente turbacion. Despues de las primeras preguntas que entre los dos pasaron acerca de aquella imprevista llegada, en valde trató Fernan Perez de sondear mañosamente el alma de su avisada esposa. Nada habia oido, nada sabia de cuanto á Vadillo traía inquieto. Hubo éste, pues, de conformarse y remitir á otra ocasion mas favorable la satisfaccion de sus deseos. Concilió el sueño de que tanta falta tenia, y cuando se despertó se vistió apresuradamente, y despediéndose de su amada esposa se dirigió á la cámara de don Enrique, como arriba dejamos indicado.

No deseaba Elvira otra cosa: cada vez mas inquieta acerca del obscuro sentido de las trovas de la noche pasada, presagiaba ya mil próximas desventuras: determinó dar aviso á la condesa, quien ha-

bia oído muy confusamente los sucesos referidos. Antes empero de dar este importante paso, llamó al page y le dijo como era inútil que guardase por mas tiempo el secreto de la venida del caballero de Calatrava, puesto que ella lo habia reconocido: añadióle que importaba mucho á la seguridad de su señora la condesa saber cuál habia sido el desventurado lance de la noche, y hablar al caballero, si habia quedado de él con vida y libertad, para que le aclarase sus misteriosos avisos: prometió el page indagar cuanto hubiese en el asunto, tanto por dar contento á su querida prima, como por el interes que en las cosas del caballero trovador se tomaba. Salió, pues, en busca de él, resuelto á no volver mientras no diese con él y no le indicase el deseo de la condesa, de agradecerle su fina amistad, é implorar al mismo tiempo su proteccion y amparo, si algo sabia que fuese en contra de ella ó de los suyos.

Mas tranquila despues de esta prime-

ra diligencia, acudió la triste Elvira á la cámara de su señora, á quien encontró levantada, pero no repuesta de las terribles escenas de la víspera. No contribuyó á aquietarla lo que Elvira le refirió, y entrambas á dos determinaron vivir con cautela, no dudando que las palabras del trovador tuviesen alguna relacion con los preyectos que el irritado conde habia dejado traslucir la noche antes, en medio de su colérico arrebató contra su inocente esposa.

Bien quisiera la condesa penetrar el arcano que las nocturnas trovas encerraban, y aun mas quisiera traslucir quién podia ser el caballero generoso que tan bien informado se hallaba de las asechanzas que contra ella se prevenian, y que tan singular interes por su seguridad tomaba. No eran pequeñas por otra parte la zozobra y la duda que á entrambas nuestras heroínas agitaban acerca de los resultados de la desgracia que al caballero le habia acarreado su generosidad.

Era para Elvira evidente que poco

despues de haber callado el desventurado cantor, le habia sobrevenido un trance de armas: la caída de un cuerpo habia resonado luego funestamente en sus oidos y en su corazon, y el silencio y la duda habian sucedido á la catástrofe. Era de presumir que el muerto ó herido fuese el músico; pero era imposible saber nada á punto fijo antes de la vuelta del page; corria entre tanto el tiempo, si bien no tan aprisa como al desgraciado que espera le suele comunmente convenir, y el page no daba noticias de su persona.

Si nuestros lectores han esperado alguna vez, podrán formar una idea aproximada de la penosa agonía de la de Albornoz y Elvira, porque idea exacta de ninguna manera la podrán concebir.

— ¿Has oido? preguntaba en medio del mayor silencio la condesa.

— ¡Es Jaime! respondia Elvira; mas no, no suena nada, añadia despues de un momento de inútil espectacion.

— Ahora... ahora sí, exclamaba de allí á un rato la condesa.

— Sí; ahora; pasos son, y pasos acelerados...

— De muchacho.

— Jaime, Jaime es... ahora sí... repetía Elvira atenta á la puerta, los ojos fijos en sus batientes hojas, y palpitándole el seno aceleradamente con el movimiento de las olas azotadas por la brisa; veíala abrirse ya, se medio-incorporaba en su asiento, entreabría los labios para hablar á Jaime... La puerta sin embargo cerrada, fija, inmóvil como una pared. Los pasos se alejaban, apenas se oían. Nada ya.

— Seria algun criado que pasaba.

Una vez, en fin, la puerta se movió al morir en ella el ruido de los pasos; todavía no se podia ver al que iba á entrar: parecia sacudirse por sí sola, y antes de que se abriese lo bastante para dar paso al page, que era sin duda el que iba á entrar, la condesa y Elvira unánimemente inspiradas de uno de estos raptos del primer momento, tan comunes é irreprimibles como inexplicables en las mugeres,

habian gritado: — ¡Jaime! entra, Jaime.

Abrióse por fin la puerta enteramente, y entró don Enrique de Villena. Hay una inclinacion natural en el que espera á creer que nadie puede venir sino el esperado; nada tienen, pues, de particular el asombro y la repentina frialdad de la condesa y su camarera al ver echado por tierra tan inesperadamente todo el aéreo castillo de sus fantásticas esperanzas. Miráronse una á otra en el primer momento de estupor; el lector hubiera adivinado en sus semblantes infinidad de ideas que bullian en sus imaginaciones, y que por la vista se cruzaban, se comunicaban, se hablaban, se refundian en un solo objeto de entrambas comprendido sin mas verbal esplicacion.

Examinó un momento don Enrique de Villena las cambiantes fisonomías de la señora y su camarera.

— Bien veo, dijo pausadamente despues de un momento, bien veo, doña María, que no esperais á vuestro esposo. ¿Pudiera yo merecer vuestra confianza

hasta el punto de saber cuál interes os liga al imprudente page que ha abandonado de una manera tan imprevista mi envidiado servicio? ¿callais? ¿me conservais rencor aun por la escena de anoche?

Dijo estas últimas palabras con tal acento de dulzura y de reconvencion, que no pudo menos la ilustre víctima de manifestar á las claras en su semblante su singular asombro. Tenia efectivamente el de Villena gran facilidad para revestir la máscara que á sus fines mejor convenia. Nadie hubiera reconocido en sus modales y palabras al tirano esposo de la víspera.

— ¿No quereis, señor, que estrañe tan singular mudanza en vuestras acciones? ¿debo creeros, ó prepararme para otra...

— Basta, doña María: ¿es posible que no acabeis de conocer los sentimientos de don Enrique de Villena? No negaré que pudierais estar justamente ofendida, pero vengo á reclamar mi perdon.

He pensado mejor mis verdaderos intereses, he reconocido mi error: vuestras virtudes me han hecho abrir los ojos: si sois la misma que habeis sido siempre, Elvira puede ser testigo de nuestra reconciliacion.

— ¡Don Enrique! exclamó alborozada la de Albornoz. Miró sin embargo á Elvira como para preguntarla con los ojos si podria creer en la sinceridad de las palabras del conde: Elvira bajó los suyos, y dejó sin respuesta la muda interrogacion de su señora.

— Desechad las dudas, doña María. Vengo á daros una prueba positiva de mi afecto. Espero que esta noche os presentareis brillante de galas y preséas en la corte de Enrique III. Quisiera que vencieseis en esplendor á todas vuestras émulas, y que la corte toda, á quien hemos dado hartó motivo de murmuracion con nuestras anteriores contiendas, presenciase los efectos de nuestra nueva alianza. ¿Dudais aun?

— Esta duda, señor, repuso la de Al-

bornoz , puede seros garante del deseo que en mi alma abrigaba de veros por fin esposo algun dia. ¡ Ah ! si vuestro amor , si esta reconciliacion fuesen una nueva arteria , si fuesen un lazo...

— ¡ María !

— Perdonadme : vos habeis dado lugar á mi desconfianza ; si esta paz aparente fuese solo la calma precursora de nuevas borrascas , seriais bien cruel y bien pérfido caballero ! ¿ qué gloria podria prestarle al leon el jugar con la inocente y crédula oveja ? Ved mi alma : yo os perdono , don Enrique ; perdonémonos entrambos. Oid empero. Si solo intentais divertirnos á costa de mi loca credulidad , Dios confunda al malsin , abandone la Vírgen Madre al engañador de las damas , y el buen Santiago al mal caballero. Apodérese el angel malo del alma del traidor , y no le sean bastante castigo las penas todas de los condenados al fuego eterno. Hé aqui mi mano y mi amor , don Enrique.

Las últimas palabras enérgicas que la

de Albornoz habia pronunciado con toda la entereza de la virtud y el entusiasmo de la inspiracion , habian hecho bajar los ojos al imperturbable don Enrique: un estremecimiento involuntario le habia cogido desprevenido, y estrechó la mano de la de Albornoz diciendo balbuciente y confuso :

— Ved aqui la mia: el cielo sabe la verdad de mis palabras.

Abrazáronse los consortes en presencia de la asombrada Elvira , quien , acostumbrada á la táctica de don Enrique, no hacia sino examinar su semblante como buscando en sus facciones y en el mas insignificante de sus gestos pruebas contra sus palabras. La de Albornoz , deslumbrada por su mismo deseo y su amor al conde , se entregaba mas facilmente á la esperanza de ver por fin su suerte mejorada. ¿No era por otra parte muy posible que sus virtudes hubiesen hecho realmente en don Enrique el efecto que este acababa de suponer? Nada hay mas fácil que hacernos creer lo que con vehe-

mencia deseamos. La de Albornoz tragó, pues, el cebo y el anzuelo.

Repuesto don Enrique de su primera turbacion, no perdonó medio alguno de inspirar confianza á su esposa: las palabras mas tiernas fueron por él prodigadas, y las mas vivas protestas de amor y fidelidad. Un amante no hubiera dicho mas que el hipócrita marido.

Poco tiempo podia hacer que esta escena duraba en la cámara de doña María de Albornoz, cuando la puerta misma que el dia antes habia proporcionado á don Enrique retirada se abrió con admiracion de los circunstantes, y se aparecieron seis figuras fantásticas, que un hombre del vulgo hubiera llamado entonces seis endriagos. Venian armados al parecer de pies á cabeza, pero unas especies de sayos que sobre la armadura traían, y cuya capucha cubria su cabeza y rostro, á manera de los que usaban los almogavares, no permitian ver quiénes ni qué especie de hombres fuesen.

Suspensas quedaron á tan estraña apa-

ricion doña María y su camarera; mirábanse alternativamente, y miraban luego con atención exploradora á don Enrique, deseosas de reconocer en su fisonomía si se presentaban los intrusos allí por su orden, ó si tendrían ellas motivo para temer algún nuevo peligro.

— ¡Vive Dios! exclamó don Enrique levantándose: ¿quién es el osado que os envía? ¿quién se atreve á interrumpir de un modo tan incivil las conversaciones del conde de Cangas y Tineo? salid fuera y...

No le dieron tiempo á proseguir los encubiertos: el que parecía ser jefe de ellos desenvainó una espada, á cuya señal se acercaron los demas con sendos puñales á las aterradas damas, todo sin proferir una palabra.

-- ¡Don Enrique, exclamó la de Albornoz arrojándose á sus pies y estrechando sus rodillas, al paso que éste con el acero, fuera ya de la vaina, parecía protegerla de todo extraño acometimiento.

— Traicion, señora, gritó Elvira,

traicion: ¡nos han vendido! y quiso arrojarse hácia la puerta para demandar socorro. No se lo consintieron dos de las fantasmas, que arrojándose á su paso la sujetaron fuertemente y pusieron término á sus alaridos, cubriendo su boca con su fino cendal, y procediendo en seguida á sujetarla á una de las columnas de la cámara. Don Enrique entre tanto gritaba y maldecía.

— ¡Por Santiago! he olvidado mi silbato de plata en mi cámara, y ningun criado me oirá aunque los llame. Pero venid, añadia al gefe de los invasores; llegad y arrancadme la vida antes que el honor.

En vano trató la de Albornoz de separar á su esposo del trance que le esperaba. Don Enrique la rechazó y cruzó su espada con la del desconocido, en tanto que los compañeros de éste, apoderándose de la casi desmayada doña María, vendaban su boca con su propio pañuelo, en cuyas puntas se veían ricamente recamadas en oro las armas reunidas de

su casa y la de Aragon: cubriéronla toda con un largo manto negro, que de pies á cabeza la ocultaba, y comenzaron á sacarla fuera de la cámara por la puerta secreta, sin que pudiese oponerles resistencia alguna la conternada y ya enteramente enagenada víctima.

Combatia entre tanto don Enrique con el desconocido, el cual, visto lo hecho por sus compañeros, se replegaba defendiéndose con destreza. Miraba Elvira con atencion el semblante de don Enrique, por ver si descubria en él alguna señal que manifestase estar mancomunado con los traidores. Ofendia y se defendia éste, empero, con bizarría; voceaba llamando á sus criados y persiguiendo siempre al fuerte caballero que protegía la retirada de los suyos con su presa, mas sin poder herirle: al llegar á la puerta secreta el desconocido hizo un último ésfuerzo para desembarazarse de su molesto perseguidor, y tirándole un furibundo mandoble desarmó al conde. Bien trató el al parecer

irritado Villena de recoger su acero en cuanto vió que el encubierto no se habia aprovechado de su ventaja para rematarle, pero la accion de don Enrique dió tiempo al fugitivo; lanzóse á la escalera cerrando tras sí la puerta con el oculto cerrojo, de modo que cuando el conde, apoderado ya de su arma, volvió á la carga, no halló mas que una pared tersa é insuperable delante de sí, procurando en vano tocar el resorte que la solia abrir.

Volvióse atras entonces el conde, y no parando mientes en Elvira, que atada y amordazada permanecia, salió por la puerta principal de la cámara, llamando socorro y armas contra los robadores, como los llamaba, y malandrines que acababan de arrebatár á su cara esposa de entre sus mismos brazos, allanando su propia habitacion por arte sin duda de Luzbel, y con auxilio de todas las potestades del abismo, contra su robusto y valeroso brazo.

— A la mina, mis escuderos, al campo, gritaba, al campo del moro, al Mau-

zanares : allí los alcanzaremos : la escalera secreta no tiene otra salida.

No tardó mucho en esparcirse por el alcázar la noticia del extraordinario robo y desacato cometido en la persona de la condesa de Cangas y Tinco : caballeros y escuderos acudían todos á la voz del conde, y en menos de media hora estuvo este en disposición de traspasar el rastrillo en busca de los robadores ; quien enlazaba este acontecimiento con la música oída la noche antes bajo la ventana de la condesa , quien suponía que el hecho era imposible , en vista de que solo don Enrique poseía las llaves de los candados que cerraban aquella salida al campo. Todos conjeturaban , todos hablaban , nadie veía clara la verdad.

No era sin embargo menos cierto que los robadores habían hallado el secreto de introducirse en la cámara de la de Albornoz por la puerta que la unía con al del conde , y que tenía salida á la escalera , y de allí á la larga mina no conocida de todos. Nada mas frecuente en los

alcázares antiguos y de construcción morisca sobre todo que estas minas secretas: hacíanse prudentemente con la mayor reserva y secreto, y solían parar á una ó dos leguas á veces del alcázar á que pertenecían. Varias puertas y trampas de hierro, bien cerradas y puestas á trechos, impedían la entrada en ellas á los enemigos, aun en el caso de ser su boca descubierta, cosa de suyo poco menos que imposible; y podían ser de mucha utilidad á los poseedores del alcázar, tanto para hacer una salida imprevista como para introducir víveres, como también para salvarse por ellas en una noche la guarnición del castillo, en el caso de verse reducida al último extremo por un ejército aguerrido y numeroso. Por una de estas minas, pues, escaparon los encubiertos; de suerte que ya se hallaban muy lejos de Madrid cuando pudieron llegar sué perseguidores á la boca de la mina, habiéndoles sido preciso reunirse, armarse, salir del alcázar, y dar un gran rodeo para su objeto, pues perseguirlos por la misma mina era

caso imposible, puesto que habiendo sustraído y llevado las llaves de las diversas puertas los encubiertos, era claro que habrían ido cerrándolas todas sucesivamente tras sí, como con la primera de la cámara habia hecho el gefe de ellos, con el prudente objeto de asegurarse las espaldas.

Dejemos á don Enrique á la cabeza de los oficiales de su casa corriendo el campo del moro en busca de su robada Elena, y pidamos al lector un ligero descanso, que despues de la pasada refriega y aventura extraordinaria referida habemos en gran manera menester.



CAPITULO XI.

Cuando el conde a questo vido

.....
 fuérase para el palacio
 donde el rey solia estar,
 saludó á todos los grandes,
 la mano al rey fue á besar.

Rom. del conde Grimaltos, Silva de varios rom.

LA pequeña corte de la antecámara de don Enrique, que dejamos en anteriores capítulos descrita, era un imperfecto y pálido remedo de la del *muy alto y poderoso rey don Enrique III.*

Veíanse lucir en en esta á mas de los que tenian los primeros oficios de la real casa de su alteza las principales dignidades de Castilla. Hallábanse en derredor del trono á derecha é izquierda, y por el orden de su dignidad y favor, el buen condestable don Rui Lopez Dávalos, el almirante don Alfonso Enriquez, don Fadrique, duque de Benavente, don Gaston,

conde de Medinaceli, el conde don Juan Alfonso de Niebla, los maestros de Santiago y Alcántara, el mariscal don Garci Gonzalez de Herrera, don Juan de Velasco, camarero mayor, Diego Lopez de Stúñiga, justicia mayor, Pero Lopez de Ayala, chanciller mayor y del sello de la puridad, el adelantado Pedro Manrique, donceles y caballeros principales, en fin, que á la corte asistian. En el momento de nuestra narracion llegaba su alteza á ocupar su regia silla: acompañábanle al lado don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, don Juan Hurtado de Mendoza, su mayordomo mayor, y sosteníanle del brazo fray Juan Enriquez, su confesor, y don Mosen Abenzarsal, su físico. Don Enrique III, en medio de su juventud, tenia el natural aspecto enfermizo que á su rostro prestaban sus habituales dolencias. Semblante pálido y prolongado por la enfermedad, noble con todo, grave y lleno de magestad: sus ojos eran hermosos: mezclábase en ellos cierta languidez y tristeza con la penetracion y la seve-

ridad: su andar era lento y su voz flaca.

Hasta el momento de la entrada de su alteza habíase tratado con raro interés entre los palaciegos del robo singular de doña María de Albornoz, y ninguno en consecuencia estrañaba la ausencia de don Enrique de Villena y de los caballeros de su casa. Succedió el mayor silencio á la entrada de su alteza, y éste recorrió con la vista apresuradamente el círculo de sus cortesanos, saludando á uno y otro lado con su natural sequedad.

— ¿Y nuestro fiel pariente y vasallo don Enrique de Villena? preguntó su alteza: condestable, ¿creo que me habeis dicho que ha vuelto de la montería del Real de Manzanares?

— Señor, dijo el buen Lopez Dávalos inclinando su cabeza cana y despojada por el tiempo, cierto es lo que aseguré á tu alteza: don Enrique volvió ayer del Pardo.

— ¡Por San Francisco! que no sabe sus intereses mi primo cuando olvida presentarse á su rey...

— ¡Es una omision imperdonable!... pero, señor, hay causas á veces que...

— ¿Causas? quiero saberlas.

— Seis enmascarados han robado á su esposa.

— ¿Robado? ¿dónde?

— En su cámara misma.

— ¿En mi palacio? no puede ser, condestable. Tal desacato costaria la cabeza... esplicaos.

— Nada hay mas cierto, señor.

Aqui el condestable, amigo del conde de Cangas y Tineo, refirió al rey cuanto en el alcázar corria acerca de tan extraño acontecimiento.

— Diego Lopez de Stúñiga, dijo el rey levantándose cuando hubo oido la relacion del caso. El rey Enrique no desmentirá jamas la fama que tiene granjeada de justiciero. Como justicia mayor de mis reinos os cometo la averiguacion del suceso. Compadezco á nuestro fiel pariente y vasallo, y quiero vengar la felonía cometida en la persona de mi muy amada doña Maria de Albornoz. Antes de

tres meses me habreis descubierto quién sea el reo, y habrá pagado con su cabeza su atrevimiento. Juro por las llagas de San Francisco que no le podré dar seguro aunque me le pida.

Inclinó respetuosamente la cabeza Diego Lopez de Stúñiga, y volvió á ocupar su lugar.

— Vos, Pero Lopez de Ayala, tendreis entendido que quiero que se estienda hoy mismo la cédula que os dije: es mi real voluntad que no paguen mis reinos mas monedas, á pesar de no haberse acabado aún la guerra con Granada. ¿Qué os parece, almirante?

— Paréceme, señor, que pudieran recrecerse graves daños de la supresion del tributo de las monedas, repuso el almirante: si bien con eso contentais á los pecheros y hombres de afan, tambien si los moros vuelven á hacer entrada...

— No me lo digais, repuso el rey; estad cierto de que tengo yo mayor miedo de las maldiciones de las viejas de mis reinos que de cuantos moros hay de

esta parte y de la otra parte del mar.

Calló el almirante, y alto murmullo de aprobacion acogió el paternal dicho de Enrique el Doliente.

Otra media hora pasaria en que el rey de Castilla despachó en medio de su corte algunos negocios del gobierno de sus reinos; ya iba á dar la vuelta á la cámara, cuando se sintió ruido como de muchas personas armadas que se acercan; volviendo todos las cabezas hácia el sitio por donde el rumor sonaba, un faraute de su alteza llegando hasta el medio de la sala hizo una reverencia, otra á poca distancia, y hecha la tercera á los pies casi del trono,

— Poderoso rey, dijo en alta voz, y justo don Enrique, tu pariente y leal vasallo don Enrique de Aragon, conde de Cangas y Tineo, rico-hombre de estos reinos, y señor de Alcocer, Salmeron y Valdeolivas, viene á pedir á tus plantas justicia y reparacion.

— Decid que entre á mi pariente y leal vasallo.

Retiróse el faraute con las mismas cortesías sin volver jamas las espaldas, y llegado á la puerta, *entrad*, dijo con voz descomunal.

Dos farautes de don Enrique precedian. Don Enrique de Villena detras con rostro á la par airado y pesaroso. Seguia á su lado su primer escudero, y detras un caballero de su casa con el estandarte de sus armas, en que lucian sobremanera las barras paralelas de Aragon. El estandarte, pendiente de una asta á la manera de los que aun se usan en algunas procesiones, era ricamente recamado de oro y plata sobre campo azul. Venian despues armados como su señor los caballeros y escuderos vasallos del poderoso don Enrique.

Pedido y dado el permiso de hablar por su alteza, tres veces reclamaron los farautes de don Enrique la atencion y silencio de los demas señores y asistentes.

-- Oid, oid, oid el desacato y felonía cometido en la persona de la muy noble é ilustre señora doña María de Albor-

noz, esposa del muy noble é ilustre señor don Enrique de Aragon, y de que en nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la Bienaventurada Vírgen gloriosa, viene á pedir justicia y reparacion.

Respondido *hablad* tres veces tambien por el faraute de su alteza, comenzó don Enrique, hincando en tierra una rodilla, á hacer relacion de como le habia sido en su misma cámara robada su muy amada esposa, y de como habia salido en persecucion de los robadores, entre los cuales contábanse criados de su casa, cuya falta habia notado al mismo tiempo.

— Alzad, le dijo el Doliente rey, conde de Cangas y Tineo, y decid cuál sea el fruto de vuestra espedicion.

— No me levantaré, señor escelso, mientras no acabe el cuento de mi cuita, y no esté seguro de que tu alteza me otorga lo que á pedirte vengo. Inútilmente he recorrido el campo en busca de los robadores; á haberlos encontrado, señor, no

hubiera menester pedirte justicia , porque mi espada me la supiera dar muy suficiente. ¡ Pero oh dolor ! Gran rey , he hallado en vez de la esposa ó de la venganza que buscara , esos sangrientos despojos que solo una funesta catástrofe me pueden anunciar.

Adelantáronse al llegar á decir esto de entre el grupo de los caballeros dos escuderos , que tendieron á la vista del rey el manto y el velo de doña María de Albornoz todos ensangrentados.

— ¡ Cielo santo ! exclamó horrorizado el piadoso rey : un movimiento de horror circuló por la corte , y todos apartaban la vista de los sangrientos restos.

— Hé aqui , señor , exclamó sollozando el desdichado esposo ; ¡ y ojalá no hubiera encontrado mas pruebas de mi desgracia !

— ¡ Qué decis ? hablad , exclamó Enrique III.

— Un pastor , gran rey , que es el que ves y puede darte de ello testimonio , me ha asegurado que unas horas antes de

encontrar con estas ropas, habia visto pasar á unos armados con un cadáver de una muger, á su parecer hermosa y jóven; mi esposa, señor. Receláronse de él, y quisieron echarle mano para impedir que su mal hecho se supiese; mas el conocimiento que tiene del pais, las quebradas de las peñas y sus buenos pies le salvaron por desdicha mia, para mi amargo desengaño.

— Pastor, llegad, dijo don Enrique: ¿vos habeis visto eso?

— Verdad dice su grandeza, repuso el pastor con visible turbacion, que achacaron todos al asombro de hallarse en tal parage. Llevábanla sin duda á enterrar en los sitios ocultos en donde los ví.

— Justicia, pues, señor, justicia. Otorgadme que me dé á buscar al alevoso, y que donde quiera que le encuentre pueda sin duelo ni formalidad alguna castigar al que como villano se portó.

— Yo os juro, don Enrique, justicia y reparacion. Alzad: ¿teneis vos indicios de quién pueda ser el robador?

— Ninguno, respondió Villena levántandose.

— ¿Sospechais, por ventura, si una venganza ó si una pasión...

— ¡Ay de quien osare ofender la memoria de mi esposa...

— Nadie en mi presencia la ofenderá, conde de Cangas y Tineo. Imposible me fuera concederos que os entregueis á buscar al delincuente; necesito vuestra asistencia en mi corte. Pero los oficiales de mi justicia apurarán la verdad, y le hallarán donde quiera que se esconda. Os otorgo, sin embargo, en nombre de Dios Trino y Uno, á quien en la tierra representan los reyes ejercitando su justicia, que mateis al villano, si lo hallais, donde quiera que lo halleis, armado ó desnudo, solo ó acompañado, por vuestra mano ó por la de villanos vasallos vuestros. Otorogo otro sí, que quede privado de cualquier gracia que pudiere yo hacerle ó le hubiere hecho sin conocerle; mando á quien le encuentre, caballero, escudero, noble ó pechero, y le requiero que le cas-

tigue como su villanía merece, y al que le mate hágole de su muerte salvo y perdonado. Alzad ahora, don Enrique.

— No esperaba yo menos, gran rey, de tu recta justicia.

Adelantándose entonces don Enrique el espacio que del trono le separaba, llegó con rostro apenado, y doblando de nuevo la rodilla ante el rey Doliente, quitóse el yelmo, besóle la mano, y dióle repetidas gracias por el favor singular que acababa de otorgarle. Retiróse en seguida á desarmar con sus caballeros por el mismo orden que habian venido.

Quedaron los cortesanos estupefactos de cuanto acababan de oír. ¿Qué motivo racional se podia efectivamente dar á la extraordinaria muerte de doña María? Todos discurrían y se hablaban al oído; pero ninguno conjeturaba la verdad, si bien muchos dudaban del relato y de la manera y forma de la muerte por don Enrique referida. Pero donde el rey habia creído públicamente, no era lícito, ni aun á los mayores enemigos de don En-

rique, dudar del caso sino en secreto. Todos por lo tanto callaron, y el físico de su alteza, que vió que la animada audiencia de la mañana, y lo mucho que su alteza habia hablado, habia alterado visiblemente su color, le advirtió respetuosamente, que le convenia tomar algun descanso. Oido esto por el rey bajó del regio sillón, y despidiendo á sus cortesanos, entróse en su cámara con aquellos mismos que le habian acompañado á su salida, menos don Pedro Tenorio el arzobispo de Toledo, que quedó en la sala de audiencia con los mas grandes, dando y tomando en la singular aventura del que entonces mas que nunca comenzó á parecer verdadero hechicero á los ojos de los suspicaces cortesanos de don Enrique el Dolierte.



CAPITULO XII.

Por dar al dicho don Quadros
 dado ha al emperador.

.....

-- ¿Por qué me tiráste, infante?
 ¿porqué me tiras, traidor?

-- Perdóneme tu alteza,
 que no tiraba á tí, no.

Hom. ant. del infante vengador.

No bien hubo llegado don Enrique á su cámara despachó á sus caballeros, y solo quedó á su lado su predilecto escudero: depuesta allí la falsa máscara de la pena, cuando hubo quedado solo el intrigante con Fernan Perez de Vadillo trabó con él una breve conversacion.

— Fernan, nada tenemos que temer.

— Siempre tiene que temer quien no obra bien, señor.

— ¡Fernan!

— Perdonadme, pero no apruebo lo hecho. Y ahora que he obedecido tus ór-

denes sin murmurar, tengo algun derecho á descargar mi conciencia.

— Vadillo, díjole al oido el conde, de nada tiene que acusarme la mia.

— ¿De nada?

— Bien: convengo en que el medio ha sido violento; pero era preciso ser maestro de Calatrava.

— Callo, señor: obedezco; pero no lo apruebo. Permíteme que te lo diga por última vez.

— En buen hora: vuestro silencio y vuestra obediencia es lo que necesito. Y vamos á lo que mas importa. Tiéneme inquieto el camino que habrán tomado los armados.

— En cuanto á los que llevaron á la condesa, yo te respondo de su silencio y de su fidelidad.

— Bien; ¿y Ferrus?

— ¿Tanto sentis la pérdida del juglar?

-- ¡Si la siento, Hernan! aquel nunca desaprueba nada: su conciencia es la del estúpido: nada le dice nunca: yo soy harto débil y harto bueno todavia

para no necesitar tener á mi lado en mis fines un hombre honrado como vos. Quiero un instrumento, no un amigo. ¿Y el trovador prisionero?

— Podemos verle.

— ¡Podemos!!! es indispensable. ¿No os dije yo que era él? Ved si ha estado detras del sillón del trono, como acostumbra hallándose en la corte. El golpe nuestro será tanto mas seguro cuanto que nadie tiene noticia de su llegada. Habrá desaparecido del mundo, y quién sabe si alguien notará la coincidencia de su desaparicion y la de la condesa.

— Eso, señor, pudiera no convenirte.

— Conviéneme mucho ser maestre de Calatrava. Partamos. Guíame adonde esté.

Inquietos iban los dos acerca de la entrevista que con el nocturno músico los esperaba. Al odio que contra él por la denegacion referida abrigaba don Enrique, agregábase cierto recelo de que hubiese en su conducta algo mas que ley de caballería, y pura generosidad hácia la con-

desa : y aunque no amaba á su esposa , como bien á las claras lo acababa de probar , irritábale sin embargo la idea de que un simple caballero hubiese puesto los ojos en cosa suya y en tan alta persona. Con respecto á Vadillo no dejaba de tener alguna inquietud , pues no estaba muy claro para él si daba serenata á la condesa , ó si acaso su esposa... imposible y horrorosa le parecia tan descabellada sospecha de la virtud de Elvira... pero la duda se habia hecho lugar en su corazon , y es huésped por cierto que , una vez alojado , no se arroja del pecho á voluntad.

A entrambos parecia cosa indisputable que el músico era Macías , y nosotros , que desde la noche anterior nada sabemos de su existencia , no podemos menos de abundar en la opinion de los que tal pensaban.

Llegaron por fin á una puerta pequeña que en el extremo de una larguísima galería se encontraba.

— Alvar , dijo llamando Vadillo , y se abrió la puerta inmediatamente. Al-

var era el montero á quien en la noche anterior habia confiado el escudero la importante presa. Entraron en una pequeña habitacion, cerrándose tras ellos la puerta.

— ¿Y el preso? preguntó Vadillo.

— Descansa en la pieza inmediata; debia no haber dormido en un mes, segun ronca tranquilamente.

— ¿Ronca? ¿No está, pues, herido de peligro?

-- Mas daño debió de hacerle el miedo que vuestro venablo, señor escudero. Tiene algo arañada la cara de la caida, y un brazo vendado; pero el maestro que lo ha reconocido esta mañana asegura que podrá salir despues del medio dia.

-- Despertad, pues, á ese caballero, interrumpió impaciente don Enrique.

— Despertad á ese caballero, repitió entre dientes Alvar.

— ¿Qué respondeis en voz baja? Despachad, dijo Fernan. ¿Háse quejado de la violencia que con él se ha usado?

— Ayer noche todo era pedir que se

le condujese á presencia de su amo el ilustre conde...

— ¿Su amo? dijo el conde: el trovador ha perdido la cabeza.

— Voy á advertirle que vuestras señorías...

— Presto, Alvar, presto.

Entróse Alvar en la inmediata pieza, mientras que don Enrique y Hernan se preparaban á la estraña entrevista que iban á tener. No tardó mucho en volver á salir Alvar, asegurando que habia despertado al enfermo, quien sintiéndose completamente reparado de fuerzas con el pasado sueño, metia sus vestidos para salir á recibir á sus ilustres huéspedes.

— ¿Es segura esa puerta, Alvar? preguntó el conde.

— Las fuerzas de diez hombres reunidos no bastáran, señor, á violentarla, respondió Alvar. Ademas, dos monteros le guardan conmigo y está indefenso: de aqui no saldrá sino para donde vuestras señorías determinen. Pero aqui está.

Salia en efecto el asombrado prisionero:

nero, el cual, no bien hubo visto al conde, cuando arrojándose hácia él, como quien ve á su libertador, se echó á sus pies, y con lágrimas de gozo y de temor, “Señor, exclamó besándose los, ¿en qué ha podido ofenderte para merecer tan dura prision tu fiel Ferrus?”

Dos estátuas de mármol parecieron á tan inesperada vista el conde y su escudero. No seria mayor el asombro y la indignacion del rústico pastor que se viese torpemente cogido en el propio lazo que hubiera preparado para el raposo.

— ¿Tú, Ferrus? exclamó despues de la primera sorpresa el furioso conde. ¿Tú, Ferrus? — Hernan, nos han vendido. Venid acá, don Villano, añadió derribando por tierra de un empellon al desesperado juglar, venid acá vos, Alvar, ¿es este el preso que se os ha confiado? ¿Qué hicísteis, don Vellaco, del doncel de su alteza? Asíale de la garganta, y ahogárale sin remedio sino se le pusiera por medio Hernan, que mas sereno comenzaba á vislumbrar la verdad del caso.

-- ¿Qué doncel, señor? gritó cuanto pudo Alvar. Lleve mi alma el diablo si tuve yo jamas en mi poder mas preso que el que el señor escudero me entregó, y si no es ese el mismo de que me encargué.

— ¿Qué es esto, Hernan? dijo don Enrique soltando la presa.

— ¿Qué ha de ser, señor! que sin duda debió de ser Ferrus el músico que yo cogí.

— Negra fortuna mia, gritó don Enrique. ¿Qué músico habiais de coger, ni qué... ¿Por Santiago! venid acá, Ferrus; ¿qué hicísteis vos de cuanto os encargué? ¿quién era el músico, juglar? acabad ó...

— Serénate, señor, respondió temblando el aterrado Ferrus. Yo obedecí tus órdenes ciegamente: yo rodeaba el muro y me acercaba ya al que tañía, cuando él, echando de ver mi bulto, calló, y hundióse precipitadamente en la tierra; el diablo debia de ser sin duda, que tomó la forma de músico para perderme en tu estimacion...

-- ¿El diablo? malandrin... no pudo

menos de sonreirse don Enrique al oír la simpleza de su juglar. ¿El diablo?

— Señor, lo jurára: lo cierto es que yo no le volví á ver mas: y cuando, todo ojos y orejas, me acercaba al sitio donde le habia visto, y buscaba el boqueron que habria dejado al hundirse, sin saber por dónde encontréme con un caballo encima y un caballero... Bien sabe Dios que en aquel trance me santigüé...

— Adelante: miserable, acaba.

— Por acabado, señor: desde aquel punto ni ví ni oí: cuando recobré el uso de mi razon halléme en ese camaranchon donde me curaban las heridas que el mal enemigo me habia hecho.

— Calle el necio, interrumpió, no pudiendo sufrir mas, don Enrique. ¡Vive Dios, que nada comprendo, Hernan!

— Yo infiero, señor, dijo Hernan, que el músico debió ser si no diablo, muy ligero por lo menos, y yo debí tomar á Ferrus por el que tañía.

— Eso debió ser sin duda. Pero voto á Santiago que todos los deseos que

de encontrar á Ferrus tenia no me pagan del pesado chasco. Alza, Ferrus, y vente con nosotros. ¡Necio de mí, que fui á escoger para tan delicada empresa al mándria mayor que vió la tierra! ¿Enviéte yo para que cogieras al músico, ó para que te dejaras coger por el primero que llegase?

— Perdóname, señor, contestó algo repuesto Ferrus; dijérasme lo que habia de hacer contra el diablo en viéndole...

-- ¿Vuelves á mentar al diablo, men- guado? ¿Dónde está el diablo, mal ser- vidor? Enséñamele, desalmado.

-- ¡Jesus! Líbreme Dios. ¡Jesus! es- clamó Ferrus santiguándose á mas y mejor.

-- Vamos de aqui, Hernan. Juro no abrir libro ni hacer trova, y júrolo por el apostol Santiago, hasta no tener en mi poder al insolente doncel que de tal ma- nera ha burlado mi esperanza. Ahora es- tá libre, vive Dios, y puede hacernos mucho mal. Alvar, tu fidelidad será re- compensada.

Inclinóse Alvar , y nuestros tres predilectos personajes salieron silenciosamente á la galería ; regocijado Ferrus de verse libre , en poder de su señor legítimo , y disipado ya el nublado que sobre su cabeza tronaba desde la noche anterior ; disimulando Hernan la risa que en el cuerpo le retozaba al recordar á sangre fria el chasco inesperado ; y mohino por demas el desairado conde , á cuya imaginacion se agolpaba entre otros peligrosos recuerdos el del secreto que habia imprudentemente confiado al perseguido doncel , y dándole no poco cuidado la reflexion de no haberle visto en la corte , siendo asi que ya no era la causa que él habia pensado la que podia habérselo impedido.



CAPITULO XIII.

¿Qué es aquesto, mi señora?
¿quién es el que os hizo mal?

Cancion. de Rom.

LARGO tiempo hacia que Elvira, atada á la columna y sin poder pedir á nadie auxilio á causa del pañuelo que la tapaba la boca, esperaba con insufrible impaciencia á que la casualidad ó el transcurso del dia le deparase un libertador que de tan crítica situacion la sacase. Por fin llegó el momento deseado, y el page que tanto habia tardado en la averiguacion de lo que se encomendara á su cuidado, abrió las puertas de la cámara que de prision servia á la afligida hermosa. Miró en derredor y á nadie veía, hasta que fijando los ojos en la columna, ofrecióse á su vista el espectáculo de su apriionada prima. Asustóse primero y exclamó: -- ¡ Santo Dios ! ¿ qué ha ocurrido aqui?...

-- Mal podia responderle Elvira sino con los ojos; pero cuando vió el pagecillo que no parecia nadie, ni habia asomos de peligro alguno, soltó la carcajada, impertinente á la verdad en aquel momento, y comenzó á dar brincos.

— ¿Quién os ha puesto asi, mi señora Elvira? ¿os ató el señor escudero por...

Dióle lástima al llegar aqui el ver que su prima no parecia gustar de la prolongacion de tan pesada chanza: llegóse entonces el atolondrado á Elvira, y desató sus crueles ligaduras.

-- ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Elvira en viéndose libre, alguna gran desgracia está sucediendo á mi señora la condesa. Corramos...

-- ¿Adónde vais tan deprisa? repuso el page deteniéndola; ¿y quién me paga mi recado? ¿quién escucha las nuevas que traigo? ¿quién sobre todo me cuenta lo que os ha sucedido, y la razon de haberos encontrado asi mano á mano con esa columna negra?

-- ¿Traes nuevas? preguntó Elvira olvidando todo lo demás. ¿Traes nuevas?

-- Y buenas, contestó el page. El caballero de las armas negras era el que tañía...

-- Lo sé... y...

-- Pero sabed que le esperé inútilmente dos largas horas, mas largas que las del arenero...

-- ¿Inútilmente?

-- Sí, pero por fin llegó.

-- ¿Llegó? ¿Con que no era él el...
¡Yo os bendigo, Dios mio!... Sigue.

-- ¡Si le vierais qué agitado! descompuesto el cabello, espantados los ojos, entró en su cámara y no me vió: -- Negra suerte, exclamó, y despedazó con sus manos el laud que traía cruzado sobre la espalda. ¿No me servireis, dijo rompiendo las cuerdas, sino de gemir eternamente? vióme en seguida: ¿qué haces aquí? me dijo con voz terrible; pero al reconocermé templóse toda su ira. Page, me dijo entonces con voz mesurada, ¿tornas aun con nuevas demandas del hechicero?

-- ¡Ah! si supierais quién me envía,

dije entonces , si supierais que una hermosa dama...

-- Silencio , exclamó , no pronuncies su nombre... ¿ Es posible? -- Díjele entonces la comision que me dísteis en nombre de la señora condesa : largo rato suspiró y miró al cielo sin hablar. -- Page, me dijo en fin , no nos veremos mas. He creido que mi brazo podia ser útil á una inocente ; pero si es fuerte contra los hombres , es impotente contra los recursos de una ciencia misteriosa y... maldecida. El infierno me envia enemigos en medio de la soledad , y la Madre de Dios me abandona. Un acontecimiento extraordinario ha interrumpido mis avisos. He rondado la noche toda para volver á entrar en el alcázar ; las órdenes mas rigurosas , dadas no sé por quién despues de mi salida , me han impedido verificarlo. He debido esperar á que entrase el dia para que no fuese mi entrada sospechosa. Pero mañana el alba me encontrará lejos , bien lejos de Madrid. Si alguna muger necesita mi amparo en cualquier ocasion , mal pudiera

negársele un doncel de don Enrique. Dígame qué puedo hacer : por mí lo ignoro. A Dios. — Apretóme la mano de una manera , prima, que yo creí que le atormentaban otros recuerdos que los de nuestra amistad. Envolvióse entonces en su pardo gaban , y cubriéndose con él la cabeza , oíle sollozar y salí. Hé aqui, prima, las nuevas.

— Tristes, bien tristes , dijo pensativa Elvira. ¿ Y de la condesa supiste...

— ¿ La condesa ? ¿ Es su confidenta la que me pregunta...

— Sí : ¿ nada sabes ?

— Pero, querida prima, ¿ qué teneis? vuestra palidez, vuestra agitacion me asustan...

— ¡ Ah Jaime ! la condesa es víctima en este momento de la mas espantosa villanía... volemós á su socorro : no sé adónde me dirija ; la menor imprudencia mia puede comprometer su suerte y el éxito mismo de mis diligencias. Si supiera... pero la mas completa oscuridad reina en todas mis conjeturas.

Meditó un momento Elvira el partido que tomaria mientras que hacia nudos á uno de los cordones, que de su cintura pendia, el distraido page. De pronto pareció que habia iluminado su entendimiento un rayo de luz.

-- No hay mas recurso, dijo: para los casos extremos son los remedios violentos Jaime... deja ese cordon, déjale te digo... vamos á buscar á mi esposo: averigüemos primero qué voces corren de lo ocurrido, y qué se cree en el alcázar... despues, si eres prudente, si has de ser callado, pero callado como la muerte, tú, que sabes el camino, me guiarás adonde pienso ir.

— Puede que algun dia pruebe Jaime á su hermosa prima que no es tan atolondrado como le llaman.

Elvira apretó la mano del inteligente pagecillo con espresion de gratitud, y ambos salieron de la cámara que acababa de ser teatro de tan extraordinarias escenas.

Buscó Elvira á su esposo sin mas demora, por que si bien sospechaba que

don Enrique hubiese tenido parte en la p erfida desaparicion de la condesa , ni veía claro en esto , ni menos lo podia asegurar. ; Tan bien se habia representado por todos la farsa que dejamos descrita ! Ni por otra parte , aunque   pies juntillas hubiera creido la traicion del conde , cabia en su imaginacion la menor sospecha acerca del estremado honor de su esposo : sabía-le ligado   los intereses de su señor ; pero que él hubiese tomado parte activa en el mal hecho , no le era lícito   Elvira imaginarlo siquiera.

Asi era la verdad : hidalga sangre corria por las venas del escudero , y hacia vanidad de honradez y de rectos sentimientos ; no era uno de los pocos hombres ilustrados de la época ; no hubiera sostenido una intrincada t sis con un teólogo ; participaba de las preocupaciones de su siglo , pero era en sus acciones hidalgo , y esto es por lo menos tan recomendable como el talento. Alguna parte habia tenido en el criminal proyecto de don Enrique , pero solo aquella

que no habia podido escusar en calidad de escudero suyo; asi que, se habia o-
puesto constantemente á las miras de su señor, hábiale afeado los medios, y le habia reconvenido despues, como arriba dejamos indicado; pero la misma prohibidad que le impulsaba á manifestar francamente sus sentimientos en tan delicado asunto, á riesgo de perder la gracia del conde, le impedia oponerse de hecho á sus deseos: era forzoso obedecer y callar por el propio honor del deslumbrado magnate: propúsose, pues, ser completamente pasivo y guardar el mas rigoroso silencio. Sospechando sin embargo que la primera que habia de poner á prueba su fidelidad habia de ser su esposa, no habia vuelto á desatar las crueles ligaduras en que habia quedado presa, y de que habia sido él la causa, pues desde luego habia manifestado al conde la imposibilidad de separarla de él, y la dificultad que hubiera encontrado para realizar su voluntad, mientras Elvira pudiese obrar libremente en los

primeros momentos. Habia, pues, dejado á alguna casualidad que no podia tardar en sobrevenir el cuidado de su esposa, deseoso de retardar á cualquier costa el instante de una esplicacion con ella, para la cual no tenia todavia muy meditadas las respuestas.

Avínole mal no obstante, pues poco tardó Elvira en presentarse ante sus ojos con una agitacion tal, que no le pudo quedar duda al infeliz del objeto de su intempestiva venida. Hubiera él querido hallarse á cien leguas entonces de su consorte y del mundo entero, en cuyas miradas creía ver á cada paso otras tantas reconvenciones á su reservada y ambigua conducta. Repúsose con todo lo mejor que pudo, y ni las preguntas sencillas de Elvira, ni sus alhagos, ni sus reconvenciones lograron recabar de él la menor noticia que pudiese dar luz sobre lo ocurrido á la desconsolada hermosa. Obstinóse en negar constantemente la menor participacion del conde en el robo de la condesa; en una palabra, ma-

nifestó con toda entereza hallarse en la misma ignorancia que la corte toda, y aun se indignó con notable aire de verdad á la menor idea de sospecha presentada por Elvira. Comenzaba ya ésta á dudar si serian sus juicios temerarios, pero nunca pudo convencerse á sí misma; vió ademas á don Enrique, y parecióle que brillaban al través de su aparente dolor sentimientos de otra especie. Dificil cosa es por cierto engañar la natural penetracion de una muger: la inutilidad de los esfuerzos del de Villena para dar con los robadores, y el horrible atentado cometido en una muger que á nadie habia hecho daño, reunidos á los antecedentes particulares que de aquel matrimonio desgraciado solo ella acaso tenia, la hacian ver mas claro en tan atroz intriga que todos los demas. Inesplicable fue su dolor cuando llegó á sus oidos la funesta nueva, que de boca en boca corria por el alcázar, de la desdichada muerte de su señora: afirmábanse al recordarla todas sus sospechas, ar-

dia en deseo de venganza, y la idea de la impunidad la hacia padecer tormentos imponderables. Resolvióse, pues, á realizar el plan que tenia meditado, arriesgado en verdad, y delante del cual habia retrocedido muchas veces. El amor, en fin, que á la condesa habia tenido, una voz superior y celestial que creía oír continuamente, pidiéndole venganza y reparacion, la hicieron creer que el cielo mismo y que su conciencia la obligaban á volver por la inocencia, y constituyóse entonces campeón de la ultrajada virtud. Seguida del inquieto page, que tan asombrado como ella lloraba tambien la desgracia de doña María de Albornoz, entróse en su aposento, donde la dejaremos poniendo los medios que mas propios creía para dar cima á la importante empresa que sobre sí tomaba, sin comprometer su honor por otra parte, su virtud y hasta su misma tranquilidad.



CAPITULO XIV.

Contadme vuestros enojos;
no tomeis malenconía,
que sabiendo la verdad
todo se remediaría.

Rom. del conde Alarcos.

EN la misma postura que el page referia haber dejado al melancólico doncel, envuelto en su gaban hasta los ojos, y roto á sus pies el laud, permanecia cuando se presentó delante de él Hernando diciéndole con su acostumbrada sequedad:

-- ¿Lloras, señor? Levanta la cabeza y mira que ó yo entiendo poco de rastro, ó se te viene la res por sí sola á tiro de tu venablo.

Alzó la frente el consternado mancebo, y vió á pocos pasos de él una figura envuelta en un ropon negro, y cubierta la cara con la mascarilla que usaban en aquel tiempo las damas cuando salian sobre todo de su casa, ó cuando

habian de hablar con caballeros desconocidos.

— ¿De qué res hablas, Hernando? ¿Quién es esta dama? preguntó desembozándose con enfado el doncel.

Miróla entonces de alto abajo, y reparando que su silencio podia indicar que no venia á hablarle con testigos, — Retírate, Hernando, dijo: yo te llamaré cuando te haya menester. Cogiendo entonces de una mano á la dama, hízola entrar en su cámara. Luchaban en su fantasía mil encontradas ideas.

— Señora, le dijo con voz mesurada y tímida, sola estais: si alguna revelacion teneis que hacerme, si alguna ocasion teneis que proporcionarme en que pueda seros útil mi débil brazo, hablad: no en vano os habeis dirigido á un caballero de la corte del ínclito y poderoso rey de Castilla.

— Caballeros tiene la corte de don Enrique que pudieran desmentir la hidalguía de vuestras palabras, repuso la tapada con voz que desfiguraba entera-

mente la mascarilla que cubría su rostro.

— Nombradlos, señora; si algun caballero ha mancillado el nombre de una orden de caballería, él me dará razon y satisfaccion...

— No os altereis, y oidme. Sí, caballeros hay, y cerca de nosotros, que amancillan la clase á que pertenecen. Ni la sangre que corre por sus venas, ni el nombre ilustre que ostentan, ni la dorada cuna en que se mecieron son rémora bastante á sus desenfrenados deseos. ¿Conoceis á la condesa de Cangas y Tineo, á la ilustre doña María de Albornoz...

— ¿Seria posible? Seriais vos, señora...

— ¡Pluguiese al cielo! Pero ni soy la condesa... ni...

— ¿Quién sois, pues, vos la que en su nombre...

— Templad vuestro ardor, noble caballero, y dadme palabra de oirme, y de no indagar quién yo soy...

Latía violentamente en el pecho el

corazon de Macías : miraba una y otra vez á la desconocida : no osaba , sin embargo , afirmarse en sus sospechas.

— Con esa palabra proseguiré en mi demanda , dijo la dama . Contóle en seguida al caballero , que de todo estaba ignorante , cuanto de la condesa se decía...

— ¡ Muerta la condesa ! exclamó Macías al llegar al funesto desenlace de tan triste historia... y vive el conde todavía... y...

— ¡ Silencio ! Hé ahí el objeto de mi venida . La tiranía , la injusticia piden reparacion . Mañana una amiga de la condesa se arrojará á los pies del rey , y denunciará la traicion . Acaso será preciso que un caballero salga fiador con su espada de su acusacion . ¿ Estareis mañana en la corte de don Enrique?...

— ¿ Qué me pedís , señora ? Cuando pensaba alejarme de esa funesta corte...

— ¿ Alejaros ? dijo con un movimiento de sorpresa la dama : ¿ alejaros ? repitió lanzando un amargo suspiro .

— ¡Ah! señora, ¿ignorais repuso el doncel con la mayor agitacion, que mi tranquilidad depende acaso de mi marcha precipitada...

— ¿Y dejareis la inocencia ser presa de la traicion...

— Jamas; pero...

— ¿Y sabeis vos, por ventura, poco generoso mancebo, lo que en este momento sacrifica la que teneis ante vuestros ojos, los respetos que atropella, los riesgos á que se espone...

— Acabad, Santo Dios: ¿quién sois? vos, vos... no hay duda...

— Caballero, respetad mi silencio y mi dolor. Acabemos: he procedido de ligero cuando he creido que...

— No; no; mañana estaré en la corte de don Enrique. Una sola gracia os pido. Si he de ser vuestro caballero, dadme una prenda, señora, un color...

— ¡Mi caballero! interrumpió la dama. El caballero sereis de la inocencia: el mio es imposible...

— ¡Imposible! — Elvira, vos sois...

— Soltad, imprudente jóven, soltad. ¿Por dónde presumís que soy la esposa del escudero? Vuestra imaginacion os engaña, y acaso vuestro deseo...

— ¡Me engaña!... Mi deseo, señora, es el de servir á esa dama, que conozco, como pudiera conocer...

— Vuestra turbacion os delata; pero esa imprudencia permanecerá oculta en mi pecho. Conozco á esa Elvira, y su honor me es harto caro...

— Nunca podria padecer su honor...

— Bien: ¿qué nos importa Elvira?

La prenda que me pedís, si mañana ante la corte toda el rey decreta el duelo y el juicio de Dios, la tendreis; pero ni os podreis nombrar mi caballero, ni exigireis de mí que me descubra. Básteos saber que conozco demasiado á la dama que nombrásteis, y que sé, doncel, que ella no viniera á vos.

— ¿Eso sabeis?

— Lo sé.

Dejó caer Macías al oír estas dos palabras, pronunciadas con funesta tran-

quilidad, la mano con que tenia asida una punta de la ropa de la tapada, como para detenerla. Inclinando en seguida la cabeza, declaró que al dia siguiente se hallaria en la corte de don Enrique, y ofreció su mano á la desconocida: aceptóla ésta para salir, pero un notable temblor la agitaba: oprimiéndola suavemente el doncel como si quisiese tentar este último y desesperado recurso para salir de su terrible duda: un movimiento involuntario y convulsivo correspondió á su indicacion, y en el mismo momento la tapada, volviendo en sí, arrancó su mano de la del doncel y se lanzó fuera de la estancia. Arrojóse en pos Macías: iba á prosternarse á sus pies, iba á hablar, pero un ademán imperioso de la negra fantasma le mandó apartarse, y mas rápida en seguida que esas rojas exhalaciones que surcan el espacio en una oscura noche del estío, desapareció á sus ojos la aérea vision. Macías creyó ver un ser sobrenatural, la sombra acaso de la misma condesa; permaneció con los brazos cruzados, y la

vista fija, como si quisiese ver mas allá de la oscuridad y de la distancia. Entonces oyó un suspiro lanzado á lo lejos, y parecióle que al desaparecer de sus ojos en el confín del corredor se habia reunido la dama á otra figura mas pequeña que allí la estaba sin duda alguna esperando.

— *Sé, doncel, que ella no viniera á vos*, repitió un momento despues Macías con doloroso acento. Yo tambien lo sé: nunca me amó. ¿Ni cómo pudiera amarme? ¿no amaba á ese feliz escudero cuando se unió á él en insolubles lazos? ¡Loco, insensato de mí! Ah, quien quiera que seas la que vienes á implorar mi espada, ¡cuán poco conoces el corazon del hombre! ¡un amante correspondido, un mortal feliz es invencible; á un miserable despechado y aborrecido un niño le vence!!!



CAPITULO XV.

¿De dónde vino este diablo?

Rom. del Cid.

DE vuelta don Enrique en su cámara con su primer escudero y con su favorito juglar, revolvía en su cabeza los medios de dar á su intriga la feliz conclusion que por tanto tiempo habia deseado. Estorbábale la idea de Macías, pero dejó al tiempo el cuidado de iluminarle acerca de lo que de él podia temer. Despidió, pues, á Hernan, cuya probidad le incomodaba no poco para sus fines, y solo el juglar, de cuya aparente estupidez nada recelaba, entró con él al secreto laboratorio.

— Libres estamos ya de la condesa, Ferrus, dijo; pero merced á tu singular valor, quedanos en campaña otro enemigo no menos terrible...

— ¡Eres ya maestro, señor...

— Lo seré, Ferrus, ó poco ha de poder don Enrique de Aragon: acabo de recibir un aviso secreto de que ha sido elegido papa en Aviñon don Pedro de Luna, bajo el nombre de Benedicto XIV. Esperaba este favorable acaecimiento de un momento á otro. Luna es aragonés, como yo, y vínculos antiguos de amistad nos unen: la lucha que habrá de sostener ademas con Urbano en este cisma de la iglesia, y la necesidad que tiene de Castilla y Aragon, unida á la influencia que él sabe que ejerzo en estos dos reinos, me aseguran su provision para el maestrazgo: la piedad por otra parte de don Enrique III no podrá menos de pesar en la balanza en favor mio cuando éste sepa que mi allegado, el rico-hombre de Luna, ha ceñido á sus sienes la triple corona. Ahora necesito sacar partido de la ignorancia en que de esta nueva está la corte, y de la feliz tardanza de la noticia de la muerte del maestro de Calatrava...

— Tu antecesor.

-- Asi lo espero, Ferrus. Tira el cordón que corresponde al cuarto del astrólogo, y retírate á esa cámara inmediata.

Hízolo Ferrus como se le mandaba. Apenas habia doblado tras sí las batientes hojas de la puerta, oyéronse los vacilantes pasos de una persona de edad que bajaba escalones con toda la prisa que sus cansados años le permitian.

— Entrad, dijo don Enrique, y se presentó en la habitacion el físico de su alteza Mosen Abraham Abenzarsal, el mismo que en la corte de la mañana habia acompañado constantemente al Doliante rey. Su estatura era pequeña, su tez pálida y macilenta: brillaban sus ojos en su oscuro semblante como dos carbuncos en medio de las tinieblas de la noche; y era la espresion de toda su persona, malignidad y avaricia. Su mano descarnada y su barba larga le daban cierto aire de adusta gravedad. Su trage era un largo y ámplio balandran negro cogido con una larga correa: ayudábale á andar un nudoso y retorcido báculo seme-

jante al baston pastoral, y una toquilla con dos plumas malamente colocadas encubertaba su calva zollosa.

— ¿En qué puedo servir al ilustre y eminente...

— Tregua á las lisonjas; nos conocemos, y entre nosotros no son necesarias.

— Sea en buen hora, conde, repuso con humildad el físico. ¿Habeis menester de mi ciencia y de las relaciones que con el espíritu del ser conservo? ¿que-reis consultar el curso de las estrellas...

— En cuanto á las estrellas, Abraham, no creo saber menos que vos. Dejemos á los astros del cielo recorrer tranquilamente su carrera, y no nos acordemos mas de ellos que ellos se acuerdan de nosotros. Otros astros mas humildes que cruzan sombríamente por esta esfera terrestre, haciendo sombra á mis vastos planes, son los que os será preciso desviar y no consultar.

— ¿Quereis que amolde una semejanza de cera?... Señaladme la víctima: antes que la noche haya tendido sus densas som-

bras sobre el alcázar de Madrid veréisla concluida y atravesado el pecho con punzante almarada: una lámpara arderá delante de ella; cuando gustéis, una vez pronunciado el funesto conjuro, vos mismo apagareis el resplandor mortecino, y el que os haya ofendido, bien pudiera estar en el apartado polo, caerá herido de invisible mano...

— Tregua, viejo miserable, tregua al torpe manejo de vuestra pérfida ciencia. ¿Creeis, por ventura, que tengo yo mi tiempo libre para oír vuestras impertinencias? ¿creeis que habláis con el imbecil don Enrique el Doliente, á quien su débil contestura arroja como una víctima inerme en vuestros groseros lazos? ¿creeis que he pasado años enteros sobre los triángulos y los crisoles, llamando inútilmente á ese espíritu de las tinieblas, para dejarme deslumbrar de vuestra impudente charlatanería? Guardad para el vulgo esa necia ostentacion, y acordaos de que es mas facil oír que adivinar.

Temblaba el viejo de mal repri-

mido corage , pero no osaba arrostrar la indignacion del impaciente Villena.

-- Ea , Abrahem , dijo entonces don Enrique , mas sosegado con el terrible efecto que en el réprobo habian hecho sus tonantes espresiones , ¿ cuánto oro habeis fabricado esta mañana ?

-- ¿ Oro ? ¡ Pluguiera al cielo ! en vano he intentado encerrar en el crisol un rayo de ese sol que nos alumbra : él contiene la apetecida esencia del oro ; pero el medio , el medio...

-- ¿ No sabeis , pues , hacer oro con toda vuestra ciencia ?

-- Si supiera hacer oro , señor , ¿ imaginais que fraguára , para ganarle , mentiras que algun tiempo yo mismo creí , pero que la esperiencia me obliga , en fin , á desechar tristemente ?

-- Bien , Abrahem : ahora os poneis en la razon : ahora hablais con el conde de Cangas. Ved : yo soy mejor alquimista. Sin andar á caza de la esencia del oro encerrada en un rayo del sol , yo hago ese precioso metal con los terrones de mis

estados. Tomad esas doblas , añadió alargando al viejo , cuyos ojos brillaban ya de alegría , un repleto bolsón de cuero , tomadas : ese es el mejor conjuro : á la voz de ese no hay espíritu en el orbe que no responda.

-- ¿ Y en qué puede servir os vuestro criado ?

-- Oid : ¿ sabeis que os he elevado al alto favor que en la corte de don Enrique gozais ?

-- Con tu licencia , señor ; mi padre Abraham Abenzarsal era ya físico del rey don Pedro el Cruel...

-- ¿ Y os sostendríais , Abenzarsal , en ese lugar , que creéis arrogantemente haber heredado , si el nieto del célebre y primer marques de Villena quisiese patentizar á la corte entera que vuestra existencia toda , vuestras palabras , vuestra misma persona , no son mas que una prolongada impostura ?...

-- ¿ Pero esas preguntas...

-- Quiero asegurarme vuestra fidelidad. Conozco á los hombres. Son fieles

cuando tienen interes en serlo. Escuchad ahora. Quiero ser maestre de Calatrava.

-- ¡Por Israel! Comprendo: un rayo de luz acaba de iluminarme, y la muerte de la condesa no es ya un enigma para...

-- Pues os advierto precisamente que debe serlo hasta para vos.

-- En buen hora, señor; no digas mas; confieso que no la entiendo. Pero hay ya un maestre, y no suele haber dos en ninguna orden...

-- Precisamente eso es lo que todas las figuras cabalísticas no os hubieran revelado nunca á vos antes que á los demas. No hay ninguno.

-- ¡Dios de Abraham! Dos muertes en menos de...

-- Con respecto al maestre Guzman, ese mismo Dios de Abraham que invocais tuvo á bien llevarle á mejor vida.

— ¿Qué dices, señor?

— Ahora lo sabemos dos en Madrid.

Vos y yo.

— ¿Y creéis que Clemente VII...

:

-- Clemente VII estará probablemente ahora donde el maestre...

-- ¡Qué de importantes noticias!!

-- Don Pedro de Luna ocupa la santa silla de Aviñon. Ahora bien, ¿á qué hora vereis á su alteza?

-- Debo asistir á su refaccion de la noche.

-- ¿Qué mas pudiérais pretender? Deslumbrad á la corte. Allí podeis hacer uso de vuestra recóndita ciencia. Adivinad delante de su alteza las noticias que acabo de daros, y adivinad tambien que el maestre de Calatrava ha de ser...

-- Don Enrique de Villena.

-- Justo. Mañana me ha de saludar el rey en la corte con ese pomposo título. Para el logro de nuestro fin es preciso que le conste al rey que no nos hemos visto.

-- Nada mas facil. Ya sabes, señor, que la quebrantada salud del jóven rey me obliga á habitar, ciñéndome á sus mismas órdenes, una habitacion inmediata á la suya, y que todos ignoran que tengo

una comunicacion abierta con vuestro laboratorio. Su alteza juzga que encanezco ahora sobre los crisoles, que consulto las estrellas sobre el éxito de la guerra de Granada, y que revuelvo á Dioscórides buscando remedios á su dolencia.

-- Perfectamente. Esperad. Dos personas mas me estorban para mis fines...

-- Ya sabeis que he recibido no ha mucho de Italia un pomo de aquella agua clara, mas cristalina que la que envian las sierras vecinas á esta villa, y que el que la llega una vez á sus labios no vuelve en sus dias á tener sed.

-- Basta, Abenzarsal, basta. Si el estudio endurece de esa suerte el corazon del hombre, quemaré mis libros; viejo empedernido en el pecado, soy ambicioso; pero creo que hay un Dios, y juzgo que ya he hecho lo bastante hoy para haberle de dar cuentas largas y terribles el dia que se digne llamarme á su juicio.

-- En ese caso...

-- Oid. La una persona es un doncel

de Enrique Doliente, un mancebo valeroso: las armas no pueden nada con él... pero es mozo de pasiones vivas; acaso manejiéndolas y volviéndolas contra él mismo...

-- ¿Se llama?

-- Macías.

-- ¿Está en Calatrava?

-- En el alcázar, por mi desgracia.

-- Prosigue, señor; la otra...

-- Elvira, la muger de...

-- Tranquilizaos. Vos ignorais acaso algunas circunstancias que derraman gran luz sobre mis ideas. Mañana os he de decir...

-- No: hablad ahora.

-- Bien: sabed que ese mancebo ha estado fuera de la corte por una pasion que le domina...

-- ¿Qué decís? Yo creí que mis servicios solo...

-- Os equivocais.

-- ¡Ah! ¡de esa ignorancia nació mi error! Proseguid.

-- Es bizarro, pero preocupado, su-

persticioso como los jóvenes todos de esa corte ciega y atrasada...

-- Proseguid.

— En una ocasion halléle en mi habitacion: iba á consultarme sobre su horóscopo: examiné su temperamento, ardiente, arrebatado; hícele varias preguntas al parecer indiferentes; pero un joven de veinte años mal hubiera pretendido encubrir su flaco á un hombre de mi esperiencia.

-- Díjome sin creer decirlo que amaba, y de sus respuestas, que yo aparentaba despreciar, inferí que amaba á una dama casada...

-- ¿Casada?

-- Mi prediccion fue vaga. Deseoso de informarme mejor, tomé tiempo para responderle mas claramente. Observéle entre tanto: de alli á pocos dias un ramillete cayó del pecho de una dama desde un corredor al patio de los leones de su alteza; recordareis que un caballero incógnito, armado y calada la visera, se precipitó á recojer el ramillete á riesgo de su vida...

-- Adelante, Abraham.

-- El ramillete era de Elvira, el caballero Macías. En la corte, y entre los que no tenían antecedente ni interés alguno en observarlos, esta anécdota sonó dos días, y se olvidó después. De allí á poco anuncié al mancebo que un astro fatal le perseguía en la corte...

-- ¡Santo Dios!

-- El crédulo mancebo me creyó y desapareció. No me cabe duda: ama á Elvira, y la ama como un frenético. Mas; debe de ser correspondido: la dama no pensó en recoger su ramillete. Creedme, le he examinado atentamente; es de aquellos hombres en quienes el amor es siempre precursor de la muerte. •

-- ¡Qué descubrimiento! ¿Y pensáis que...

-- Pienso que si logramos poner en juego esa pasión, pienso que si el doncel no ha olvidado su amor, vuestros enemigos se destruirán por sí solos, sin que necesiteis cargar vuestra conciencia con un crimen.

-- Hacedlo, Abenzarsal, hacedlo, gritó don Enrique fuera de sí: quitáisme un peso horrible.

-- Un medio para reunirlos: una ocasion, y son perdidos.

-- Un medio, una ocasion... es mas facil decirlo que...

-- No importa. Una ocasion.

-- Y que Hernan Perez...

-- Sí: una vez impuesto Hernan Perez, su ruina es cierta; el escudero es osado, pundonoroso, valiente...

-- ¡Ah! pero me haceis recordar... si ha de envolver su desgracia la de mi escudero... mirad que me ha prestado servicios...

-- Tranquilizaos, ilustre conde. ¿Qué mal le podrá avenir? ¿haber de encerrar á su muger en una reclusion para toda su vida? Supongo que sabeis que un esposo de tres años no se morirá de tristeza por tan terrible golpe... Vos erais tambien esposo y...

-- Abrahem, Abrahem, ya os he dicho que no consiento alusiones en esa

materia: dejadme tiempo á lo menos para reconciliarme conmigo mismo.

-- Señor...

-- En buen hora, concluyamos en ese asunto; pues vos me respondeis de mi inocencia y de la vida de mi escudero, de consuno buscaremos un medio para reunirlos, y acaso la Virgen Santísima de Atocha, de quien soy devoto, nos le proporcione presto. Si lo consigo, ofrezco edificarle un santuario en la mejor villa del maestrazgo...

-- Besad este escapulario, señor, que representa su efigie, dijo entonces el redomado físico, alargando el que del cuello traía pendiente, y ella y su Hijo nos ayuden.

— Amen, dijo levantándose don Enrique con aquella incomprendible mezcla de devoción y de impudencia, de religión y de vicios que distinguía así á los hombres vulgares como á los mas ilustrados de la época, sin que dejemos de inclinarnos á creer que en hombres como nuestros dos interlocutores eran aque-

llas prácticas exteriores hijas solo de la costumbre. Amen, repitió, y apretando la mano del fisico, separáronse con una afectuosa mirada de inteligencia; volvió á subir el astrólogo la escalera escondida, por donde habia bajado, para meditar en los medios de cooperar á los planes ambiciosos de don Enrique, y éste cruzó su laboratorio alquimístico en busca de Ferrus, que en la cámara impaciente le esperaba.



CAPITULO XVI.

Viendo aquesto un moro viejo
que solía adivinar...

suspirando con gran pena,
aquesto fué á razonar.

Canc. de Rom.

INÚTIL es decir á nuestros lectores que el físico Abrahem Abenzarsal contó en cuanto llegó á su aposento las relucientes doblas del de Villena, y que animado con su sonido vivificador, y con la esperanza fundada de merecer nuevas confianzas de la misma especie, coordinó sus ideas y estudió preventivamente el difícil papel que ante el rey de Castilla habia de representar de allí á poco. Llegada la hora, asistió como tenia de costumbre á la mesa frugal de su alteza, ora previniéndole los platos que debia comer y los que solo debia gustar, ora dando pábulo con sus bien estudiadas respuestas á la conversacion naturalmente seca y desabrida de

Enrique III. Hubieron empero de chocarle tanto á su alteza las misteriosas palabras con que salpicó la cena su médico, que no pudo menos de hacerle entrar en su cámara, y á presencia solo del buen condestable Rui Lopez Dávalos, que gozaba con él de la mayor privanza, y era no poco afecto á supersticiones y hechicerías, — Abrahem, le dijo, tus palabras encierran esta noche un sentido que no acierto á comprender. Dime por tu vida si algun fausto acontecimiento se prepara para estos reinos, ó si alguna calamidad nos amaga, que podamos evitar con el favor de nuestro padre San Francisco, á quien venero particularmente.

— Vana es ya la intercesion de los santos, señor, cuando es pasada la hora del hombre.

Paróse aqui el inspirado varon, arqueó las cejas con siniestro mirar, dió un golpe en el pavimento con su nudoso báculo, y permaneció suspenso largo espacio, insensible á las reiteradas instancias del asustado monarca, que puesto en pie

y descubierta la cabeza , pendia de su boca, ni mas ni menos que el reo que espera oir de la de su juez la temida sentencia. Llegándose entonces el astrólogo judiciario á una rasgada y gótica ventana, y examinando el cielo detenidamente, — No me engañaron, exclamó con voz hueca y sonora, que salia como un trueno de lo mas hondo de su agitado pecho, no me engañaron los infalibles cálculos de mi cábala. El astro, que ha presidido tan infausto dia, velado entre cenicientas y rojas nubes, acabó su diurna revolucion, y corrió á lanzarse en la inmensidad de los mundos, dejando tras sí sangrientas huellas de su funesto paso. ¡Oh rey! humilla tu frente soberbia: la iglesia de tu Dios, dividida y presa de un cisma prolongado, ve caer su columna principal; el sublime vicario de su ungido inclina la frente pálida, soltando sus sienes la triple corona que dignamente llevó, y sus débiles manos las llaves de Pedro y el anillo del Pescador.

-- ¡Dios mio! exclamaron á un tiem-

po el piadoso rey y el asombrado condestable; ¡Clemente VII!

-- Sí; Clemente VII, continuó el energúmeno, ha pagado á la tierra el tributo de que solo un profeta de Israel, arrebatado por el fuego del cielo, pudo existirse. Pero, esperad: veo levantarse sobre su asiento y calzar la sagrada sandalia á un ilustre aragonés: un rico-hombre de los de Luna es el elegido del Señor, á quien confía el timon de su nave zozobrante... Oh Benedicto, catorce de este nombre; á alta mision has sido llamado por el cielo. ¡Qué de lágrimas costará tu aragonesa condicion, tu invencible tenacidad, á los fieles divididos! En tí habrán de estrellarse los esfuerzos conciliadores de Urbano y del Sacro Colegio Romano.

-- ¡Don Pedro de Luna! exclamó vuelto hácia el condestable el sorprendido rey: ¡don Pedro de Luna! y arrodillándose ante una venerada estampa de las llagas de San Francisco, ¡oh portento! continuó; libradme, señor, de todo mal, y purificad

mi alma si estas predicciones son hechas por arte de vos reprobado...

-- Rey, interrumpió al oír este escrúpulo religioso el solapado Abrahem, el Dios del cielo y de la tierra no reprobó nunca la ciencia, si bien quiso descubrir á pocos sus recónditos arcanos. Los hechos que te refiero, ademas, no son predicciones de incierto porvenir, en cuya oscuridad no es dado siempre á los míseros mortales penetrar; á la hora esta, si es cierto que hablan los astros á los que poseen el don de entender su lenguaje sublime, Aviñon ha sido testigo ya de los grandes acontecimientos que te anuncio. ¿Ves aquella estrella, cuyo incierto resplandor parece querer apagarse con vacilantes oscilaciones, á la derecha de la osa menor, siguiendo la direccion de mi báculo? Parece lanzar sus mortecinos reflejos á la parte de Calatrava...

-- Abrahem, ¿qué nueva desdicha?...

— Una columna de la cristianidad española yace derribada; el rayo contra el moro de Granada se estinguió.

Acaba de entregar su espíritu al Señor...

-- ¿Guzman? preguntó con precipitación el buen Lopez Dávalos.

-- Sí: ¿veis aquella parda y manchada nubecilla que el viento del norte impele violentamente hácia el mediodia? miradla reunirse á los demas vapores que un resto del calor del dia levanta de la húmeda superficie de la tierra. El astro del virtuoso maestro se ha eclipsado para no volver á lucir jamas.

Al llegar aqui, un profundo silencio sucedió á la tonante voz de Abenzar-sal, y don Enrique y el condestable oraron fervorosamente por el alma del difunto maestro.

— Si las señales de mi ciencia, continuó el físico, no han dejado de ser infalibles, sangre mas ilustre ha de reemplazar la del piadoso maestro, y el estandarte de Calatrava verá agregarse á su cruz roja las barras de Aragon. Otro aragonés llevará á la victoria á los valientes caballeros de Calatrava. El cielo ensalza á los hijos de don Jaime y un nie-

to del primer condestable de Castilla...

— Basta, interrumpió don Enrique III con voz desfallecida, basta, Abraham: los altos juicios de Dios son incomprehensibles, pero el tiempo viene á justificarlos. Ayer el voto de la orden de Calatrava hubiera apartado á ese nieto del primer marques de Villena del alto puesto á que está destinado. Un acontecimiento desgraciado, pero cuya causa, escondida hasta ahora, revelan tus palabras, ha llevado á mejor vida á mi muy amada doña María de Albornoz; y su afligido esposo ha quedado desatado de los lazos que le alejaban del maestrazgo. Dios la tenga en su santa gloria. Adoro tus fines, ó Providencia. Abraham, decid, ¿habeis visto hoy al conde de Cangas?

-- Señor, respondió con afectada sorpresa el hipócrita charlatan, tu alteza sabe que el estudio absorbe las horas todas de mi vida, y desde esta mañana no he cesado de consultar mis pergaminos en mi cámara inmediata á la tuya. Don Enrique por otra parte no se apartará de su

estancia en estos momentos de luto para su corazón. No he visto, pues, al conde...

-- No sabes en ese caso, repuso el rey, si está dispuesto á admitir el alto cargo á que el cielo le destina.

-- No creo que haya pensado en ello siquiera, ni menos que pueda saber nadie en el alcázar todavía la triste muerte de don Gonzalo...

-- Dices bien, Abraham. Por otra parte, el nombre ilustre de mi pariente no puede menos de dar realce á la orden de Calatrava, y sus caballeros no opondrían obstáculo á tan acertada elección.

-- ¡Hágase la voluntad del Señor! respondió el taimado físico con solemne entonación; é inclinando la cabeza, el recojimiento en que quedó pareció anunciar el fin de sus predicciones.

-- Condestable, dijo el rey después de una ligera pausa, mañana dispondreis que la corte se reúna. Quiero recibir á los embajadores del Tamorlan y del rey de Francia. Abenzarsal, ayudadme á entrar en mi cámara: mis fuerzas se debilitan, y

despues de la agitacion de esta noche necesito que las restaure un sueño reparador.

Llamó el condestable á los camare-
ros de su alteza , y abriéndose las puertas
de la estancia en que dormía , despidióse
de él el primero : el rey de alli á poco,
apoyado en el brazo de su físico favorito,
desapareció , volviéndose á cerrar las ho-
jas de la puerta , y quedando aquella par-
te del regio alcázar sumida en el mas
profundo silencio.



CAPITULO XVII.

Canç. de Rom.
 Yo os repto los zamoranos,
 por traidores fementidos,
 repto á todos los muertos,
 y con ellós á los vivos,
 repto hombres y mugeres,
 los por nacer y nacidos,
 repto á todos los grandes,
 á los grandes y á los chicos,
 á las carnes y pescados,
 y á las aguas de los rios.

Canç. de Rom.

AUN no habia conciliado el sueño el poderoso rey de Castilla, cuando ya el impaciente conde de Cangas y Tineo sabia palabra por palabra el coloquio que en el anterior capítulo dejamos descrito. Á la mañana siguiente creyó ya del caso la llegada de la noticia de la muerte del maestro de Calatrava; tomó en consecuencia sus disposiciones para que el enviado, que precisamente habia llegado la vís-

pera, y que él había sabido entretener, se presentase en la corte de aquel día, y esperó tranquilo el resultado de su artificio.

El salon principal del alcázar donde tenia corte su alteza se hallaba ya ocupado en la mañana del día, que tan fecundo prometia ser en notables acontecimientos, por algunos caballeros jóvenes donceles del rey, por varios pages de lanza y de estribo, y por los ballesteros que guardaban las puertas como prevenia la etiqueta del tiempo. Algunos caballeros cortesanos de los que no acompañaban al rey á la misa, que á la sazón oía, discurrían sobre las noticias del día.

-- ¿Qué novedades, dijo un jóven de gallarda aposturá y de pulido arreo á otro caballero que paseaba con él á lo largo del salon, qué novedades habeis recojido para vuestra corónica, señor coronista Pedro Lopez de Ayala?

-- La principal, señor don Luis de Guzman, es la que de Sevilla me escribe el ginovés Micer Francisco Imperial.

-- ¿El de las trovas que comienzan

Gran sosiego é mansedumbre á doña Angelina de Grecia, la princesa que ha regalado á Castilla el gran Tamorlan, del botin que cogió al turco Bayaceto?

-- El mismo. Buen ingenio.

-- ¿Y qué os dice?

— Díceme que el ginebrino que envió á buscar su alteza á París para componer el reloj de la torre de Sevilla, hálo compuesto á las mil maravillas, y que da todas las horas como antes de haberle caído el rayo hace un año.

-- Cierto que es importante, porque no habia otro reloj tan maravilloso en Castilla, ni quien supiera componer aquella enredada máquina. Premiaránlo bien.

— Merece mas de diez mil maravedís. ¿Habeis oido, señor comendador, que acaba de llegar un demandadero de Calatrava?

— Por la Virgen de Atocha que eso me interesaria, porque mi tio el maestro estaba malo...

— Sabeis que si muriese, lo que Dios no quiera, podriais pretender...

— Acaso. Pues nada oí: estuve jugando á las tablas...

-- ¡Ah! vos bohordais bien.

-- Sí, ahora que no esta aqui el doncel Macías: cuando está, nadie lanza con mas tino el bohordo, ni derriba mas veces el tablero. Cobróle aficion el rey solo por eso.

--¿ Y qué es de Macías? ¡Bravo trovador y buen caballero!

-- Desde que está en comision del hechicero no se sabe de él. ¿Sabeis que ese hombre es el diablo, y que todo el que se le llega desaparece? Mirad ahora la condesa...

-- ¡Bah! como dice Rodriguez del Padron, el trovador gallego, amigo de Macías, ya se le podria hechizar á él con una buena lanza, porque, sea dicho sin ofenderle, se le entiende mas de lais, y virolais, que de achaque de encuentros. Ahora anda enseñando la ^{alta} gaya ciencia al marques de Santillana.

-- Ese sí que es mancebo de sutil ingenio. El jóven don Íñigo Mendoza gusta mucho de letras, y ha de hacer con el tiempo mejores trovas que el mismo Al-

fonso Alvarez de Villasandino, y que el judío Baena... Á propósito, ¿cómo lleváis vos vuestro rimado?

-- Téngolo suspendido porque digo grandes verdades en él, y ya sabéis que en palacio...

-- Oh, la verdad nunca gusta á...

-- ¡El rey!... dijo una voz que salia de las piezas inmediatas.

-- ¡El rey! repitieron dos farautes que entraban ya vestidos de ceremonia por las puertas del salon. Apartáronse los caballeros, y don Enrique subió á su trono, rodeado de los principales señores de Castilla, á cada uno de los cuales seguian los caballeros y escuderos de sus casas.

Ocupaba don Enrique de Villena, como tio segundo que era de su alteza, el lugar preeminente, si se esceptúa el del físico y el del condestable Dávalos, que á uno y otro lado pisaban el primer escalon del trono. Tenia el conde á su izquierda á su primer escudero y detras al juglar, y rodeábanle varios caballeros, en cuyos pechos lucian las cruces de Calatrava, en lo cual echa-

rá de ver el lector que no se habia descuidado aquella mañana en atraérselos con mercedes y distinciones para tenerlos favorables á sus miras. Vestía luto, pero su semblante mas anunciaba alegría que dolor, por mas que procuraba él disimularla.

-- Chanciller, dijo don Enrique cuando se hubo sentado y saludado en derredor á sus cortesanos, ¿qué letras tenéis?

-- Acábanse, señor, de recibir estas.

-- ¡Ah! de Otordesillas, de mi esposa. Díceme doña Catalina que está próxima á su alumbramiento. ¿Paréceos, Abenzarsal, que tendrá Castilla que jurar un príncipe de Asturias, despues de haber jurado solemnemente á la infanta doña María, mi muy amada hija?

-- Pudiera ser, señor. ¿Qué mal habria en eso?

— Haced, condestable, que se dispongan tiros, y avisad á los pueblos de aqui á Otordesillas que se hagan grandes fogadas y ahumadas en las eminencias lue-

go que las vean hacer en el pueblo inmediato, empezando Otordesillas mismo en cuanto su alteza dé á luz un príncipe. De esa suerte sabremos ese fausto acontecimiento pocas horas despues: dispondreis que no falten atalayas. ¿Hay mas?

— Señor, desea besar los pies de tu alteza el sublime Mahomad Alcagí, embajador del llamado gran Tamorlan.

— Que entre, dijo su alteza; y los cortesanos todos volvieron las cabezas con ansiosa curiosidad hácia la puerta, como quien iba á ver una cosa que no todos los dias se veía.

Entró efectivamente el tártaro con áspero continente al aviso de un page de antecámara. Acompañábanle al lado Páyo Gomez de Sotomayor y Hernan Sanchez de Palazuelos, embajadores del rey de Castilla al Tamorlan, que habian vuelto con él despues de haber recorrido vastas regiones, climas apartados y diversas costumbres de paises.

Hablaba el bárbaro, y Sotomayor,

que en dos años que su larga embajada habia durado, habia tenido ocasion de aprender algun tanto su lengua, le sirvió de truchiman.

-- El rey Tamurbec el Honrado, Tabor Bermacian, mi señor, me envia á tí, rey de las ciudades y lugares de Castilla y de Leon é España. Dure tu tiempo y buena fama en noblezas generales y en gracias cumplidas. El rey mi amo, noticioso de la grandeza de tu reino, acepta la amistad y buena correspondencia que con tus embajadores le enviaste á ofrecer. El Profeta te sea en ayuda, y te dé sus saludaciones. En muestra de buena amistad, envíate el rey mi señor el presente de joyas y las dos hermosas damas, que te trage, para tu harem, que al hijo de Osmin ha cogido en la gran victoria que le ha ganado. El Rey de los reyes ha humillado la soberbia condicion del hijo de Osmin, y hoy en una jaula de hierro sirve de estribo al poderoso Tamurbec, rayo de Dios.

— Recibo vuestra embajada, valien-

te Mahomad Alcagí, y no os doy respuesta, dijo don Enrique, porque quiero que tornen embajadores míos á vuestro amo y señor el muy honrado Tamurbec con mis cartas y presentes. Rui Gonzalez de Clavijo, añadió vuelto á este su camarero que entre la turba de cortesanos andaba oscurecido, quiero que vos y fray Alonso Paez de Santa María, maestro en santa teología, y Gomez de Salazar mi guarda, hagais este viaje como embajadores míos.

Adelantóse entonces Rui Perez de Clavijo, y poniendo en tierra una rodilla, — Beso á tu alteza los pies, dijo, por la lisonjera distincion con que honras á tu vasallo.

Retiróse el embajador del Tamarlan, y salieron con él algunos caballeros, curiosos de preguntarle y saber las varias noticias que de tan luengas tierras y afamadas hazañas podia darles.

Entraron en seguida los embajadores del rey Cárlos de Francia, sexto de este nombre, los cuales digeron á su al-

teza despues de las primeras fórmulas de etiqueta, como se hallaba bastante malo el rey su amo de resultas de habersele prendido fuego en un baile de máscaras á una piel de salvaje de que iba vestido. Aseguraron despues á los cortesanos en confianza, que lo que en Francia mas se temia no eran las resultas de este accidente, sino que corria el rumor de que el buen rey Cárlos VI estaba á punto de perder la razon, que se habia observado ya muchas veces tal cual desatino en su conducta, que pasaba los dias enteros sin hablar, y otras estravagancias de esta especie. Estos embajadores trageron en presente dos truenos grandes, como entonces se llamaban, que fueron la admiracion de los cortesanos, por haberse reducido ya á tan cortos límites una arma que habia empezado por no poderse usar sino en las murallas de una plaza sitiada, que se habia podido trasladar de un punto á otro despues por medio de una máquina convenientemente montada, y que ya podia manejar y disparar casi un hombre solo,

si bien con trabajo. Apreció mucho este regalo el rey Enrique, y despachó á los embajadores, los cuales volvieron para su tierra, no sin dejar alguna moda de las de su trage en la corte del rey de Castilla, pues eran muy galanos, y venían lindamente ataviados. Al dia siguiente salieron ya varios jóvenes donceles con el pantalon muy ajustado, y dos mangas perdidas recortadas como las habian visto en los embajadores: moderaron la barba que antes se dejaban crecer en derredor de la cara, porque los embajadores no la traían, y hubo quien sacó el zapato retorcido y puntiagudo, que entonces se llevaba, con mas de seis pulgadas de punta, ni mas ni menos que el asta de un toro.

Presentóse en seguida de los embajadores franceses un demandadero de Calatrava, el cual anunció á su alteza la infausta noticia de la muerte del maestro.

-- La sabemos, dijo el rey, y hoy mismo le nombraré sucesor.

-- Hernan Perez, dijo el de Villena dándole con el codo.

— Entiendo, señor, contestó el taimado escudero.

Apenas se habia retirado el demandadero, cuando se dejó ver en las puertas del salon, precedida de dos dueñas vestidas de negro, una dama enlutada y con antifaz que le tapaba completamente el rostro. Grande fue la sorpresa de los cortesanos todos: examinaban detenidamente sus contornos, por ver si descubrian quién fuese la que de aquella manera se presentaba. Llegóse la tapada lentamente hasta los pies del trono, y prosternóse en actitud de esperar á que su alteza le diese licencia para hablar.

— Condestable, dijo curioso y admirado don Enrique, ¿por qué no me habeis prevenido que hoy nos las habiamos de haber con fastasmas? Vive Dios que hubiera preparado mi alma á recibir las dignamente: ¿sabeis quién sea esta dolorida?

— Ha burlado sin duda la vigilancia de los ballesteros; si su presencia te incomoda, señor, harásela salir.

-- Es muger, condestable, y su manera de presentarse encierra algun misterio que es fuerza aclarar. Alzad, señora, prosiguió don Enrique, alzad, y declarad qué causa estraordinaria os fuerza á venir de esta manera.

-- ¡Justicia, señor, justicia! exclamó con doliente voz la arrodillada dama.

-- Alzad y contad vuestras cuitas, repuso su alteza: nunca el rey de Castilla negó justicia á nadie.

-- Señor, prosiguió la dama levantándose y mirando en derredor con notable inquietud, como si buscase á alguien que apoyase la demanda que iba á hacer, señor, un crimen se ha cometido en tus dominios, en tu villa de Madrid, en tu propio palacio.

-- ¿Un crimen?

-- Un crimen, y crimen destinado á quedar impune. Los poderosos que rodean insolentemente tu trono, validos de tu favor, son, señor los que infringen tu justicia, y los que la arrostran. Doña María de Albornoz, la ilustre condesa

de Cangas y Tineo, ha sido asesinada...

— Lo sabemos, dueña, dijo don Enrique, y ya hemos dado nuestras órdenes para que se descubran los autores de tan horrible atentado.

— ¿Los autores, señor? Uno hay no mas, y ese no corre los campos fugitivo á esconder como debiera debajo la tierra su insolente rostro; ese se ampara en tu misma corte. Ese nos oye.

— ¿En mi corte? dijo don Enrique mirando dudoso á todas partes. Agolpáronse al oír estas palabras los cortesanos para escuchar mas de cerca á la atrevida acusadora. Don Enrique de Villena, de cuyo semblante habia desaparecido su natural serenidad desde el momento en que habia columbrado el sentido de las palabras de la dama, la miraba con ojos indagadores, y afectando una curiosidad hija del interes que le convenia aparentar por el descubrimiento del perpetrador del asesinato de su esposa.

— Hernan, dijo en voz baja á su escudero durante la pausa que se siguió á

las últimas palabras de la tapada, Hernan Perez, ¿qué quiere decir esto?

Hernan Perez estaba tan inquieto como el conde: por una parte creía que la tapada no podía ser otra que una persona que muy de cerca le tocaba. Su voz, aunque disfrazada, le habia hecho un efecto singular: por otra parte no podía concebir que se diese tal paso sin su noticia.-- Señor, contestó al conde, sea lo que fuere, tu escudero no desmiente nunca su fidelidad.

-- En tu corte, prosiguió la dama: él nos oye, y él recibe tus beneficios...

-- Nombradle, dijo el rey, nombradle.

-- Sí, añadió con voz trémula el de Villena echando el resto á su mal sostenido disimulo, ¿quién es?

-- ¡ Vos! respondió una voz tonante, vos.

-- ¿ Yo? preguntó don Enrique: ¿yo?

-- ¡ Don Enrique! exclamó el rey mirando alternativamente al de Villena y á la tapada.

-- ¡ Don Enrique! repitieron en voz

confusa casi á un mismo tiempo los señores todos que rodeaban el trono.

-- ¡Santo cielo! exclamó el agitado conde volviéndose al rey con ademan y gesto hipócrita. ¿No me bastaba, señor, que una fatal estrella me privase de mi esposa; era preciso que la calumnia se uniese á la alevosía, y que don Enrique de Villena se viese así ultrajado en tu misma corte y en tu presencia misma? Toma, señor, los honores que me has dado, recoge las distinciones con que me has honrado; toma esta espada, acepta esa banda que mal pudiera llevar con honor quien vió de esa manera el suyo atropellado...

-- Serenaos, don Enrique, dijo tranquilamente despues de un breve rato de meditacion el rey justiciero, serenaos: conservad esas distinciones que tan bien os estan, y tened presente que la calumnia se embota en el inocente como la punta de la lanza en el bruñido peto.

-- ¿La calumnia? repitió mirando de nuevo en derredor la dueña desconsolada.

-- Dueña, dijo don Enrique entonces con entereza, ¿sabeis el nombre que habeis tomado en boca, y la persona á quien ultrajais...

-- La verdad nunca puede ser ultraje.

-- ¿Sabeis á ciencia cierta lo que dijísteis...

-- Juráralo si fuera menester.

-- ¿Qué caucion dais de vuestras palabras? ¿quién sois? ¿por qué venis tapada á acusar al delincuente? La verdad trae la cara descubierta á la faz del sol. La mentira es la que se esconde.

-- ¿Quién yo soy, señor? si pudiera decirlo no viniera de este modo. ¿No es posible que circunstancias personales me impidan descubrirme en público? Tomad, señor, dijo entonces la tapada presentando á su alteza un anillo que en el dedo traía. Ese anillo puede decir quién soy algun dia.

Tomó su alteza el anillo y examinó-le detenidamente.—¿Conoceis ese anillo, Abenzarsal, ó la seña que dice esa dama?

-- Señor, dijo Abenzarsal al oido de

su alteza, las piedras forman un nombre.

-- Guardadle, pues.

-- Además, señor, no trato de huir; póngome bajo tu salvaguardia; sé que desde el punto en que tomo sobre mí esta acusacion mil peligros me rodean.

-- ¿Y sabeis, incauta dueña, que la pena del Talion espera al impostor...

-- Solo sé que el crimen debe denunciarse y desenmascararse al criminal.

-- ¿Sabeis que si os faltan pruebas, ó un caballero que sostenga vuestra acusacion, sereis puesta en tormento y...

-- ¡En tormento! dijo espantada la dama volviendo á mirar en derredor con inquietud. ¡En tormento!

-- A tiempo estais de desdeciros...

-- Desdecirme... exclamó la dama enlutada clavando en don Enrique los ojos, que aparecian en medio de su antifaz como los relámpagos que rasgan la negra nube en medio de una noche tempestuosa, Jamas.

-- En ese caso es forzosa la muerte del delincuente ó la vuestra.

-- ¡Nadie, nadie! dijo entre dientes la demandante mirando á las puertas, y escuchando con la mayor ansiedad. ¿No hay un caballero, exclamó entonces con despecho volviéndose á los cortesanos todos, no hay un cortesano siquiera del poderoso rey de Castilla que sepa empuñar una lanza por la inocencia, que salga por una muger?

Leve y susurrante murmullo corrió por la asamblea á esta invitacion desesperada. Pero lucian en los pechos y en los brazos de los mas caballeros jóvenes prendas del amor de sus damas: un caballero que tenia la suya no podia adoptar otra. No era ademas seguro que la ácusadora no hubiese perdido el juicio, cuando con tan poco apoyo y favor osaba habérselas con el mas poderoso señor de Castilla. ¿Quién la conocia? nadie: ¿quién estaba seguro de no ser víctima del rencor del de Villena si tomaba la defensa de la advenediza? -- ¡Oh oprobio! ¡oh mengua! ¡oh caballeros! exclamó sollozando la desairada hermosa. ¡Hé aqui la

corte de don Enrique III! Lo veo, aunque tarde: la inocencia no encuentra defensa entre los hombres. No importa. Insisto en la acusacion.

--Faraute, dijo entonces su alteza, haced vuestro deber.

Adelantóse un faraute, y en la fórmula del tiempo anunció tres veces en alta voz la acusacion hecha á don Enrique de Villena; preguntó si algun caballero tomaba la demanda de la acusadora, y sucediendo á sus voces sepulcral silencio, intimó á aquella que en el plazo preciso de tres dias habia de presentar un defensor ó las pruebas de su acusacion, y que cumplido el plazo sin presentarle seria puesta en tormento y llevada al suplicio, donde le seria la lengua cortada y arrojada á los canes, despues de ella ajusticiada por calumniadora.

No pudo oir esta última parte de la intimacion la desolada dama sin exhalar un gemido de terror, y abandonándola sus fuerzas, dejóse caer en brazos de una de las dueñas que la habian acompañado.

Movido á lástima el rey al ver su

situacion, alzóse en el trono, y puesto en pie, — Don Enrique, dijo, estoy seguro de vuestra inocencia, y el cielo en todo caso saldrá por ella. Aflíjeme sin embargo el estado de esa desgraciada, y la administracion de la justicia exige que yo satisfaga la vindicta pública. Dadme, Abenzarsal, ese anillo. Quiero yo mismo requerir por última vez un defensor. Ricos-hombres, caballeros, ¿quién de vosotros toma esta demanda? El caballero que se proclame su defensor recibirá este anillo como prenda de la dama que va á defender, y si sale con victoria de la prueba á hierro y demuestra en el paelenque, con el favor de Dios, la verdad de la acusacion, que no creemos, este anillo le servirá de seguro para los dias de su vida: la persona que me lo presente logrará la gracia que pida, y su dueño será libre de toda pena en el momento de presentarlo. ¿Quién de vosotros toma la demanda de la acusadora?

-- ¡Yo! exclamó una voz estentórea que resonó fuera de la cámara todavía.

-- ¡Él es! gritó con penetrante alarido la enlutada, y el exceso de la alegría, pudiendo mas en su alma que el pasado dolor, la derribó sin sentido en brazos de sus dos dueñas.

Volvieron los ojos los cortesanos á mirar quién fuese el temerario que en tan arriesgada demanda se entrometia, y don Enrique de Villena, cuya alegría se habia manifiestamente conocido por algunos instantes, dirigió miradas de fuego y de incertidumbre hácia el advenedizo defensor de su acusadora.

Entraba éste ya por la cámara con ademán resuelto y pasos precipitados. Venia armado de pies á cabeza, y su sobreveste negra y su penacho del mismo color, que ondeaba funestamente sobre su capacete, parecian anunciar la muerte á todo el que se opusiese á su bizarro valor.

-- Yo, repitió con voz fuerte entrando. Dirigiéndose en seguida hácia el trono, arrodillóse y pidió licencia á su alteza para tomar la demanda de la desconocida, fuese la que fuese.

Mirábanse unos á otros los circunstantes, y no sabian qué pensar de las aventuras de la mañana. — Condestable, dijo el rey volviéndose á Rui Lopez Dávalos, ¿será que hoy no hayamos de conocer á ninguno de nuestros vasallos? ¿qué decís, conde de Cangas, de este defensor? ¿le conocéis?

-- No responderé nunca, señor, á la acusacion de dos enmascarados.

-- ¿Y respondereis á la mia? preguntó alzándose la visera el denonado mancebo.

-- ¡Macías! exclamó el rey. ¡Macías! repitieron asombrados los mas de los que presentes estaban. Don Enrique fue el único que sobrecogido de la ira y del terror, ni acertaba á pronunciar palabra ni osaba levantar los ojos del suelo, al cual se los habian hecho bajar mal su grado la seguridad y la audacia de las miradas de Macías.

-- Perdóneme tu alteza, prosiguió éste vuelto á don Enrique el Doliente, si me hallo en tu palacio sin haberme presen-

tado antes á recibir tus órdenes: tu alteza conoce mi lealtad, y solo poderosísimas causas pueden habérmelo impedido.

-- Sensible es á mi corazón, doncel, que cuando os veo despues de tan larga ausencia sea para declararos contrario de mi muy amado pariente el conde de Cangas y Tineo, y para defender contra él una acusacion que estimo calumniosa.

-- El cielo, señor, puede solo decidir esta querella.

-- Aqui, pues, tencis, dijo el rey presentando á Macías el anillo de la tapada, que ya habia, vuelto en sí de su desmayo, la prenda de la dama que elegís.

-- Perdóneme tu alteza, exclamó la dama arrojándose en medio del rey y de Macías: permite que no reciba de mi mano ese anillo hasta el dia en que haya de verificarse el combate. Yo informaré á la persona de tu confianza que elijas de mis circunstancias, y quedaré hasta que las sepas en tu poder, si necesario fuese. Co-

mo prenda de que os admito por mi campeón, aceptad este lazo, noble caballero.

Arrodillóse el mancebo, á quien palpitaba violentamente el corazón dentro del pecho, y mientras que su dama rodeaba su cuello con una banda negra que tenia por lema estas dos palabras bordadas: *imposible*, *venganza*: — ¿Será posible, le dijo en voz baja, que insistais en ocultaros de quien ha de ser vuestro caballero, no solo acaso en la lid...

-- *Imposible*, repuso por lo bajo también la tapada.

-- ¿Qué teneis, pues, derecho á exigir de mí?... repuso Macías.

-- *Venganza*, volvió á contestar la dama concluyendo de anudarle el lazo.

— Y bien, Macías, ¿teneis que pedirme alguna gracia? dijo el rey.

— Ninguna, respondió el doncel, sino que oiga tu alteza y apruebe mi desafío. Oid, ricos-hombres, caballeros y escuderos. Yo, Macías, doncel del poderoso rey de Castilla don Enrique III, á tí don Enrique de Aragon y Villena, conde de

Cangas y Tineo , tomamos por testigos á todos los aqui presentes , te desafiamos de mal caballero , descortés y aleve , y te retamos á muerte como matador de tu esposa la muy ilustre doña María de Albornoz , á tí y á todos los caballeros de tu casa , á lanza ó á espada , á pie ó á caballo , mientras corra la sangre en las venas , renunciando á tu merced , como tú debes renunciar á la mia , y sobre esto Dios y la Virgen de Atocha me ayuden. Á tí solo , ó á varios.

Al decir estas palabras arrojó Macías su guante. Gran suspension y silencio siguió á esta accion determinada.

— Conde de Cangas y Tineo , dijo el rey volviéndose á alzar en el trono y comenzando á bajar los escalones , Macías , mi doncel , ricos-hombres , caballeros , escuderos aqui presentes. Yo don Enrique , rey de Castilla , concedo el juicio de Dios á mi doncel Macías y á don Enrique de Villena para que en combate singular riñan cuerpo á cuerpo , y declaro traidor y aleve y digno de muerte al que fuere

en la lid vencido si saliere del vencimiento con vida. Dios sea en favor de la inocencia y de la justicia. Conde, ¿qué haceis? añadió viendo que don Enrique inmóvil no recojia el guante que le habia arrojado su contrario.

— Espero, señor, que no permitirás que yo descienda de la clase en que el parentesco que nos une y los honores con que me has distinguido me han colocado para rebatir cuerpo á cuerpo con un simple doncel de tu alteza una calumnia que desprecio y...

— Si os empeñais, contestó el rey picado, igualaré al doncel Macías...

— No es necesario, señor, replicó Hernan Perez adelantándose á recoger la prenda abandonada; no es necesario: yo la alzaré por mi señor...

— Teneos... gritó Macías poniendo un pie en el guante: sois escudero.

— Le armaré, dijo el conde, y será vuestro igual; y en tanto, Hernan, alzá el guante por mí. Ó yo ó vos. Bastamos cualquiera de los dos para castigar la inso-

lencia del campeón de las damas desconocidas.

Iba á responder Macías á este sarcasmo , pero el rey, volviéndose á entrambos, — Conde , dijo , espero que vos , ó un caballero en vuestro lugar , sostendreis vuestra buena fama. Os hago maestro de Calatrava ; espero que ni los caballeros de la orden ni su santidad desaprobarán esta eleccion que recae en mi misma sangre.

— Señor , dijo inclinándose con mal rebozada alegría el conde , estoy pronto á aceptar esta nueva honra si los caballeros de la orden...

— ¡ Viva el maestro don Enrique ! clamaron tumultuariamente varios de los presentes.

— Bien , señores , bien , dijo el rey ; no esperaba menos de mis leales caballeros de Calatrava. A vos , Macías , os doy un hábito de Santiago , y os cubriré yo mismo. Habeis manifestado hoy valor y cortesanía. Espero que entrareis á mi cámara en cuanto os desarmeis.

Inclinóse Macías en señal de grati-

tud , y el rey se retiró diciendo al condestable: — Rui , me recordareis que debo fijar el dia del combate. — Vos, Abraham Abenzarsal , encargaos de esa dueña en vuestra cámara hasta que órdenes posteriores mias os indiquen dónde puede permanecer durante el plazo que falte para el combate.

El físico en consecuencia intimó la orden á la dama enlutada , y la encaminó con un page á su cámara. Retiróse el rey , y con su marcha desaparecieron en pocos momentos los mas de los cortesanos. — No ha sido del todo feliz el día, dijo Abenzarsal á don Enrique, que se retiraba con su escudero; pero no importa, son nuestros: haced por dirigir á la noche á Hernan Perez á mi cámara. — ¿Habeis hecho algo? preguntó don Enrique.—Espero hacer.—Dicho esto se separaron por no dar sospechas. Don Enrique y su escudero se fueron, departiendo acerca de los muchos sucesos buenos y malos que habian pasado aquel dia , y acerca de quién podia ser la dama, si bien muy pocas du-

das les quedaban, y ya se proponia salir de ellas al momento el escudero.

Entre tanto rodeaban á Macías varios caballeros, quién á darle la bienvenida, quién á preguntarle nuevas de Calatrava. Entre los muchos que se le acercaban, tocóle uno en el hombro con misteriosa familiaridad.

— ¡Ah! sois vos, padre mio, buen Abraham, le dijo Macías con un estremecimiento involuntario, y una nube de tristeza envolvió su frente. — Bien venido á la corte. — ¡Á la corte! — Sí: á Dios, jóven osado. — Escuchad; esas palabras... me dijisteis, es verdad... ¡corte, corte funesta! — Á Dios. — ¿No podeis explicaros? — Ahora imposible: si quereis verme, al anochechar os esperaré en mi cámara. — ¿Cierto, Abraham? Esperadme. — Á Dios. — Á Dios.

Siguió el astrólogo con su aparente prisa la direccion de su cámara, y Macías, distraido, revolviendo mil confusas ideas en su imaginacion, quedó entre sus curiosos amigos, á quienes ni contesta-

ba ya acorde, ni podia apenas atender.
; Tal era la impresion que la palabra *corte*,
pronunciada por el físico, habia hecho en
su imaginacion! — Macías ha perdido la
cabeza, iban diciendo sus amigos al des-
pedirse de él: ese maldito hechicero, en
cuyas comisiones ha andado, le ha tur-
bado el juicio. ; Habis visto qué descon-
cierto! ; qué distraccion! ó está enamo-
rado, ó ha perdido el seso.



CAPITULO XVIII.

Melisendra está en Sunsueña,
vos en París descuidado,
vos ausente, ella muger.

Harto os he dicho; miraldo.

Rom. de Gaiferos.

EN cuanto habia llegado á su habitacion don Enrique de Villena, se habia despedido de él el escudero, ansioso de saber definitivamente si era su esposa la que por obsequio á la memoria de la condesa se habia presentado con tanta osadía en la corte del rey de Castilla. Pesábale en gran manera que hubiese cabido en la imaginacion de su consorte tan heroica determinacion, pero lo que con mas cuidado le traía, era la circunstancia de haber llegado tan á punto el doncel para tomar sobre sí su demanda, y la exclamacion de la tapada al oír la voz de su defensor, circunstancias entrambas que ligaba mal que bien con el músico de la

noche anterior á la desaparicion de la condesa. Podia ser casual esta coincidencia; podian muy bien, su consorte por amistad á doña María de Albornoz, y Macías por amor á esa misma, ó por cortesanía de caballero ocioso, encontrarse en el mismo camino. Esta reflexion, sin embargo, no bastaba á declarar sus dudas, y pensó en el partido que deberia tomar sino encontraba á Elvira en su cuarto.

Sucedióle sin embargo lo que no pensaba. Llamó el escudero á su habitacion, y la primera persona con quien dió fue con el listo page, el cual con aire sumamente alegre,

-- Buenos dias, le dijo, señor Hernan Perez; bien haceis en venir, porque desde que la señora condesa ha desaparecido no hay medio de alegrar á mi prima. Venid, venid á consolarla; mis esfuerzos todos son inútiles.

-- ¡Vuestra prima, señor page! dijo con asombro y gravedad el escudero. ¿Supongo que no os quereis burlar de mí?

-- ¿Yo burlarme, señor escudero, pé-

sia mi alma? Para burlas estamos por cierto, y no se cesa de llorar hoy en esta habitacion. Entrad vos mismo y lo vereis.

Abrió Hernan Perez la mampara inmediata, y quedóse como de piedra cuando contra todas sus esperanzas vió levantarse al presentarse él á Elvira, que con afectuosas palabras

— Esposo, le dijo, cuán mal lo haceis conmigo: vos teneis secretos para mí, vos pasais los dias enteros lejos de mí: hoy, sobre todo, me habeis dejado sola, y sabeis que no tenia ya la compañía de la condesa...

— Perdonad, Elvira, si... yo... ya sabeis que... Pero nunca pudo decir mas el asombrado escudero. Su esposa estaba vestida de negro, sí, pero su ropa no manifestaba haber salido aquella mañana; por otra parte, la dama enlutada habia quedado en palacio.

— ¿Qué teneis? ¿Traeis alguna mala nueva?

— Sí por cierto, contestó mas re-

puesto Hernan Perez: os traigo la de que me he vuelto loco.

— Muy cuerdo lo decís.

— Jurára que os habia visto en otra parte...

— Puede...

— ¿Cómo? ¿puede?...

— Tantas veces me habeis dicho que no me sepáro un punto de vuestra imaginacion, que me veis en todas partes tal cual soy... que... ¿no es cierto?

— Sí, replicó mordiéndose los labios el desairado esposo. Pero esta mañana no os creí yo ver de ese modo. En fin, parece que estais aqui...

— ¿Os estorbo, Vadillo? habladme con el corazon en la mano... ¿Quereis que salga efectivamente...

— No, no es eso; es, es que me he vuelto loco, ya lo he dicho.

— Lindo humor traeis, esposo. Si hubiérais perdido una amiga, si os persiguiese una voz que os gritase continuamente en vuestro pecho: *un crimen se ha cometido, y el criminal está impune...*

— ¿Qué decís? ¿oís vos esa voz?

— Os digo que no puedo desechar de mi imaginacion que esa pobre condesa ha sido malamente muerta, y que una persona...

-- ¡Silencio! gritó con terror Vadillo.

-- ¡Silencio! ¿por qué? Esta noche lo he soñado.

-- ¿Qué habeis soñado?

-- Tonterías; pero cuando está una afligida y prevenida por una idea... no sé qué efecto...

-- Contad.

-- Nada; soñé que habia estado en la corte no sé por qué accidente, y que una dueña enlutada se habia aparecido á pedir justicia...

-- Proseguid, dijo temblando Vadillo.

-- Sus facciones eran las de la condesa, su voz la misma: arrojéme á abrazarla y...

-- ¿Vos?

-- Yo, y me rechazó: "Aparta, dijo; estoy manchada de sangre: ¿no la ves correr aun?" Un chorro entonces pareció

salpicarme toda y temblé... Pero ¡Dios mio! vos temblais tambien.

-- No.

-- Sí.

-- Bien, sí... Estoy mortal, añadió para sí levantándose Vadillo: si habrá muerto efectivamente la condesa: ¿sería capaz el conde?... ¡Qué horror! Por otra parte, conociéndome, si lo hubiera hecho, me lo hubiera ocultado... yo le afeé... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Yo he sido cómplice de un asesinato? La dueña enlutada no podia ser sino la sombra misma de la condesa. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Virgen Santísima! gritó Vadillo fuera de sí.

-- Esposo, ¿qué es eso? ¿sabeis que empiezo á temer que sea cierta la pérdida de vuestra razon?... Contadme por Dios...

-- Nada; imposible: en dos palabras: ¿vos no habeis salido?

-- ¡Qué pregunta!

-- ¿No saldreis?

-- ¡Qué aire!

-- A Dios, Elvira, á Dios. No me es-

pereis hasta la noche. Asuntos de importancia me llaman al lado de don Enrique...

-- ¿Os vais? ¿Para eso habeis venido? Mirad...

-- Bien sé que me queréis, que me sois fiel; soy un loco... pero... la condesa... ya sabeis... ahora dejadme por Dios, dejadme, vuestra presencia me hace mal.

Separóse al decir esto casi por fuerza de los brazos de su esposa, la cual quedó sollozando en un sillón con el page al lado.

-- Esto es mejor, dijo el page. ¿Llorais de veras?

-- Jaime, sí. Hace una tantas cosas contra su voluntad; las consideraciones del mundo...

-- ¿Cómo? ¿Lo decís porque teneis que agasajar y poner buen semblante á vuestro esposo?

-- ¿Qué dices, Jaime? preguntó lanzando un suspiro Elvira: ¿quién te ha dicho eso? es mentira, mentira. Yo amo

á mi esposo; ni pudiera amar sino á él; ¡ es tan bueno !

-- Pues entonces, dijo el page, no os entiendo: yo por mí, si no os viera llorar, ahora me reiría, soltaría la carcajada.

-- ¿ Por qué? ¿ Por que una circunstancia desgraciada le ha puesto en el caso bien triste de no poder distinguir la verdad del engaño? ¿ Por que una muger tenga mil veces que parecer artificiosa con su esposo, se habrá de deducir que este es risible? Ah, Jaime, en todo engaño ten lástima siempre al engañador, que en realidad ese es el mas risible, y ese es acaso realmente el engañado.

Despues de esta pequeña reprimenda no osó hablar el pagecillo.

-- Mira, Jaime, si va lejos ya Hernan Perez.

-- Tan lejos que no le alcanzaría el mismo Hernando, que no hay corza que no alcance.

-- Vamos, pues, page; no hay tiempo que perder: ya tienes tus instruccio-

nes. Prudencia y silencio... Como la muerte, ¿estás?

-- Como la muerte, respondió el page. Dichas estas palabras, Elvira y el page pasaron á otra pieza, donde no nos es lícito penetrar con ellos.

Hernan Perez entre tanto recorria con mas terror que zelos las inmensas galerías del alcázar: cada pisada suya le parecia las de la condesa. Hay muchos hombres valientes, temerarios contra un millar de enemigos armados en un dia de batalla, y que perecen de terror ante la idea de un muerto y el recuerdo de una fantasma; que treparían los primeros á la brecha, y no subirían nunca solos una escalera oscura. En aquel momento Hernan Perez era de estos: el menor ruido que hubiera oido realmente, la menor sombra que se hubiera puesto delante de sus ojos, le hubiera derribado por tierra sin sentido. Tal traía él la imaginacion llena de ideas de muertes y apariciones, de sombras y emplazamientos. Llegó por fin á la cámara de

don Enrique. Abrióla de golpe, y precipitóse dentro con los cabellos erizados y los ojos casi fuera del cráneo.

-- ¿Qué traeis, Vadillo? dijo levantándose don Enrique al ver el desorden de su escudero.

-- Es su sombra, señor, es su sombra, repuso Vadillo mirando atras todavía, y procurando componer su semblante.

-- ¿Qué sombra? replicó don Enrique? Será la que hace vuestro cuerpo al pasar por delante de la lámpara de la galería.

— No es eso, señor, no es eso.

— ¿Qué es, pues? explicaos.

— Mi esposa...

— ¿Vuestra esposa es sombra? ¿Qué decís?

Temblaba ya Ferrus de pies á cabeza con la esplicacion del escudero, y no sabia don Enrique qué creer de semejante asombro.

-- Digo, señor, concluyó Vadillo reponiéndose, que la dueña enlutada no es

mi esposa, porque mi esposa está en su habitación, y mi esposa no ha salido ni saldrá...

-- ¿Estais seguro?

-- Como estoy vivo.

-- ¿Quién puede entonces...

-- No puede ser, dijo Ferrus, sino...

— La sombra de la condesa, concluyó Vadillo.

— ¿La sombra de la condesa? ¡Esa es buena! exclamó soltando una estrepitosa carcajada don Enrique de Villena.

— ¿Te ries, señor?

— ¿No he de reirme, si habeis perdido entrambos la cabeza?

— Ah, señor, repuso Vadillo, veo que si yo contara un sueño... En fin, quiero que me hayais referido de la condesa la pura verdad. ¿Estais seguro de que el encargado de...

— Delirais, Vadillo, delirais. Verdad es que ahora pierdo yo el hilo de mis observaciones, y no sé... Puesto que decís que estais seguro de haber visto á vuestra esposa, confieso que no en-

tiendo... De todos modos es necesario que vayais á buscar al astrólogo : os aguarda para darme una razon que espero con ansia. ¿ Os atreveríais, ya que vais, Vadillo , á averiguar quién sea la tapada? ¿ Tendríais resolucion...

— Manda, señor, á tu escudero.

— Bien, pues yo confio á vuestro talento esa intriga : si el nigromántico lo sabe, os lo dirá ; sino ved de tocar siquiera esa sombra, que como la toqueis, y como ella ofrezca cuerpo y resistencia, añadió riéndose don Enrique, podeis estar seguro, no quiero yo decir de que sea vuestra esposa, pero á lo menos, sí de que es persona ; y á ser hombre como parece muger...

-- Entonces, señor, yo os prometo que mi espada hiciera pronto la esperiencia. Perdona si el sobrecogimiento de una escena que he tenido tan rara, tan extraordinaria, me ha hecho parecer á tus ojos, señor...

-- Vadillo, os he visto pelear ; sé que teneis valor. Conozco por otra parte á

los hombres: son débiles y miserables en todo. Una preocupacion es mas fuerte que cien ballesteros.

Iba á despedirse el escudero para la cámara del astrólogo, donde le esperaban acontecimientos mas extraordinarios cien veces que los pasados; pero don Enrique le detuvo para dar lugar, lo uno á las intrigas que debia preparar el nigromante, y lo otro porque entonces que en realidad le engañaba, una voz interior le gritaba que debia tratarle con mas amistad y consideracion que nunca. No debia faltarles tampoco que hablar desde que don Enrique era maestro, desde que iba á ser Hernan Perez caballero, y desde que el singular duelo de la mañana habia venido á complicar tan extraordinariamente los negocios y los intereses de los principales personajes de nuestra verídica historia.



CAPITULO XIX.

Y despues de haber propuesto
 su intento y sus pretensiones
 á los de guerra y estado
 que atento le escuchan y oyen,
 en confuso conferir
 se oye un susurro discordes,
 que sala y palacio asorda
 la diversidad de voces.

Rom. de Bernardo del Carpio.

COSA indudable es que don Enrique de Villena, una vez adoptadas sus ambiciosas ideas de elevacion, no perdonaba medio alguno de llevarlas á cabo, ni daba un punto reposo á su imaginacion, buscando trazas para asegurarlas. El alto puesto que anhelaba era sin embargo bastante apetecible para que se le ofreciesen naturalmente en el camino de sus intrigas temibles maquinaciones de sus enemigos y poderosos contendedores. No habrá olvidado el lector tan pronto, si es que ha llegado á tomar alguna aficion á los sucesos que le vamos con de-

saliñada pluma enarrando, aquel don Luis de Guzman, que paseaba el salon de la corte en la mañana de este mismo dia hablando con el famoso coronista Pero Lopez de Ayala. Si no ha olvidado á aquel caballero, y si recuerda el diálogo en que se le presentamos por primera vez, tendrá presente tambien que el coronista le habia designado como sucesor probable de su tio don Gonzalo de Guzman, último maestre de Calatrava. Llamábanle efectivamente á este alto puesto, en primer lugar su parentesco con el difunto, su vida ejemplar é irreprochable conducta, el título de comendador de la orden, y la confianza que inspiraba á los mas de los caballeros. Era generalmente querido, y en realidad mas digno del maestrazgo que don Enrique de Villena, en aquella época, sobre todo, en que el valor solia suplir todas las demas calidades: tenía don Luis en alto grado, y habia dado de él repetidísimas y brillantes pruebas en las guerras de Portugal y de Granada, al paso que de don Enrique se podia sospechar

fundadamente que no era su virtud favorita, pues nadie recordaba haberlo visto jamas en ningun trance de armas. Habia probado ademas don Luis que conocia los deberes todos de buen caballero en las diversas justas y torneos en que habia sido mantenedor ó aventurero; sabia manejar en todas ocasiones con singular gracia un caballo, rompía una lanza con bizzarría, acometía con denuedo en la carrera, corria parejas con estrema donosura, cogía sortijas con destreza, y disparaba cañas con notable inteligencia. Don Enrique, por el contrario, empleaba todo su fuego en semejantes circunstancias en hacer una trova muy pulida y altisonante, en que cantaba las hazañas ajenas, á falta de las propias. Pero era el mal que en la corte de don Enrique no habian obtenido todavia las trovas aquel grado de estima que en reinados posteriores llegaron á alcanzar; cosa en verdad que no dejaba de ser justa, si se atiende á que las trovas servian solo para matar el fastidio momentáneamente en un banque-

te de damas y cortesanos, al paso que una lanza bien manejada derribaba á un enemigo; y en aquellos tiempos belicosos eran mas de temer los enemigos que el fastidio.

Las intrigas de don Enrique habian impedido que este mancebo generoso supiese á debido tiempo la infausta nueva de la muerte de su tio. La primera noticia que de ella tuvo fue la que en pública corte recibió, y en el primer momento la sorpresa de no haber sido de ella avisado, circunstancia que no acertaba á esplicarse á sí mismo facilmente, y el dolor le embargaron toda facultad de pensar y abrazar un partido prontamente. Sacóle empero de su letargo la eleccion que hizo el rey de su pariente para suceder en el maestrazgo, é indignóle aun mas que semejante nombramiento la bajeza con que se adelantaron varios caballeros de su orden á proclamar casi tumultuosamente al conde. Mal podia sin embargo en aquella circunstancia manifestar su agravio, ni menos oponerse á la dicha de su compe-

tidor. Aunque lo hubiera intentado, hu-
 biérale sido muy difícil pronunciar una so-
 la palabra, porque debemos añadir á lo
 que de su carácter llevamos manifestado,
 que tenia tanto don Luis de cortesano,
 como don Enrique de valiente. Todos sus
 conocimientos estaban reducidos á los de
 un caballero de aquellos tiempos: habían-
 le enseñado en verdad á leer y escribir,
 merced á la clase elevada á que pertene-
 cía; pero cuando no tenia olvidado él mis-
 mo que poseía tan peregrinas habilidades,
 que era la mayor parte del tiempo, no com-
 prendia por qué se habrían empeñado sus
 padres en hacerle perder algunos años en
 aquellos profundísimos estudios, que no
 le podían ayudar, decia, á rescatar una
 espuela ni el guante de su dama en un
 paso honroso. ¿Qué cota por débil que fue-
 ra, que almete por mal templado habia
 cedido nunca á la lectura de un pergami-
 no por bien dictado que estuviese, ó al
 rimado de una trova por armoniosa que
 sonase? Despreciaba asimismo las galas del
 decir, y el elegante artificio de la oratoria,

porque solia repetir que él llevaba la persuasion en la punta de su lanza, y efectivamente; habia convencido con ella á mas moros que los misioneros que iban continuamente á Granada; éstos no solian sacar otro fruto de su peregrinacion cristiana que la palma del martirio, la cual podia ser muy santa y buena para su alma; pero no daba un solo súbdito á la corona de Castilla, sino antes se lo quitaba. Bien se ve por este ligero bosquejo que era don Luis hombre positivo, y que no hubiera hecho mal papel en el siglo XIX. En esta candorosa ignorancia, y en la fuerza de su brazo, consistia su popularidad, porque entonces como ahora se pagaba y paga la multitud de las cualidades que le son mas análogas, y que le es mas facil tener: en ellas tomaba su origen el carácter impetuoso y poco ó nada flexible de don Luis; cuando oyó la eleccion que habia hecho el rey Doliente, miró á una y otra parte todo asombrado, como si no pudiese ser cierta una cosa que no le agradaba, enrojeciése su rostro, cer-

ró los puños con notable cólera é indignacion, miró en seguida al rey, miró al conde de Cangas, miró á los caballeros calatravos que le proclamaban, encogióse de hombros, y sin proferir una sola palabra salióse determinadamente de la corte; accion que en otras circunstancias menos interesantes hubiera llamado extraordinariamente la atencion de los circunstantes. Nadie sin embargo la notó, y el ofendido caballero pudo entregarse libremente al desahogo de su mal reprimida indignacion. Hubiera él dado su mejor arnés y su mejor caballo por haber sabido el golpe que le esperaba en el momento aquel en que la acusadora de su rival habia apostrofado á los caballeros presentes en fávör de su demanda. No hubiera sido Macías entonces el que se hubiera llevado el honor de salir por la belleza; por que es de advertir que la acusacion, que, como á todos, le habia parecido inverosímil en el instante de oirla, comenzó á tomar en su fantasía todos los visos no solo de verosímil, sino de proba-

ble, y hasta de cierta desde el punto en que se vió suplantado por el que era objeto de la querella. "Es evidente, dijo para sí, que don Enrique es un fementido: mientras mas lo pienso, mas me convenzo de su iniquidad. ¡Felonía! ¡matar á una muger!!! Desde que hizo este raciocinio hasta el dia de su muerte, don Luis de Guzman no pudo admitir jamas suposicion alguna que no fuese en apoyo de esta opinion: era evidente para él que don Enrique habia matado á su esposa, y aunque la hubiera vuelto á ver de nuevo buena y sana, cosa que no sabremos decir si era facil ya que sucediese, hubiera dudado primero de sus propios ojos que del delito de don Enrique. Asi juzgan los hombres, y los hombres exaltados sobre todo.

Llegado don Luis á su casa, llamó á su escudero, y le dió el encargo de convocar á los caballeros de Calatrava en quien mas confianza tenia, y que no habian asistido á la corte de aquel dia. Mientras que el escudero partió á desem-

peñar su delicada comision , quedó don Luis paseando á lo largo su habitacion , y maquinando cómo podria asir la dignidad que acababa de deslizársele entre las manos.

De alli á poco comenzaron á ir llegando los caballeros de Calatrava, llamados unos, de su propia voluntad otros, al saber la escandalosa novedad que en la orden ocurría. Varios entre ellos tenían el mismo motivo de agravio que don Luis, es decir, que no podían alegar mas causa de su enemistad á don Enrique que el haber éste conseguido lo que ellos para sí deseaban: estos tales se hubieran reunido igualmente con Villena contra don Luis si hubiera sido éste el afortunado. El amor propio ofendido y el deseo de derribar al poseedor eran su único objeto al reunirse, cosa que sucede comunmente en los mas de los conspiradores y descontentos. No sucedió, pues, en esta ocasion sino lo que suele siempre suceder en casos semejantes; pero habia una circunstancia favorable para ellos esta vez: á saber; que

Villena prestaba mucho campo á la oposicion , de suerte que en realidad no eran sus enemigos los que tenian ventaja , sino él el desaventajado.

No tardaron mucho tiempo en hallarse reunidos en la casa posada de don Luis Guzman mas de veinte entre caballeros y comendadores de Calatrava. Seguía paseándose en silencio el desairado candidato, y solamente una seca inclinacion de cabeza , y un ademan mas seco todavia, con que hacia seña de ofrecer asiento , marcaban de cuando en cuando la entrada de un nuevo concurrente. Al ver tan distraido y preocupado al dueño de la casa, sentábase cada cual , y esperaba con humilde resignacion á que tuviese por conveniente romper tan incómodo silencio : lo mas á que se estendia el atrevimiento en tan solemne reunion , era á preguntar en voz imperceptible alguno á su compañero y adlátere el objeto de aquella misteriosa asamblea. Luego que le pareció á don Luis suficiente el número de sus oyentes , soltó la rienda á su desnuda elocuen-

cia con toda la seguridad de un hombre que está muy lejos de imaginar que puedan reprochársele las frases que usa, ó vituperársele los vocablos que para expresar sus ideas adopta.

— ¡ Por Santiago, caballeros de Calatrava! exclamó: que hoy luce un dia bien triste para nuestra orden. Dia de oprobio, dia que no saldrá facilmente de vuestra memoria. Un rey débil, un rey enfermo, un rey en cuya mano estaria mejor la rueca de una dueña que la lanza de un caballero, osa otropellar vuestros fueros y privilegios, y ¡ voto va! que no luce bien la cruz roja en un pecho dispuesto á sufrir humillaciones. ¿Sabeis lo que es honor, caballeros de Calatrava? se interrumpió bruscamente á sí mismo el comendador, parándose de pronto en su paseo, como hombre que ha perdido el hilo de un largo discurso que trae mal estudiado, y que se decide por fin á reasumir en una sola frase enérgica y terminante todos sus cargos y argumentaciones: ¿sabeis lo que es honor, caballeros de Calatrava?

Á la primera enunciacion de este inesperado apóstrofe, dejóse percibir sordo murmullo de desaprobacion en el auditorio, y poniéndose en pie uno de sus principales oyentes,

— Duda es esa, señor don Luis de Guzman, que cada uno de los que mirais aqui reunidos á vuestro llamamiento sabria desvanecer bien presto, á no ser vos el que la anunciais. Ignoro los motivos que podeis tener para haber llegado á darle entrada en vuestro corazon, pero yo en mi nombre, y en el de todos los presentes, os ruego que os sirvais esponernos brevemente la causa que á esta convocacion os mueve, y á declarar qué habeis visto en los caballeros de la orden que provoque tan alta indignacion. Espada tenemos todos, y en cuanto al valor, no será esta la primera ocasion en que probemos que no estamos acostumbrados á sufrir ultrajes impunemente.

— Nunca dudé, contestó don Luis con la satisfaccion de un hombre que ve abundar á sus oyentes en sus mismas o-

piniones, nunca dudé de vuestro valor. Como comendador mas antiguo, como pariente de nuestro buen maestro, que acaba de fallecer en Calatrava, he creido tener derecho á convocaros cuando se trata de los altos intereses de la orden, y de evitar acaso su ruina.

-- ¿Su ruina? exclamaron á una todos los caballeros.

-- Su ruina, sí, repitió Guzman, su ruina. Hoy ha llevado un golpe que tarde ó nunca se reparará. Varios de vosotros lo habeis oido. Escuchadlo los demas con espanto y con indignacion. No se espera ya á que los caballeros de la orden, reunidos en su capítulo, pongan á su cabeza, movidos de justas razones, al caballero mas perfecto, mas experimentado en las lides, mas prudente en los consejos. No: un rey por sí y ante sí, atropellando nuestros mas sagrados derechos, eleva á la dignidad que mil hechos heróicos, que una larga vida de virtudes bastan apenas á merecer, ¿á quién? á un hombre cuyo penacho no sirvió nunca de guia

á los valientes en una batalla , á un hombre que nunca dió el primero ni oyó resonar en torno suyo el grito de ; Santiago cierra España! Á un hombre que ha trocado la lanza por la pluma , cuyo campo de batalla es una mesa cubierta de inútiles pergaminos ; que no ha vencido nunca sino las necias dificultades de lo que llama él rimas. Á un hombre , caballeros , de quien con fundada razon se dice que tiene inteligencia con los espíritus , y que...

-- ¡Qué horror!

-- Oidlo , sí , con escándalo , nobles compañeros. Ese es el hombre que nos destinan por maestro : un afeminado cortesano , un intrigante ambicioso , un rimador , un nigromante en fin...

-- ¡Fuera , fuera ! gritaron á una los caballeros , cuyos ánimos iba templando ya el calor comunicativo y la natural elocuencia de la pasión que dominaba en el comendador.

-- ¿Lo sufriremos? continuó don Luis , como una piedra que caida de una altura desmesurada sigue rodando largo espacio

despues de llegada al llano, ¿lo sufriremos? Yo por mí, nobles caballeros, juro á Santiago de no dormir desnudo y de no comer pan á la mesa mientras que vea la orden á su cabeza al... al... ¿para qué callarlo en fin? al asesino de su esposa.

No necesitaban ni tanto ya los caballeros reunidos en casa del comendador para acabar de perder la poca sangre fria que les quedaba. La última frase del orador produjo el efecto de una chispa lanzada en medio de un monton de estopa seca. Veíase lucir en todos los semblantes la misma animacion que en el de Guzman; todos provocaban y escitaban mutuamente su cólera con la relacion de las ofensas que en aquel momento se figuraba cada cual haber recibido ó del rey Doliante ó del intruso maestro. Inútil es decir si se recapitularon largamente las calidades del conde de Cangas. Habia quien lo habia visto horas enteras evocando los manes de los difuntos en un cementerio en compañía del judío Abenzarsal; habia quien le habia visto sepultarse en una

larga redoma y desaparecer á los ojos de los circunstantes; y hasta se llegaba á probar que habia estado en mas de una ocasion en dos partes opuestas á un mismo tiempo: lo cual, como convinieron todos, no podia obrarse sino por arte del demonio, si se atiende á que cada uno no suele tener en el mundo mas que un cuerpo; ahora bien, era cosa sabida que el demonio no hace nada de valde, circunstancia que podria hacerle pasar perfectamente por escribano ó agente de negocios; de lo cual era forzoso inferir que don Enrique le habria vendido su alma, si bien no habia entre tanto ilustre caballero quien osase descifrar las ventajas que al demonio le podian resultar de poseer el alma de don Enrique de Villena, tanto mas cuanto que á todo tirar no era realmente de las mejores.

Quedó sin embargo establecido por punto general; primero, que don Enrique habia sido, era y seria eternamente nigromante por pacto con el demonio: segundo, que habia sido asimismo, era y

seria eternamente el asesino de su esposa, lo cual habia de ser irremisiblemente cierto, mas que no hubiese tal demonio, ni tal esposa muerta, cosas para nosotros, si hemos de decir verdad, igualmente dudosas.

Resueltos estos dos puntos principales, era consecuencia forzosa el resolver la deposicion del maestro: esto en verdad ofrecia mas dificultades, pero la imaginacion las superó; convínose primeramente en que don Luis de Guzman quedaria en la corte para esponer reverentemente á su alteza que los estatutos de la orden de Calatrava determinaban que solo pudiese ser nombrado el maestro por eleccion de los caballeros y comendadores reunidos en capítulo; y que para ganar tiempo mientras se recababa de su alteza la revocacion del nombramiento ilegal, saldrian varios de los caballeros presentes en calidad de emisarios á los diversos puntos donde habia fortalezas y castillos de la orden para evitar que se reconociese y prestase juramento de pleito homenaje al conde de Cangas. Uno sobre todo debia ir y declarar

al clavero de la orden residente en Calatrava que era la voluntad del mayor número de los caballeros que siguiese desempeñando las funciones de maestro, lo cual además le suplicaban rendidamente por el bien de todos, mientras que se procedía á la eleccion del que hubiese de ser válida y legalmente nombrado.

No perdieron, pues, instantes preciosos, y antes de anochecer los caballeros habian hecho voto solemne de llevar adelante su empresa, mientras que estuviese pegado el puño de la espada á la hoja, y mientras que corriese una gota de sangre por las venas: todos habian ofrecido al santo de su devocion el don que les parecia mas grato á sus ojos, y se habian separado, despues de conferidos poderes á cada uno de los emisarios en nombre de aquella junta, que llamaron *capítulo extraordinario*, y al cual supusieron igual poder que al capítulo general, en vista de la urgencia y apuro de las circunstancias en que se habia celebrado.

Verdad es que tampoco se habia dor-

mido don Enrique de Villena, á quien no se le ocultaba que podria encontrar una enérgica oposicion en los caballeros ; antes disponiendo de varios de los que se habian pronunciado en su favor en la corte de aquella mañana , tomó igual providencia enviando á Calatrava á Alhama, y á otros puntos emisarios que le dieran á reconocer , que animasen á los tibios con promesas de adelantamiento , ganasen á los descontentos con plazas efectivas de comendadores, y enardeciesen á los amigos para que no pudiese en ningun caso ser contraria á la eleccion de su alteza la eleccion del capítulo , que bien sabia él que se necesitaba para la tranquila é indisputable posesion del apetecido maestrazgo.

Dejemos empero á los emisarios de uno y otro corriendo los campos de Castilla, y llevando de una parte á otra órdenes contradictorias, y volvamos á seguir el hilo de las maquinaciones, de que era teatro la parte del alcázar destinada á las habitaciones de su alteza y de sus mas allegados servidores.

CAPITULO XX.

Quien esto vos aconseja
vuestra honra no queria.

Rom. de don García.

EMPEZABA á anochecer cuando el astrólogo Abraham Abenzarsal, paseándose en su laboratorio con notable inquietud, parecia esperar á alguna persona, ó el éxito por lo menos de alguna de las muchas intrigas en que le tenia embarcado á la sazón su desmedida avaricia.

— ¿Si habré cometido una imprudencia? decia. ¡Oh! á mi edad seria imperdonable. ¡Los motivos que me espuso fueron tan poderosos y tantas sus lágrimas, tan eficaces sus ruegos!! No sé qué principio de condescendencia hay en el corazón del hombre, el mas duro, el mas empedernido, el mas viejo, para con una muger, y una muger hermosa y jóven que supplica... pero... alguien viene... ¡Ah! No cometí imprudencia alguna. -- Señora, me

hallais en la mayor inquietud... estaba anocheciendo ya...

— Os dí mi palabra, respondió la dama, que entraba, é hicisteis mal en estar con cuidado. Pero os advierto lo mismo que esta mañana os advertí: bien conocéis cuán difícil es que en mi posición pueda continuar semejante enredo. Os he dicho ya que las razones que á ocultarme me obligaron nada tenían de comun con su alteza; muchas veces no se puede hacer una obra buena á cara descubierta; las posiciones de la vida... En fin, ya me habeis comprendido. Espero, pues, que si no habeis hablado á su alteza, le habéis cuanto antes os sea posible.

— Esta misma noche, señora, podreis retiraros. Una vez que sepa su alteza quién sois, ¿qué inconveniente podrá haber...

— ¡Qué agradecida debo estaros, sabio Abraham!

— Vuestra estancia aqui es ahora indispensable. Su alteza pudiera querer veros, y sus ordenes han sido tan terminan-

tes... Por otra parte no es de estrañar que quiera tomar con la acusadora de su querido pariente todas las medidas que la prudencia indica, sobre todo cuando no presenta acusacion tan atrevida vislumbre alguna de verosimilitud.

— ¿Vos tambien, Abenzarsal, vos que conoceis á don Enrique de Villena...

— Porque le conozco, señora, no le creí nunca capaz de ún...

— De todo, Abrahem, de todo.

— Veo que os hace obrar, señora, algun resentimiento particular... ¡ Oh! sabido es qué el conde fue siempre aficionado en demasía á las bellas...

— De nada le hubiera servido esa aficion para conmigo...

-- Conozco vuestra virtud... pero pudiera muy bien...

-- ¿Sí? ¿y qué? ¿para qué negarlo? largo tiempo duró su persecucion; pero si alguno de los dos puede aborrecer al otro por ese recuerdo, él es y no yo...

-- Lo sé, señora...

-- Por lo que á mí hace, me ha mo-

vido la amistad que á la condesa, mi señora, siempre he profesado, y el cielo; no otras consideraciones. Las que puedan moverle á él contra mí me interesan poco, Abenzarsal. Hállome bajo la protección de las leyes, bajo la salvaguardia de mi estado, bajo la custodia ahora de su alteza mismo.

-- Decís bien, hermosa dama. Perdonadme si no entro ahora mismo á hablar por vos á su alteza; pero tengo para mí que ha de estar en su cámara todavía su doncel favorito, cuya larga ausencia no podia menos de dar lugar ahora á largas entrevistas. ¿Conoceis supongo al doncel Macías? ;pero qué distraccion! es vuestro defensor.

-- Sin embargo, respondió la dueña cubriéndose el rostro con su abanico morisco, nunca le hablé...

-- ¿No?

-- Ya vísteis que su presencia en la corte no tenia indicio de cosa premeditada de consuno. La casualidad sin duda le trajo... á tiempo que ningun caballero

de la corte de don Enrique queria arros-
trar por una débil muger el poder del in-
solente Villena.

-- Y su bizarro valor fue en ese caso
y su cortesanía lo que le obligó á...

-- ¡Oh! eso no es nada. Mas es de
admirar la cobardía de los demas caba-
llos que su valor. Ese es deber...

-- No sereis vos sin embargo, prosi-
guió el astuto astrólogo, la que negareis
al único caballero que os ha librado del
riesgo en que estabais las brillantes y pe-
regrinas dotes que Castilla toda le con-
cede...

— Ciertamente, no. ¿Sabeis qué ho-
ra es?

-- Aqui teneis el arenero... Un solo de-
fecto suelen encontrarle...

— ¿A quién?

— Al doncel.

-- ¿Y cuál? repuso la dama afectando
una indiferencia que por cierto no sentia.

-- Nada; dícese que nunca se le ha
conocido dama alguna: sin embargo, tie-
ne edad ya de enamorarse...

— ¿Quién sabe si lo estará realmente? ¿Es forzoso decir á gritos...

-- No; pero sabeis que á su edad es raro el caballero que no puede llevar un mal lazo, una banda, prenda del amor de su dama. Hasta es desdoro. Como no sea que adore en secreto á alguna belleza cuyo mote no pueda llevar..

— ¿Qué decís?

— O es eso, señora, ó es que el doncel no es sensible sino al aguijon de la gloria. En ese caso su galantería seria pura caballeridad...

-- ¿Estará ya solo su alteza? interrumpió la agitada dama.

-- Paréceme, señora, que teneis interes en interrumpir la conversacion del doncel... ¿Seria yo indiscreto al hablar delante de vos...

-- Oh, no, no, nada de eso; hablad de él como pudierais de cualquiera otro. Solo me relaciona con él el vínculo de la gratitud que recientemente me ha merecido.

-- Solo una cosa tenia que añadir,

en el supuesto de que esta conversacion no os incomode... ¿Estais inquieta?

-- No, os he dicho que no: estoy tranquila. ¿Por qué no habria de estarlo?

-- Digo, pues, que acaso ahora con ser vuestro caballero...

-- ¡Mi caballero!

-- Forzosamente ha de serlo.

-- Sí; mi campeon; repuso la enlutada con un suspiro escapado del pecho á su pesar.

-- Como querais. La posicion en que está para con vos, ese misterio que os empeñais en guardar, la compasion que inspirais, y el entusiasmo al mismo tiempo á que inclina el hermoso rasgo de amistad que habeis...

— No me lisonjeeis, y acabad.

— Todo eso, pues, hará nacer acaso en su imaginacion ideas que no habrá tenido nunca tal vez, y en su corazon una aficion...

— Perdonad, Abraham, si os interrumpo, pero admiro vuestra penetracion. ¿Habeis conocido antes en mi rostro que me senti a incomodada?...

— ¿Será cierto? esta conversacion...

-- No, la conversacion no, repuso la dama reclinándose; pero la agitacion del dia, la precipitacion ademas con que he tenido que andar no me ha permitido tomar alimento, y siento una debilidad...

— ¿No os decia yo? La palidez de vuestro rostro me lo anunciaba. Ved qué necio, y yo creía que era la conversacion... ¡Qué tontería! Ya veo que el dia que habeis traído hoy es mas que suficiente motivo...

— Decís bien.

— Ya sabeis que mi primera ciencia es la de curar; si quereis seguir mis consejos...

— ¡Ah! ¿Creeis que esta debilidad...

-- ¿Quereis tomar algun alimento?

-- Me será imposible...

-- Verdad es... Si quisierais una bebida cordial que os diese fuerzas...

-- ¿Teneis...

-- Yo mismo os la prepararia... Os daria descanso y fuerzas.

-- Como gusteis, Abrahem.

-- La tomareis, dijo el físico, preparando unas yerbas, y podreis descansar un rato aqui mientras que paso á hablar á su alteza.

-- Pero en vuestra ausencia...

-- No temais: nadie viene á mi cámara: el estudio y el retiro en que vivo alejan de mí las visitas que pudieran turbar vuestro reposo. Ningun sitio del palacio mas seguro que este: su inmediatecion á la cámara del rey, las muchas guardias que custodian las próximas galerías...

-- No, no es que tema ningun peligro; pero...

-- Perded el miedo; por otra parte teneis vuestro antifaz, que puede en todo caso guardaros de la indiscrecion, y vuestras dos dueñas esperan vuestras órdenes en mi antecámara. A la menor voz, ellas y los ballesteros...

-- Decís bien.

-- Perdonad si vuestros mismos intereses me obligan á dejaros sola en mi habitacion; mi ausencia será corta.

-- Eso deseo.

-- Tomad, pues, señora, esa bebida.

-- ¿Pero me respondeis de su eficacia...

-- Estoy seguro de ella: apuradla.

-- Ya veis si tengo confianza en el físico de su alteza; ni una sola gota he dejado.

-- Obrásteis como prudente, repuso el empírico con una alegría que disimulaban mal sus ojos llenos de fuego y de esperanza. Reclinaos ahora un momento.

-- No, no hay necesidad.

-- Presto conoceréis sus efectos: es maravillosa la virtud de la bebida: al principio parecerá quitaros las fuerzas; pero despues... Y obra con una rapidez...

-- Sí; paréceme que siento como pesadez...

-- ¿No os dije? acaso os hará dormir...

-- ¡Dormir, Dios mio! y aqui...
¡Abraham!!!

-- ¡Señora!

-- ¡Santo Dios! ¿por qué no me lo habeis dicho?

-- ¡Oh! será un momento... una hora...

— ¡ Una hora , Abraham ! Quiero marcharme... Me pondré el antifaz...

-- ¿ Qué decís ? si quereis, mi lecho...

-- ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio !... ¡ Qué sueño, Abraham, qué pesadez ! es de plomo mi cabeza... Abraham, Abrah.... ah... Bien.

Apenas tuvo fuerza para pronunciar esta última palabra , á la cual no podia ya dar la enlutada sentido alguno. Inclínose su cabeza , dejó caer su brazo lánguidamente , abrióse su mano, y desprendióse de ella sobre su sitial el hermoso pañuelo que bordado de su propia mano traía, y en que lucía su nombre con gruesos caractéres góticos de oro y seda artificiosamente mezclados. El mas profundo letargo habia sobrecogido á la enlutada, y el astrólogo conocia efectivamente muy bien el maravilloso efecto de la narcótica bebida.

-- ¡ Es mia ! dijo, despues de un momento de silencio, el físico : ¡ es mia ! añadió levantando el antifaz con que se habia cubierto la dueña la cara antes de

dormirse , y volviendo á dejarle caer sobre sus hermosas facciones luego que la vió profundamente dormida. Téngola segura aqui para mas de dos horas. Una hora tengo para hablar con su alteza; otra para el desenlace de esta intriga infernal. Infernal, sí , pero pagada. Esta es la circunstancia que han de tener las intrigas. Dichas estas palabras, reconoció el astrólogo su habitacion y las puertas de ella ; cerró la comunicacion con la escalera secreta, y salió con direccion sin duda á la cámara de su alteza.



CAPITULO XXI.

¿ Cuyo es aquel caballo
que allá bajo relinchó?

.....

¿ Cuyas son aquellas armas
que estan en el corredor?

.....

¿ Cuya es aquella lanza
que desde aqui la veo yo?

Canc. de Rom. Anón.

MAS de una hora habia pasado desde que el intrigante viejo habia sepultado en letargo profundo á la incauta enlutada, y no habia alterado en aquel espacio el mas mínimo ruido la tranquilidad que en el laboratorio reinaba.

Por fin dos hombres, vestido el uno de rica y vistosa seda, de tosco buriel el otro, armado aquel simplemente con una espada, balanceando éste en su diestra mano un aguzado venablo, entraron en la pieza inmediata á la del astrólogo.

— ¿Con que está decidido, dijo Hernando, que vais á ver á ese astrólogo?

— Citóme esta mañana, Hernando, repuso Macías, y no ha mucho que le he visto en la cámara de su alteza. “Dentro de una hora, me dijo, estaré en mi aposento: esperadme, si tardare, un momento.”

— ¡Plegue á Dios que no acabe el juicio de volverte el juicio, señor!

— ¿Por qué, Hernando?

— Por el soto de Manzanares, señor, que otra vez le viniste á ver y nos ha costado andar meses perdiendoalcones en los montes de Calatrava, que asi sirven para los de Madrid como sirven los mas de los perros del rey Enrique para mi leal Bravonel.

-- Asi estaba escrito, Hernando; mi negra estrella lo dispuso de esa suerte.

— Voto va, señor, que yo no tuve nunca mas constelacion que mi mano derecha, y lo que sé decirte es que siempre está escrito que muera el venado contra el cual disparo mi venablo.

-- ¿Niegas tú, pues, la influencia de las constelaciones?

— No niego nada, pésiamí: pero si tienes enemigos, señor, y si quieres conjurarlos, ¿por qué no me dices: Hernando, escatima el rastro de aquel oso que me incomoda? Mal año para Hernando si antes de la luna nueva no habias de poder-te hacer una buena zamarra con la piel de la bestia.

-- Muchas veces, Hernando, conviene cazar de otra manera. Puede mas el ingenio que la fuerza.

-- ¿Y qué no tiene ingenio un montero? No todo ha de ser tampoco dar lanzada; pero maneras hay de cazar, si bien no se hicieron todas para monteros de corazon. No gusto yo de ardidés; pero por tí, válame Dios, que monteara yo presto de todos modos. Tambien yo estuve en tu tierra; allí en Galicia aprendí la montería á buitron, y mas de un lobo he cogido al alzapie.

-- Bien se trasluce, Hernando, que se te alcanza mas de ardidés de montería

que de intrigas de corte. Mira si puedes esperar á mi salida, y dejemos para mejor coyuntura tus toscos lazos.

-- Toscos, señor, pero seguros. Aquí te espero, y á la buena de Dios. Quiera éste que no caigas tú en la hoya del adivino, y salgas cazado pudiendo cazar.

-- No temas, Hernando, que en último apuro no ha de faltarme nunca una buena lanza, y eso es todo lo que necesita un caballero. Entre tanto no tengo que temer del astrólogo, á quien nunca hice mal, sino de mí mismo, y este peligro es el que vengo á prevenir, que aquel prevenido se está.

-- Como de esas veces sale la fiera de donde no se espera. El oso era enemigo del hombre antes de que el hombre supiera cazarle. Anda con Dios, señor, mientras yo le quedo rogando que sea mas feliz esta prediccion del astrólogo que la pasada.

Sentóse á un lado Hernando dichas estas últimas palabras, y el dudoso doncel entró en el laboratorio del judío, inquieto por sus propios presentimientos, re-

forzados con las palabras del montero, y por el objeto de su supersticiosa visita.

La luz que alumbraba la habitacion era una lámpara de que solo ardia un mechero, y ese con pálido resplandor, porque el adivino no ignoraba cuán favorable es á la osadía en el amor un débil reflejo que sirve de velo al pudor y de capa al enamorado deseo. El doncel por lo tanto dirigió la vista á la mesa á que solia estar sentado trabajando el judío, y no vió á nadie. El sitial, donde estaba la dama reclinada, caía del otro lado de la mesa, y el aburrido, caballero se creyó solo por consiguiente. — No está, dijo para sí; le esperaré. No habia mucho que se habia abandonado en un asiento á sus melancólicas imaginaciones, cuando le sacó de su distraccion un ruido acompasado semejante al que produce el desigual aliento de una persona que duerme agitadamente. Miró á todos lados, y creyó que su oido le engañaba, cuando un profundísimo suspiro vino á confirmarle en su primera sospecha.

-- ¿Quién hay aquí, dijo levantándose, quién? Alguien duerme en esta habitación: ¿será que el judío, rendido al poder del sueño... pero Santo Dios, ¿qué veo? añadió reparando en la dormida, cuyo vestido se confundía en color con el fondo oscuro de los muebles y de la habitación. Una persona... ella... ella es... la dama que esta mañana... no hay duda. Yo te doy gracias, Santo Dios, por esta ocasión que me deparas propicio para averiguar lo que tanto anhelaba saber. ¡Oh! añadió acercándose con blando paso, temeroso de despertarla; ¡haced, Dios mio, que no venga nadie ahora, nadie!

La postura que el abandono de su letargo había hecho adoptar á la dormida era tan elegante como puede serlo la de una hermosa dormida: su ropa la cubría enteramente; uno de sus pies adelantado indolentemente, y levantando el extremo de su vestido, dejaba ver el torneado y ascendente contorno de una pierna modelada por el deseo: no la hubiera hecho mas perfecta la imaginacion. Recli-

nábase sobre la una mano su cabeza, y la otra, naturalmente caída, parecia destinada á ser el objeto de la osadía de un amante arrodillado. Su estremada blancura, que se destacaba del fondo negro del vestido sobre que descansaba, la hacia semejante á esas pequeñas manchas de nieve que suelen verse todavia á fines de la primavera, desde larga distancia, resaltando entre las quebradas de una escarpada y oscura montaña. La agitacion de su descanso marcaba á cada sobrealiento la delicada forma de su seno, que se alzaba y deprimia como suelen alzarse y deprimirse las leves ondas al blando impulso de la brisa azotadora. Su aliento desigual levantaba de cuando en cuando el ligero antifaz de seda, y dejaba descubierta un instante la estremidad de su rostro, por la cual parecia poderse deducir fundadamente la hermosura del resto que no se llegaba á ver: levantándose alguna vez un poco mas el antifaz llegaba á descubrirse cerca de la boca la huella de una fugitiva y vaga sonrisa; bien como un relámpago

mas prolongado suele en una noche tenebrosa ofrecer por un instante á la vista del ansioso espectador una porcion del cielo que dejan á descubierto los intervalos de las nubes, ó la lejana y suave superficie de un arroyo plateado.

El doncel, cruzado de brazos á su lado, y sin atreverse á respirar ni acercarse por no terminar él mismo con el mas leve ruido la dicha de su contemplacion, esperaba el inmediato movimiento del antifaz, como si hubiese de ir viendo cada vez mas porcion de aquel tan deseado rostro, que la importuna tela robaba á sus ansiosas miradas.

No era, sin embargo, el descanso del tierno objeto de su espectacion aquel que en la inmediacion de la mañana tiñe en alegres imágenes la fantasía de una bella: era el sueño fatídico de una horrible pesadilla producida por la pena ó por una bebida ponzoñosa y antinatural. Algun gemido se escapaba de cuando en cuando del pecho oprimido: un *ay* oscuramente pronunciado moria al nacer en sus trému-

los labios, y la mano que pendia, moviéndose con dificultad, parecia querer desviar de su dueño la fantástica figura que atormentaba sin duda su intranquilo sueño.

-- Padece la infeliz, padece, dijo entre dientes Macías. ¡ Ah ! ¿ quién puede ser sino ella ? ¿ quién sino ella podría atar de esta manera mis acciones ? ¿ quién producir este respeto y esta agitacion que á un mismo tiempo me dominan ?

Un movimiento, en fin, mas marcado pareció anunciar que iba á despertarse. — Dejádme, dejádme, dijo confusamente; huid. La muerte, la muerte...

— No, dijo Macías sin poderse contener por mas tiempo, no; la vida, la vida á tu lado eternamente. ¿ Quién se atreverá á ofenderte estando Macías á tu lado ?

Arrojóse entonces á sus pies, é iba á levantar con mano atrevida el antifaz.

-- Salgamos de una vez, exclamó, de esta penosa situación. Recordó entonces que en la mañana del mismo dia habia manifestado la enlutada su deseo de no ser

conocida, y que él la habia empeñado su palabra de no descubrirla.

-- ¡Horrible tormento! exclamó; pero respetaré tu voluntad, muger cruel. Atrevióse entonces á llegar su mano á la de la tapada, y un fuego desconocido corrió por sus venas.

-- ¡Dios mio! gritó despertándose la dama al sentir su mano oprimida por la del doncel. ¿Dónde estoy? ¡ah! ¿qué hacéis? ¡Abraham! Pero, cielos, ¿qué veo? ¿pierdo la cabeza? ¿quién sois? soltad... Guiomar, Guiomar, añadió levántandose y llamando con voz apenas inteligible á una de sus dueñas que en la antecámara la esperaban.

-- Callad por Dios, callad, exclamó Macías mirando á la puerta. No llameis á nadie: señora, ¿qué temeis?

— ¿Quién sois? ¡ah! ¡sois vos! ¿Me engaña mi deseo?

-- ¿Tu deseo? has dicho ¿tu deseo? repítelo otra vez, repítelo.

— No; no, caballero; no he dicho mi deseo. Perdonad si... no sé lo que pro-

nuncio; el sueño, la... pero decidme, ¿por qué estais aqui? ¿qué haceis? Huid, huid ahora que os conozco.

-- ¡Cruel! ¿por qué?

-- Soltad mi mano; soltadla, que no es vuestra...

-- ¡No es mia! ¡Mil rayos me confundan! Perdonad si mi dolor... ¿pero qué veo? este anillo... ¡Santo Dios! ¡ella es! ¡ella es! ¿quién sino ella pudiera tener este anillo? Es el mismo, le conozco, es el mismo.

— ¡Imprudente! exclamó la dama retirando y escondiendo precipitadamente su mano.

— ¡Elvira!

— ¡Silencio!

-- Vos sois, vos sois; no me lo ocultéis por mas tiempo, si no quereis que muera á vuestros pies.

-- Y bien, yo soy, respondió la dama abalanzándose hácia atras para poner todo el espacio posible entre ella y el doncel; yo soy, puesto que fuera inútil negároslo por mas tiempo. ¿Y qué quereis? ¿qué exigís de mí?

-- ¿Qué exijo, señora, qué exijo? preguntó el doncel arrebatado de su loco frenesí: ¿tengo derecho á exigir algo de vos?

-- Huid, pues, y no turbeis por mas tiempo mi tranquilidad.

-- ¿Vuestra tranquilidad? y la mia, señora, ¿quién la turbó sino vos? ¿ó no es nada por ventura mi tranquilidad?

-- ¿Yo?

-- ¿Quién sino vos emponzoñó mi existencia, antes feliz y descuidada? ¿quién sino vos me dijo: Macías, mírame y ama?

-- ¿Yo?

-- Vuestros ojos, vuestros ojos se clavaron cien veces en los míos, y bien claro lo dijeron. ¡Ah! Elvira, yo he aprendido bien á mi costa á leer en ellos.

-- Santo Dios, ¿qué decís?

-- ¿Juzgáis, señora, por ventura, que es lícito mirar á un hombre y elegirle con los ojos entre la multitud para abrasarle impunemente? ¿Creeis que no vale tanto un hombre como una muger? ¿Imaginásteis que su vida no es nada, que su existencia es vuestra? Vuestra, sí, si la

comprais; pero con una sola moneda, con la sola moneda que la paga; ¡ con amor!

-- ¿Pero Macías, delirais?

-- Sí, deliro, porque te veo, porque te hablo, porque esta era la felicidad que anhelaba y que huía hace tres años. ¡Tres años, Elvira! Tú sabes los días, los larguísimos días que encierran, cuando se pasan sin esperanza. He huido yo también, pero no hay hombre mas fuerte que su destino. Te amo, Elvira, te adoro. Amame, ó mátame.

-- Elegid, caballero, lo que gustéis, exclamó Elvira fuera de sí, y haciendo un esfuerzo sobrenatural. ¡ Vos osais ofenderme, vos abusais de esa manera de mi loca confianza! ¿Quién os ha dicho que os amé? ¿Olvidais que no puedo ser vuestra nunca jamás?

-- ¡Yo olvidarlo, señora! ¡Pluguiera al cielo que me fuera dado olvidarlo! ¿Quién mas dichoso entonces? Pero nunca creí que vos misma os complaceríais en repetírmelo. Añadidme ahora que le amais á ese hidalgo...

-- ¿Y si os lo dijera mentiría? Le amo...

-- ¡Silencio! El infierno, el infierno se abre en este momento ante mis ojos... necio de mí, que consumí una vida entera de amor en conquistar este desengaño... ¿Pero qué veo? ¿Llorais? Elvira, ¿llorais? Nos entendemos, ¡ah! nos entendemos: se hablan nuestras almas, á pesar de nosotros y de los obstáculos: confesadlo; es imposible que no me ameis. No se ama nunca con este amor que me abrasa para no ser correspondido. Os comprendo. ¿Temeis? ¿mirais á todas partes? Bien, callaré, señora, callaré. Pero decidme *os amo*, y nada mas.

-- Basta ya: ¡es imposible! ¿Parécenos que la superchería que conmigo usais, y que este encuentro, *casual* sin duda, en la habitacion del astrologo, merece de mi parte premio y galardón? Creedme, jóven imprudente, un mundo entero existe entre vos y entre mí: jamas le traspasareis.

-- ¡Jamás! ¡Dios mio!

-- Y escuchad: si quereis evitar mi odio, si mi aprecio os interesa, jamas me hablais de amor: os prohibo que os presenteis delante de mí; os prohibo que me dirijais trova ni cancion alguna; os prohibo...

-- Prohibidme el vivir, cruel, y acabareis mas pronto, contestó el doncel con toda la amargura de la desesperacion.

— Juradlo, Macías, juradlo si sois caballero.

-- ¿Que jure yo no amarte? Jurad vos no ser hermosa, jurad que vuestra voz no será dulce y penetrante, jurad que vuestros ojos no me abrasarán en lo sucesivo, y yo juraré entonces...

-- ¡Silencio! Soy perdida. ¿No sentís pasos? ¿No oís? ¡Abraham, Abraham!

-- Sí; pero esa puerta se cerrará...

-- ¿Qué haceis? Teneos. ¿Quereis hacerme delincuente cuando soy solo desgraciada?

— Señor Hernan Perez, dijo á este tiempo la conocida voz del astrólogo en la antecámara, entrad en mi habitacion,

y daré satisfaccion á vuestras preguntas.

— Él es, señora, él es, exclamó Macías apretando por última vez la mano de Elvira, que se desasíó de él, y lanzando un ¡ay! agudo y penetrante, se dejó caer sobre el sitial que detras de sí tenia.

El lejano y repentino ruido de la conocida tormenta no pone mas pavor en el corazon del asustado marinero que el que produjo en el pecho del hidalgo la voz acongojada que en valde intentaba desconocer.

— ¡Santo cielo! gritó: ¡esta voz es la suya! Lanzóse en seguida en la habitacion como se abalanza el tigre al redil, llamado por el tímido balido de la inocente oveja.

Detúvole empero y acabó de confundir todas sus ideas la presencia del doncel, que ya en pie, y echada la visera, parecia el ángel tutelar de la enlutada, puesto alli delante de ella para defenderla de todo riesgo. — Abraham, dijo entonces vuelto hácia el astrólogo, ¿quién es esta enlutada?

Fingía el judío hallarse en la mayor agitacion. — Señor, le respondió por último, permitid que no descubra á nadie este secreto que se me ha encargado, y menos á vos...

-- ¿A mí?... Yo he de saberlo... Acercóse entonces, resuelto, á la tapada con ánimo al parecer de descubrirla.

-- ¿Qué haceis, hidalgo?... preguntó una voz de trueno, deteniéndole al mismo tiempo el brazo del doncel.

Llegándose entonces el astrólogo á la dama, que se habia arrojado de rodillas como á implorar piedad ante el zeloso marido, asióla de una mano, y aprovechando el momento en que forcejeaba Hernan Perez con el doncel, sacóla de la cámara, diciéndola al oido precipitadamente,

-- Me ha sido imposible evitarlo; pero salvaos.

-- La he de seguir, exclamó el hidalgo.

-- No, mientras esté yo aqui, repuso el doncel. Id, señora...

— ¿Y con qué derecho?...

— Con el de la fuerza.

-- ¡Ah! os conozco: mis dudas se desvanecen: ¿sois vos el doncel...

-- Yo mismo.

-- Sacad la espada...

-- ¿Osado y descortés?

-- Sacadla.

— No en el alcázar, gritó el astrólogo arrojándose entre los dos. Imprudentes, respetad mis canas. Macías, no teneis razon sino para envainar vuestro acero. Hidalgo, os deslumbra tal vez...

— ¡Basta, pérfido astrólogo! gritó fuera de sí el irritado hidalgo: ¡basta! Doncel, respetemos este lugar; pero en otra parte tengo que hablaros: salgamos.

— Salgamos, repuso Macías echando á andar tras el escudero. ¡Tiempo hace que lo deseaba! añadió en lo mas profundo de su corazon.

— ¡Oidme! gritaba el astrólogo. ¡Teneos!

Pero de alli á poco dejó de oir sus pasos precipitados; mirando entonces há-

cia la puerta por donde habian salido, —
¡ Miserables, dijo cerrándola, os preciais
de fuertes y de entendidos, y un torpe
anciano juega con vosotros como con sus
maniqués! Abriendo en seguida la co-
municacion que daba á la cámara de don
Enrique, asió de una lámpara, y bajó si-
lenciosa, pero precipitadamente, la esca-
lera retorcida. Daba la luz en parte solo
de su rostro, merced á su mano derecha,
que interpuesta le defendia los ojos del
resplandor. Sonaban sus sandalias de es-
calon en escalon, y su larga ropa crugía
barriendo el pavimento. Parecia el genio
del mal de aquel oscuro alcázar, que re-
corria sus mas recónditos rincones bus-
cando víctimas nuevas que sacrificar el
dia siguiente á su insaciable furor.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

Se suscribe á esta *Coleccion* en Madrid en la librería de *Escamilla*, á 6 rs. tomo en rústica y 8 en pasta, y á 7 en las provincias en rústica.



C.M. 29-10-27

459627

José de
don Enrique, el doliente.
1 vol.

NAME OF BORROWER.

r, at.

ey. at.

W. GELDER (see page)

R 01

ref. 2004 (115)

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 19 04 14 001 6